

An abstract painting by Eduardo Pisano, featuring a complex composition of swirling, textured brushstrokes. The color palette is rich and varied, including deep blues, vibrant yellows, earthy browns, and muted purples. The overall effect is one of dynamic movement and layered depth, with the text 'Eduardo Pisano' centered in a clean, white, sans-serif font.

Eduardo Pisano

Eduardo Pisano

Torrelavega, 2 de mayo de 1912

-

París, 18 de abril de 1986

GOBIERNO DE CANTABRIA

Presidente

Miguel Ángel Revilla Roiz

Consejero de Educación, Cultura y Deporte

Francisco Fernández Mañanes

Directora General de Cultura

Evangelina Ranea Sierra

Eric Licoys agradece a Daniel Ogier, Lázaro Santana, Juan Manuel Bonet y a todas aquellas personas e instituciones que con su colaboración han hecho posible este proyecto.

Edición

Dirección General de Cultura. Gobierno de Cantabria

Concepción

Jorge Rodríguez de Rivera

Asesoramiento técnico

Carmen Carrión Bolívar

Textos

André Licoys, Eric Licoys y Juan Manuel Bonet

Traducciones

Jorge Rodríguez de Rivera

Fotografías

Rosa López Pelayo, Bill K. Tamama, Jacques Vidal y Francine Serrer

Fotografías de obras

Miguel Ángel de Arriba. SRECD

Diseño y maquetación

Gestidea

Impresión

Artés Gráficas J. Martínez S.L.

© Gobierno de Cantabria

© Textos y fotografías: los autores

© Obras: Gobierno de Cantabria

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reimpresa, reproducida o utilizada en cualquier forma o por cualquier medio electrónico, mecánico u otros medios ahora conocidos o inventados como fotoestática y grabación, o en cualquier sistema de almacenamiento o de recuperación sin el permiso del Gobierno de Cantabria.

Colección Museística Pisano

Donación del Coleccionista
Eric Licoys

Casa de Cultura de Torrelavega
Mayo 2018

8 Presentaciones

Miguel Ángel Revilla Roiz

Francisco Fernández Mañanes

Juan Manuel Bonet

Eric Licoys

16 Eduardo Pisano

André Licoys

108 Exposiciones

110 Obra en colecciones

111 Bibliografía

113 Traductions



Autorretrato. Óleo sobre lienzo. 92 x 60 cm

Miguel Ángel Revilla Roiz

Presidente de Cantabria

La Casa de la Cultura de Torrelavega se convertirá en sede permanente de la colección de la obra de Eduardo Pisano, que regresa a su tierra gracias al altruismo y el interés del coleccionista y mecenas Eric Licoys, quien ha tenido la generosidad de donar 50 obras del artista a un centro llamado a convertirse en referente de la obra de este pintor.

La muestra nos propone un interesante recorrido por un conjunto de pinturas cuya temática gira sobre cinco ejes: España, la mujer, la naturaleza muerta, la religión y el circo, temas que inspiraron la mejor producción artística de Pisano y donde podemos encontrar influencias de Goya, cuando evoca la España profunda, o el Greco, en su color y pincelada y en la fuerza dramática que imprime a sus óleos, y que se relaciona con el llamado expresionismo barroco.

Eduardo Pisano es hijo de su época. Sufrió las vicisitudes de la Guerra Civil y las penalidades del exilio. Vivió los rigores en los campos franceses de Argeles sur Mer y Gurs, donde miles de republicanos españoles se hacinaban en unas condiciones deplorables. A pesar de aquel periodo oscuro y difícil, el artista torrelaveguense no quiso perder sus raíces españolas y cántabras, y la evocación de su tierra es una constante en su obra.

Por ello es de justicia recuperar y poner en valor a este creador que pertenecía a la Escuela Española de París, integrada por artistas exiliados afincados en la capital francesa. Y es nuestra obligación dar a conocer su legado como una parte esencial de nuestro patrimonio creativo, convirtiéndolo en seña de identidad de Torrelavega y de Cantabria.



El sueño de Don Quijote y Sancho. Óleo sobre lienzo. 81 x 100 cm

Francisco Fernández Mañanes

Consejero de Educación, Cultura y Deporte

La Casa de Cultura de Torrelavega acogerá una importante exposición que recorre las mejores obras de uno de los pintores cántabros de mayor proyección internacional: Eduardo Pisano. Gracias a la generosidad de Eric Licoys, cuyo padre André fue gran amigo del pintor refugiado en Francia tras la Guerra Civil, su ciudad natal recupera a uno de sus grandes artistas y de la mejor manera posible, con una relevante muestra de su trabajo en un espacio acorde a su calidad y trascendencia.



*Taller de Pisano en Montparnasse. Hacia 1980
(Fotografía de Francine Serrer)*

El legado lo conforman un total de 50 obras que se dividen en cinco temáticas: religiosa, temas españoles, temática femenina, naturalezas muertas y el circo. Esta relevante colección de la obra de Pisano aporta una singularidad a la oferta cultural de Torrelavega, ya que se convertirá en un espacio imprescindible para todos aquellos estudiosos y aficionados que quieran conocer e incluso descubrir, la obra de este pintor que formó parte de la conocida “Escuela Española de París”, quienes contribuyeron al desarrollo de la pintura de posguerra y por su talento, hicieron del barrio de Montparnasse parisino, el Cruce de las Artes.

Además, este nuevo espacio expositivo, enriquecerá otra generosa cesión que Eric Licoys hizo hace un tiempo a esta ciudad, y que son los catorce guaches del vía crucis que hoy lucen en la iglesia de la Virgen Grande.

Esta exposición permanente sobre Eduardo Pisano es una prueba más del compromiso de esta Consejería con la cultura de Torrelavega, que se demuestra en el apoyo a manifestaciones artísticas tan preeminentes como el Festival de Invierno, el de Cortometrajes, o las distintas actividades que se llevan a cabo en esta Casa de Cultura como las proyecciones cinematográficas de la Filmoteca en la región. Un compromiso que se verá refrendado en el futuro con la puesta en marcha del Centro de las Artes que ubicaremos en La Lechera, en cuyos espacios se tiene previsto trasladar la Colección Norte de Arte Contemporáneo, lo que completará esta propuesta expositiva, y nos ayudará a reforzar esa marca exterior de Torrelavega como centro de creación artística.

Bien podemos afirmar que Eduardo Pisano regresa a su hogar y de la mejor manera posible, mostrando su mejor producción pictórica acercándola a la ciudadanía para que pase a formar parte de la propuesta cultural de una ciudad que siempre ha mostrado gran interés por las diversas manifestaciones artísticas. Y todo ello gracias a la generosidad de la familia Licoys, hoy encabezada por Eric, que supo ver la importancia de que la obra de Pisano se convierta en la columna vertebral de la vida social y cultural de Torrelavega.



Prière (Autorretrato en torero), Paris 1949. Óleo sobre madera. 81 x 65 cm

Juan Manuel Bonet

Eduardo López Pisano, nacido en Torrelavega (Cantabria), se formó en la Escuela de Artes y Oficios con Don Hermilio Alcalde del Río, después en Madrid, en dónde frecuentó, a José Gutiérrez Solana, el maestro del expresionismo español, que iba pasar una parte de la guerra civil en París, ciudad a la que consagra un libro, editado de forma póstuma.

Pisano, era así como firmaba, hizo la guerra civil de parte de los republicanos. Después llegó el éxodo, los campos de Argelès y de Gurs, la Ocupación, el trabajo forzado con la organización alemana Todt como obrero del Muro del Atlántico... En 1947 fue a París y se convierte también en habitante de la calle Vercingétorix. Fue el amigo de muchos artistas de los que ya hablé en páginas precedentes: Clavé, Colmeiro, Domínguez, Fenosa, Fernández, Flores, Grau Sala, Parra, Peinado, Orlando Pelayo, Quirós, Viola...

Frecuentó el Sélect. Acogió en París a colegas de su región, más jóvenes que él, como el abstracto lírico Enrique Gran o el neofigurativo y expresionista Ángel Medina. Su pintura, extremadamente expresiva y atormentada, se aparenta a la de Gutiérrez Solana, tiene también un parecido a Soutine, y comparte con la pintura de Lagar y Flores un cierto gusto por la españolada: Toros, flamenco, majas, Don Quijote... Su amigo el fotógrafo Ángel de la Hoz, se acuerda de él como de alguien con el aspecto de un torero de los de antaño, esos toreros, precisa el fotógrafo, de luto de los toros pintados por Goya.

Muy cercano a Pisano, y que expuso en su galería, es el enmarcador catalán Jacques (Jaume) Vidal, con la boutique en la calle Delambre, y que en su juventud –su instalación en París data de 1923– había pasado él también por La Grande Chaumière, es parte de la pequeña historia del París español... Y de la gran historia, ya que fue él el que construyó el bastidor del Guernica.

Extracto del Texto de Juan Manuel Bonet: *El Montparnasse español*, 2013



Jarrón con flores. Óleo sobre lienzo. 61 x 50 cm

Eric Licoys

Eduardo Pisano y André Licoys nacieron en el mismo año: 1912. Conocieron las dos guerras mundiales, con el exilio de uno en Francia, la cautividad del otro en Alemania. Se entendían perfectamente. Su amistad era profunda, llena de respeto y afecto. Mi padre vivió en Burgos, y España era su segunda patria; Francia era la segunda patria de Eduardo Pisano.

Recordando los años pasados en España, atraído por el arte español, amigo de Emilio Grau Sala, André Licoys se interesó por los artistas de Montparnasse. Desde 1960 le interesa principalmente Pisano, al que brinda su apoyo económico y así comienza su importante colección de la cual una selección variada y de calidad se encuentra ahora aquí. Me acuerdo de los sábados, al final de la tarde, cuando mi padre regresaba a casa después de pasar el día en Montparnasse. Bajo la mirada indulgente y tierna de nuestra madre, sacaba del maletero de su coche cartones con las obras de Pisano pintadas durante la semana. Se extasiaba con cada una de ellas, y nos transmitía su pasión por el pintor. Progresivamente se convirtió en su mecenas, del que terminó siendo cada vez más el amigo, el admirador y el confidente.

En el 2012 habrían tenido 100 años y como homenaje a Eduardo y a mi padre, se realiza una gran exposición en Torrelavega y en Santander que fue visitada por más de 3500 personas. No se hablaba en el 2012 de Museo; sin embargo, ese era el sueño de mi padre. Es ahora, en Torrelavega, bajo los auspicios del Gobierno de Cantabria, que el sueño se convierte en realidad. La donación de 50 hermosas obras es su comienzo. Con este Museo, la historia continua. Los visitantes podrán ahora entender los tormentos del exilio, los mensajes secretos de los cuadros, y admirar los excepcionales colores. Todo lo que fascinó al coleccionista se hace público. Es un homenaje de Montparnasse a España. Es la vuelta de un joven de Torrelavega al corazón de su lugar de nacimiento.

Enero 2018



Hay todavía camino por recorrer: Tú me levantas tierra de Castilla...

En una clara y fresca mañana en España, el 2 de mayo de 1912, viene al mundo Eduardo López Pisano, cuarto y último hijo de Eduardo López, agricultor especializado en la horticultura y la arboricultura, y de Joaquina Pisano su mujer, que aunque sin profesión estaba siempre muy ocupada.

En el cielo el gran acontecimiento era acogido bajo el prometedor signo de Tauro mientras que en la tierra se situaba en la provincia de Santander, en esa región que llaman “la Montaña”¹. Sin nada que esconder precisamos que este nacimiento tuvo lugar a una legua de la costa cantábrica, cerca de Torrelavega en la época en que era ese “pueblo castellano barrido por los vientos, desgastado por la historia” descrito por una inspirada pluma.

Joaquina, en honor al hombre ejemplar, de coraje, indulgencia y bondad que era su marido, el niño fue bautizado con el mismo nombre que su padre, sin embargo la tradición española le concedería de por vida el nombre patronímico de su madre.

Mientras el padre se dedicaba todos los días a su huerto, la señora Pisano trabajaba sin parar ocupándose del campo y los trabajos domésticos, sin contar la recogida de frutas y la educación de los hijos. De vez en cuando una clienta llamaba a la puerta. Ella disponía sobre la mesa familiar unas flores cada cual más bonita que la anterior, las empaquetaba y se guardaba el dinero.

La buena mujer sin embargo, en este tema de las flores, no dejó de sorprenderse del extraño comportamiento que iba a tener el menor de sus hijos. Siempre admirativo en esas circunstancias y de puntillas para ver mejor, se extasiaba cada vez que la gente venía para llevarse las grandes coronas de ceremonia hechas alternando los apacibles violetas y los esplendidos rojos que, bajo las circunvoluciones de un largo lazo negro de seda salpicado de letras de oro en cascada, cantaban para el niño fascinado, un aleluya particular.

Pero lo que más intrigaba a Joaquina, era esa tendencia que tuvo muy pronto el último de sus hijos de dejar de lado la banda de ladrones de pajarillos y de escaparse, como un animal salvaje, para ir a las cuevas trogloditas de la vecindad, engañar a los guardias y acurrucarse en silencio en alguna esquina para soñar tranquilamente o correr hacia el temporal de la costa y enfrentarse a las ráfagas de un viento frío y violento. Ebrio de soledad y tristeza, el niño, no se marchaba hasta que los últimos resplandores del día plasmaban

1. La Montaña es uno de los nombres que ha recibido históricamente el territorio de la actual comunidad autónoma de Cantabria.



Eduardo Pisano en Torrelavega en 1925 / Eduardo Pisano con su perro en Torrelavega en 1929 (Archivos Rosa López Pelayo)

un amarillo pálido sobre los fragmentos de una antigua torre de vigilancia medieval. Irguiendo con orgullo esas ruinas sobre las últimas estribaciones de los montes cantábricos, ¿no iba una vez más, de cara al océano, a montar la mejor vigilancia posible hasta su completa desaparición bajo las nieblas húmedas de la noche?

Joaquina, que presentía con preocupación el profundo desasosiego que sufría este hijo secretamente preferido, tan leal y afectuoso, se puso contenta cuando fue aceptado por los “Frailes de los Sagrados Corazones” de Torrelavega y viendo la pesada puerta del monasterio cerrarse cada día detrás del joven Eduardo, de ocho años.

Susceptible, constantemente al borde de la angustia y la rebelión, contestatario avanzado que ya se escapaba a los cortes de pelo, el alumno se niega muy pronto a seguir ese camino hacia el conocimiento y la santidad que los monjes le enseñaban con duros golpes de regla, según la usanza en vigor de la época.

Sobre este telón de fondo prematuramente sombrío surgió un día, como un luminoso relámpago, la pasión que tuvo el chico por la pintura. Se trataba en este caso de una tarea puramente conventual y que uno de los Padres desempeñaba de una manera constante más que con verdadero talento; pero como es sabido los caminos de la providencia son misteriosos, y ese fue indudablemente el origen de una incontenible vocación artística.

Sin embargo insensible a la dedicación total de su profesor de dibujo, no era capaz de realizar ni un simple caballo geométrico en la cuadrícula de su libreta. Por otro lado, cubriría más tarde en secreto los márgenes de sus libros con flores de ensueño, extrañas, magníficas, sin ningún nombre y casi diabólicas.

Cuando el chico acercaba el portaplumas a sus labios de incomprendido, dejaba voluntariamente que su mirada se escapase por encima de las inmensas ventanas impersonales del convento, y por encima de las tejas más altas de

Torrelavega intentaba percibir la carrera loca hacia el Océano cerca de sus amigas las pesadas nubes negras. Con los párpados medio cerrados, le encantaba la idea de que pronto las nubes se reflejarían, al pasar, en las aguas turbias de la laguna. Finalmente, en este instante tan maravilloso siempre había una vara mágica que te hacía volver a la realidad!

Al cumplir los catorce años, los frailes, satisfechos de haber cumplido el acuerdo lo mejor que pudieron, devolvieron a Joaquina un adolescente cada vez menos manejable y únicamente preocupado por la pintura.

Sus padres lo pusieron inmediatamente a ordeñar algunas vacas de las que la pequeña granja se enorgullecía y empezaron a iniciarlo en el cuidado que había que dar a las flores. Sin embargo la vocación del chico persistía sobre el interés de esos trabajos campestres, la familia se decidió confiarlo a Don Hermilio Alcalde del Río, que dirigía con honestidad, competencia y distinción, la enseñanza clásica e impersonal que la “Escuela de Artes y Oficios” de Torrelavega impartía.

Durante cuatro años, el joven Pisano asiste a las clases nocturnas en este establecimiento, allí aprendió concienzudamente a dibujar a partir de escayolas, practicando también en toda regla del arte el carboncillo, la pluma y la acuarela.

Al mismo tiempo, como las flores y los monumentos funerarios tenían relaciones amigables, se inicia de forma accesoria al grabado sobre mármol que le procuraba un placer físico al dominar el más duro de los materiales. Eduardo tenía 18 años cuando, por una repentina angina de pecho murió su admirado padre; nunca le pegó ni le recriminó, lo amaba profundamente y lo consideraba como su mejor amigo. Pasaron los meses sin que el joven pudiera consolarse de este gran dolor, por eso se le aconsejó cambiar por un tiempo de lugar. Como además por esa época quería ser él mismo, en el campo de las artes, se despidió de Don Hermilio su antiguo maestro, sin dejar de manifestarle su estima y ese reconocimiento que llevará con él toda su vida. Prepara su mochila, besa tiernamente a Joaquina, que le hace la señal de la cruz en la frente, y empieza su viaje a Madrid.

Esto sucede en 1931 y la República acaba de proclamarse.



*Hermilio Alcalde del Río
(1866-1947)*

En Madrid la prestigiosa

Para subsistir en la capital, el joven aprovecha su talento de grabador sobre mármol y se toma algunos momentos libres que utiliza para dibujar intensamente en el “Museo de Reproducciones” o para visitar los museos.

Esos templos oficiales del arte, incluso el Prado, en un principio le desconciertan. No entiende nada de esas teorías ininterrumpidas sobre pintura. Parece como si se extendiesen a lo largo de las paredes como si fueran ríos y eso le obsesiona, incapaz de elegir una a la que pudiese consagrar toda su atención, concederle toda su admiración. Luego, otro día se sentía impresionado por la suntuosidad del lugar; la seducción de la pintura antigua; pero contrariamente a lo esperado no es Velázquez el que prefiere sino Goya y sobre todo el Greco.

Por la noche Eduardo asiste a la “Escuela de Artes Gráficas”. Bajo la dirección del gran grabador que era Don Manuel Castro Gil, adquiere en este establecimiento las últimas técnicas que le hacen falta, en particular las del buril y el aguafuerte, ya que quiere someterlas pronto a la fantasía y a las divagaciones de una imaginación que supone sin límites y que le arde y le hace correr la sangre por las venas.

Cuando cae después la noche madrileña, por el camino hacia su modesta pensión saluda de paso a los serenos cuyos pasos firmes resuenan en las aceras mientras que los manojos de llaves producen un sonido metálico que le seduce, Eduardo, como un extranjero sobre la tierra, continúa con el esplendor de sus sueños.

Aparece una iglesia con su pórtico a la sombra. Empuja sin querer una puerta lateral y empujando algunas sillas que rechinan sobre las losas, se dirige irresistiblemente hacia un belén cuyas dimensiones varía según los últimos destellos de una hilera circular de velas. ¿Es la fe? La virgen es azul cobalto, San José color siena y rojo turco los magos con una tenebrosa barba. Sobre la paja de oro, blanco, todo blanco reposa el niño Jesús que, con los brazos tendidos, parece sonreírle.

Sale encantado de tanta pureza y espiritualidad, y siguiendo su ruta, pasa por delante de la gran entrada de un asilo de locos. El “Manicomio” cierra precisamente su pórtico y una voz ebria dice al chico su típica frase “más quedan fuera, señor”..., Eduardo no lo duda, se ríe y sigue su camino. Dentro de poco estará avanzada la noche.

Los brazos abiertos levantados, con un movimiento que le realza la parte de arriba del cuerpo, una mujer que tararea una tonada flamenca descuelga su colada de la cuerda, y cierra ruidosamente su ventana. Él siente una nueva orientación en su vida, vuelve hacia la iglesia, la rodea y se tropieza con la puerta de una casa bastante alta. Seguro de si mismo en esa “casaputas”, y con actitud cortés en toda circunstancia, Eduardo de manera viril saluda a los hombres que estaban allí rodeados de un humo opaco y que devoraban pescados secos y salados que les hacían beber una cerveza tras otra. Son los representantes de estos campesinos que, por las noches en España,

vienen de los campos reseco hacia los burdeles frenéticos que envuelven a la oscura silueta de las catedrales. Sediento, el joven pintor se une a los bebedores y muy rápidamente se marea y ve dando vueltas, los guardianes impasibles que vigilan el lugar, los cubanos gesticulando y coreando su rumba y también, esa Carmen, Rosita y otras Dolores que con una seducción disminuida pasan casi a un segundo plano de las preocupaciones de una sala alborotada.

Eduardo se queda dormido sobre la mesa de madera. Es en ese momento, con los puños en las caderas y su nudo rojo de prostituta puesto con orgullo en la espesura de su largo pelo azabache, cuando viene hacia él, inevitablemente le toca a él, la chica mas pesada y bestialmente estúpida del lugar.

Es difícil de hecho verle los rasgos, ni darle una edad, pero tal como es precisamente, impersonal, fuerte, tranquilizadora, y casi maternal, hecha para atrapar todos los fantasmas de la noche, ella es exactamente lo que había venido a buscar Eduardo. Era ella, “aquella”, la que iba a pintar toda su vida con tanto amor siempre, en la más maniqueísta alternativa con las vírgenes diáfanas de su infancia monástica.

La chica adivinó instintivamente su situación y los dos, enseguida, suben la fea escalera de caracol que también daba vueltas. Por el tragaluz en ojo de buey del primer rellano, perciben la iglesia cuyas luces se apagan una tras otra y las campanadas suenan ahora lentamente en todos los alrededores con el sonido ligero y prolongado de los doce tintineos. Esta pareja de una sola noche los cuenta y hacen la señal de la cruz: esta noche esta llena de promesas.

En la primavera de 1933 el pintor, que acaba de ser mayor de edad, toma conciencia de su personalidad artística y desea afirmarla en el ámbito profesional que será desde ahora el suyo. Frecuenta con interés a Bermejo, Vázquez Díaz, Cecilio Pla y otros muchos excelentes pintores pero lo que más satisfacción le dio fue visitar, en compañía del escultor Muriedas, a José Gutiérrez Solana que estaba cerca de los cincuenta y, en su predilección por todo lo que se refería a la Montaña y a sus ciudadanos, reservaba siempre su mejor recibimiento a los jóvenes.

Ese contacto amistoso y apasionante con una nueva manera de relacionarse no le impide sin embargo sentir un día con intensidad la nostalgia de su tierra, sintiendo un gran remordimiento por haberse alejado de una madre que quería, pensando que había demostrado la más oscura ingratitud abandonándola en su viudedad. Nostalgia de una infancia que se alejaba no podía cerrar los párpados sin que se le apareciese Joaquina: ocupada en la sala común, dispone las esteras de los clientes, aleja los pollitos con el cepillo y hace revolotear los pétalos como si fueran fuegos artificiales. Su cara bañada de luz en los

reflejos de polvo soleados que salen de las ventanas. Un Vermeer, no sería esta la canción santanderina que canturrea en sus labios... «La paloma... si se va que se vaya... ella volverá...» ¡Qué señal!

Sueño y decepción

Vuelve rápidamente a su tierra natal, se encuentra con los suyos con alegría y orgulloso de sus resultados artísticos decide organizar de inmediato su primera exposición en la Biblioteca Popular de Torrelavega. ¡Era estimulante pensar que artistas de la calidad de Solana y Sunyer lo habían precedido! El joven sin embargo se desilusiona rápidamente ya que el contacto que buscaba con interés y que llamaba ya como su público se queda simplemente en algo platónico e incluso inexistente. El primer día vinieron su familia y algunos amigos; pero después nadie más visitó la exposición, en una sala absolutamente vacía en la que un joven artista decepcionado y con los ojos tristes fijaba a lo largo del día su mirada en la puerta de entrada, puerta que nunca, nunca quiso abrirse hasta el punto que llegado el día de la clausura no se había vendido nada, ni siquiera un simple dibujo.

Aunque más tarde intentó a menudo consolarse considerando que en esta época, sin contar al Conde de Romanones, y a algunos extranjeros, había en realidad muy pocos amantes de pintura en España, el artista se quedaría para siempre marcado por este fracaso.

Encima llegó el periodo de ese servicio militar que aborrecía con toda su alma pacifista hasta tal punto que pasó cerca de la insumisión, por lo menos pensó en ello. Le dirigen primero a Madrid que al menos le consuela un poco, pero pronto lo destinaron a León en el cuerpo de aviación que ni siquiera le daría la alegría de volar. Tras un año de “servidumbre y grandezas militares” durante el cual las ideas negras, de deserción esta vez, le pasan de vez en cuando por la cabeza, nuestro joven que hubiera estado muy contento con tener solo un pincel como arma; fue reenviado a su hogar. De este modo vuelve a encontrar la vida rural y las flores por un lado, la Biblioteca y la escuela de Arte por otro. Sin embargo vivirá 1935 con la preocupación y bajo la amenaza constante de que volvieran a llamar a su regimiento. Las luchas políticas ya dividían y agitaban fuertemente a un país en el que la revuelta de Asturias alertaría pronto sobre la gravedad de la situación.



Eduardo Pisano 13 de octubre de 1936 (Archivos Rosa López Pelayo)

La aventura olímpica

El siguiente año marcaría para nuestro amigo el principio de toda una serie de peripecias, aventuras y tribulaciones de las que se habría abstenido si le hubieran dado la elección.

En 1936 en Barcelona, se abrió en efecto, una Olimpiada Internacional de los Deportes y de las Artes. Los artistas de la Montaña se complacían con la idea que por el justo reconocimiento de sus talentos la bandera de su tierra ondearía en la cima de los mástiles. Por esa razón el 17 de julio de 1936 vio salir una pequeña compañía que lucía orgullosamente los colores de Torrelavega de esta modesta aunque trabajadora ciudad bajo un implacable sol abrasador. Iban Muriedas, Calderón, José Luis Hidalgo, Charines, nuestro Pisano y algunos otros. Acababan de hecho de conocer el levantamiento en África española; pero la trascendencia del suceso no significaba nada para estos idealistas, preocupados únicamente por sus proyectos artísticos y entre los que reinaba el buen humor.

Al llegar a Zaragoza los pintores vieron con asombro que había un gran desplazamiento de soldados de todos los regimientos. Exigían los documentos y controlaban todos los vehículos.

Nuestros amigos mostraron sus credenciales “olímpicas” y después de múltiples palabras pudieron continuar el camino, comprendiendo entonces que la ciudad que dejaban detrás se encontraba en manos de los insurgentes. En Barcelona en donde los disparos se oían por todas partes los artistas se vieron alojados en un pabellón rumano que había sido abandonado por sus ocupantes originales. Por todos lados se podían ver rusos, franceses y otros extranjeros que se iban discretamente sin explicación. La gloriosa selección olímpica de Torrelavega que iba de sorpresa en sorpresa pronto se encontraría incorporada a alguna milicia, embarcada para Valencia y al final reexpedida para Madrid en donde les anunciaron que no llegaron nunca las armas y que por ese motivo el gobierno republicano se encontraba completamente indefenso.

Ante esta falta de organización el pequeño grupo que no entendía nada de todas esas historias y que soñaba siempre con las olimpiadas juzgó preferible dispersarse de la manera más egoísta de “sálvese quien pueda”. Desprovistos de dinero, sin saber donde ir, Mauro Muriedas y Pisano decidieron entonces ir a visitar a Solana. Les recibió con efusión como había hecho siempre; pero lo encontraron muy triste debido a los acontecimientos. Cuando llegó la hora de la despedida el anfitrión les abrazó, les deseó buena suerte y con un gesto discreto metió, en el bolsillo de cada uno, cincuenta pesetas. No tenía casi medios financieros en este periodo y los artistas no olvidarían nunca la delicadeza de Solana.



Cartel de la Olimpiada Popular de Barcelona en 1936

Nada guerreros por una parte, entendiendo por otra que les hacía falta quedarse bajo la protección de sus referentes olímpicos, nuestros dos amigos se centraron en llegar a Barcelona con la intención bien precisa de ir de allí a Santander y después a Torrelavega. Fue una epopeya llena de incidentes administrativos y rocambolescos que les hizo de repente encontrarse, en compañía de algunos compatriotas, en la Francia del Frente Popular. La acogida fue un delirio. Sin embargo como solo podía tratarse de un tránsito, se puso un autocar a la disposición de los que llegaban para conducirles directamente a Hendaya. Las autoridades locales francesas les prohibieron entonces volver a España ya que los disparos estaban haciendo estragos al otro lado de la frontera. Los españoles insistieron, lo consiguieron, y valientemente continuaron hacia el punto internacional de Irún que estaba siendo barrido de manera intermitente por los tiros. Llegaron a San Sebastián en donde asistieron a la caída de la ciudad. De esta manera Eduardo termina por volver a Torrelavega. Muy afectado por los imprevistos de la odisea el joven cae en brazos de los suyos que habían permanecido en lo que se refiere a su suerte en la más cruel de las incertidumbres.

De una guerra y de sus consecuencias

Solo fueron aquellos unos breves encuentros y en una bonita mañana el artista recibe el documento para alistarse. Del periodo que sigue, de la lucha atroz y sin piedad que desgarró su país durante tres años, decide conservar en su mente solo una inmensa compasión por ese millón y medio de hombres, mujeres y niños de toda condición social que perdió España en el dolor.

El invierno de 1939 marca el fin de esta penuria indecible. Al final de mil desplazamientos Eduardo acabó asistiendo a la caída de Barcelona. En resumen solo llegó a ser uno de los miles de soldados vencidos, desgastados, desamparados, que se alejaron lo más rápido posible de la Ciudad Condal enrojecida por los incendios e intentando llegar a ese oasis de paz que representaba el país vecino. La cantidad de refugiados que de esta manera pasó la frontera sorprendió por completo a Francia, que de inmediato, a pesar de su generosidad, no supo demasiado como hacer frente a la situación.

Aun estando agradecido a una nación que fiel a su tradición no había rechazado a ese pueblo entero de la desgracia y de la derrota, el artista no pudo por menos de dejar de maldecir el destino al encontrarse encerrado en



Eduardo Pisano el 2 de mayo de 1942 (Archivos Rosa López Pelayo)

*Eduardo Pisano en
Biarritz en 1945
(Archivos Rosa
López Pelayo)*



la playa de Argeles-sur-Mer entre militares. Estábamos en febrero y temblaba al tener tan solo como vestimenta, cama y refugio, un largo abrigo de caballería impregnado de humedad. Durante los tres largos meses que pasaron en esta situación, el pintor se acordaba reiteradamente de la acogida triunfal que había recibido en esos mismos lugares en 1936, y decididamente encuentra los tiempos muy distintos.

Estuvo en otros campamentos y siempre la inactividad, la falta de higiene y de comida, la vigilancia constante; pero sin embargo sin guardar rencor participa voluntariamente en una compañía de trabajo cuando la guerra estalla entre Francia y Alemania. Eran tan duros los trabajos sobre las carreteras o los campos de minas que fue casi feliz al enrolarse en un “batallón de marcha” y encontrarse con el fusil al hombro. Después de haber pasado por otra derrota y un nuevo éxodo durante el cual, juzgándolas comprometidas, quema, por decenas, preciosas tintas chinas dibujadas hasta con los dedos, el artista tuvo conocimiento en las alambradas de un nuevo campo de concentración que se encontraba en zona considerada libre.

Llegó el día en que los alemanes acabaron por ocupar toda Francia. Los SS dispusieron de su persona y lo destinaron a la construcción del Muro del Atlántico. Continuamente cubierto de cemento de los pies a la cabeza el pintor pasó por un infierno dantesco que duró tres años. La mínima falta, la más ligera sospecha podía llevarle a los campos de exterminio y a los hornos crematorios del gran Reich. A las órdenes gritadas bajo las bombas y la metralla de los

sargentos españoles le siguieron las órdenes sin matices de los gendarmes y de los suboficiales franceses. Las amenazas a grandes voces de los *feldwebels* acabaron por romperle los tímpanos. Vino luego el desembarco aliado que permitió a nuestro artista irse de allí lo más rápidamente que pudo.

Y así de esta manera después de doce años, cuenten bien doce años, de peligros, sufrimientos, penurias y restricciones, después de doce años embutido en un uniforme del que solo le quedaban andrajos, este artista, sensible, antimilitarista empedernido, fue un buen día y sin transición devuelto a una vida civil en la que ya ni creía. Encontrándose en una acera de Burdeos entre hombres que esta vez, por otros asuntos, ellos mismos, se movilizaban. De cara a la nueva situación des luchas traicioneras sin fin y sin piedad que esta dirección inesperada de los hechos le anunciaba, nuestro pintor iba, ciertamente, a seguir una línea de conducta tan inflexible como la rectitud de una espada de Toledo. A falta de una fe religiosa que pensaba destruida para siempre, había de hecho inscrito en el más recóndito lugar de su corazón ese imprescriptible Credo forjado entre los sufrimientos.

“Yo iré hacia los miserables, los pequeños, los simples y los humildes de mis hermanos. No tendré en cuenta todas las dificultades, convenios, muecas y comedias, todas las artimañas, ceremonias y disfraces, para solo amar y detectar la igualdad evidente y la verdad sin maquillaje. Intentaré ser, en toda circunstancia, tan leal y honesto conmigo mismo como prometo serlo con los demás. Preferiría la certeza de ser engañado que de mentir al prójimo lo más mínimo.”

Sorprendiendo a su doble a continuar con una resolución igualmente inquebrantable “además yo pintaré siempre como me plazca y según mi único temperamento”. El artista, provisto de sus buenos sentimientos y de unos ahorros insignificantes, alquila para empezar una habitación de hotel “Con todas las comodidades por horas o por días”, se mira en el espejo del armario de pino y observó todo lo ridículo de un payaso envejecido prematuramente que se tambaleaba torpemente sobre unos zapatos viejos sin cordones y, asombrado, leyó sobre un calendario, que se encontraba ya avanzado en 1945. Reconsidera entonces las más legítimas ambiciones, y después, partiéndose de risa casi con locura, se tira sobre la cama de hierro del cuartucho para dormir veinticuatro horas seguidas.

Hasta la embriaguez: Delenda Carthago

En esta mañana de otoño de 1972 que se termina soleada, vestido de oscuro, la cabeza descubierta, un hombre de unos sesenta años con espesas mechas grises avanza con la espalda ligeramente encorvada delante de una de las terrazas



*Eduardo Pisano en
Montparnasse, 1977
(Fotografía de
Bill K. Tamama)*

de los famosos cafés del bulevar de Montparnasse. Pasa por la Coupole, luego por el Dôme y saluda con el periódico a todos sus amigos los camareros, esos que, con la bandeja en el aire, contornean las mesitas del café, como a los otros que barren con serrín.

Interrumpiendo la tertulia al verlo a través de los cristales, los españoles en exilio salen de un bar, le dan alegremente una palmadita en la espalda y lo abrazan. Él los deja con una broma amistosa, dibujándoles un arabesco de despedida en el aire que muestra al artista.

Desde la calle Delambre nuestro hombre llega a la calle de la Gaité; allí se abre paso penosamente a través del tumulto de todo un grupo de hippies peludos y barbudos, de africanos mal nutridos, de hermanitas de la caridad, y de turistas un poco perdidos. Se acerca luego a la zona de demoliciones.

Al pasar delante del pasillo húmedo y oscuro del último burdel que existe, dos siluetas acurrucadas parecen despegarse de la pared y le hacen una invitación sin mucho convencimiento, que se perderá entre los ruidos irregulares de los camiones. Él les responde con el mismo ánimo, con un silbido admirativo, sin prestar atención: ¿no tenía una cita con la pintura, su amante de siempre, la más exigente, la que, después de decenios, no se le despega literalmente del cuerpo y a la que no sabría dejar, aunque fuera solo un día?

Ahora el sol está en lo más alto y nuestro transeúnte llega a la zona de las aceras rotas. Bajo el ataque incesante y ruidoso de las taladradoras, de los contenedores y de los picos, el antiguo Montparnasse está ahora en realidad gimiendo, se fisura, se resquebraja, y de vez en cuando se fractura de



*Eduardo Pisano en Montparnasse, 1977
(Fotografías de Bill K. Tamama)*

una manera inquietante. Sin perder sus adornos de hiedra oscura o luminosa, y en el brillo repentino de las begonias rojas que se encuentran enredadas, los talleres de artistas, lo mismo que los castillos de cartas, se desploman sin defensa entre espesas nubes de polvo. Sobre el pavimento irregular de los patios interiores, todavía ayer, resonaban pasos, risas y cantos de una Mimi Pinson dispuesta siempre a desplegar su gracia juvenil sobre el brocal dislocado de un antiguo pozo, las antiguas piedras aún ardientes de vida, encharcadas de sol, ruedan, saltan y se chocan antes de apilarse en una inmovilidad asombrosa.

Tierra privilegiada de encuentro artístico, refugio de mil desarraigados o apátridas de talento, crisol de tantos sueños, cuna de tantas glorias, también a veces sudario de tantas ilusiones, Montparnasse, ese trascendental barrio del espíritu parisino por el que circularon todas las corrientes de la creación, Montparnasse pierde así cada día un poco más su alma y se muere a causa de un renacimiento escandaloso. El hombre pensando en ello se detiene de repente, paralizado, en busca de sus recuerdos de ayer: ya no está el panadero, desapareció el peluquero, se volatilizó la vidente, aquella con ojos de búho queapestaba el aire con sus puros mientras distribuía la esperanza a crédito. Solo queda un campo de arena roja cortado por las excavaciones. Se da la vuelta y ni siquiera encuentra su refugio cotidiano, ese bar rojo sangre de toro con vidrieras de 1900 claramente opacas. A unos pasos de distancia un monstruo mecánico con aires de diplodocus parece jadear de alegría, saboreando de antemano la promesa de destrucciones sin fin. Nuestro peatón que se siente cada vez más minúsculo e impotente levanta entonces la cabeza en busca de su ración de cielo y escala entrecortadamente con la mirada todos los pisos de un colosal biombo con alvéolos. Finalmente Arriba, encima de todo, descubre las nubes de París cuyo blanco color porcelana canta y de vez en cuando brilla sobre la inmensidad de un azul celeste sostenido.

Él las ve que, barridas por los vientos altos, se despegan de sus copos montañosos para ir deformándose sin cesar, estirándose en largas humaredas lechosas, en miles de colas vaporosas. Observa que, saliendo de la bóveda, sobrevuelan el barrio y dejándose arañar de paso por las geometrías impersonales del acero y del hormigón, de repente desaparecen hacia el horizonte, como para huir lo más rápido posible la capital ingrata que rechaza el incomparable adorno que ellas les regalaban.



Eduardo Pivano pintando en su taller de Montparnasse, 1977 (Fotografías de Bill K. Tamama)

El taller de los sueños

De momento su taller sobrevive. Pivano se da prisa. Se introduce de repente en un inmueble y recorre un estrecho pasillo cuyos buzones desiguales y destrozados le hacen pensar en un desfile de inválidos. Atraviesa un pequeño patio, amonesta amablemente a un niño que persigue un gato, se santigua ya que el gato que se escapa es negro, después con la dignidad de un inmutable ceremonial cotidiano, abre y empuja lentamente la puerta en la que está escrito su nombre. ¡El taller!.. Se tiene que ser de la noble y pura raza de Don Quijote para llamar así a este estrecho lugar.

Cerca de la puerta, una estufa de carbón redonda que gentilmente mantiene siempre alguna brasa bajo la ceniza. Al lado, ese lavabo sucio sobre el que hay una estantería en donde reina una obsesiva botella de ron. A la izquierda, agujereando el enfoscado de la pared, un pequeño espejo de supermercado enmarcado con una moldura de acero azul claro. Debajo, un catre. A la derecha, en frente del espejo, un caballete sin pretensiones y por todos lados pilas amontonadas de bocetos, dibujos y óleos sobre papel. La bombilla cubierta de moscas, que la corriente de aire balancea al final del cable, eso es todo; teniendo en cuenta que con eso basta e incluso que esa simplicidad es necesaria.

Tras el rápido vistazo que lo hace dueño de su antro, el pintor se dirige fro-tándose las manos hacia su caballete; en él sujeta una especie de cartón negro sobre el que fija una amplia hoja de papel. Se quita la chaqueta, va a buscar el ron, se echa la cabeza para atrás, y bebe a grandes tragos. Ahora se siente distinto, sin ninguna restricción de tiempo ni de espacio, preparado para el más maravilloso de los viajes, la más desmesurada de las evasiones, una real proyección hacia el infinito. Un pincel removido en el fondo colorista de un vasito y ahí está estirando el brazo, horizontal en dirección de la hoja. A la poca luz de la habitación, ese brazo adquiere una forma extraña con la manga de la camisa

remangada toda blanca y arrugada. Esta actitud silenciosa y hierática no dura mucho ya que precede al ataque triunfal de una sinfonía sin precedentes.

Pintor, solo pintor

A menudo, es el olvido total de este mundo... ¡el éxtasis! Pisano, irreconocible, la espalda derecha por una vez, serio como un conquistador, decidido como un torero delante de sus rituales, cubre la página inmaculada de pinceladas rápidas, largas, francas, a veces cruzadas, y que aparentemente, pero solo aparentemente, no tienen orientación particular ni restricción alguna. Como en trance, con el ojo brillante de fiebre, el artista empieza, prepara, y después tira las notas más suntuosas, se deslumbra, las acentúa todavía más con sabios añadidos, equilibrando constantemente las superficies que colorea, conservando según su fantasía un poco de ese papel virgen cuya superficie plana y la blancura original resaltan agradablemente sobre la materia generosa, trabajada de forma irregular, de colores al óleo.

Partiendo de tonos puros, luego de rojos moirés, de azules jaspeados, marrones mordorés, los diluye a menudo hasta darles la transparencia y la delicadeza de la acuarela, y de antemano construye los fondos sobre los que en primer plano podrán perfilarse, si fuera necesario, esas formas extrañas que presiente o lleva en su imaginación.

De vez en cuando retira el pincel con un movimiento brusco de la muñeca para no permanecer tanto tiempo, dando lugar entonces a extrañas fulguraciones, inesperadas cristalizaciones; luego el pincel vuelve a empezar, acaricia, se estira en horizontes infinitos para terminar, con la pulverización de una lluvia de oro, la más caprichosa de las carreras.

Desde el glació hasta la plena materia, con la excepción de las reservas, la página esta ahora completamente manchada y ya admiramos esa luz, rara vez directa, la mayor parte de las veces sorda, que, desde debajo de la obra, sobresale en algunas partes, y sube progresivamente, siempre hacia arriba, y finalmente en las cimas, es la apoteosis. Pero de esta manera sin abandonar por ello su inspiración el artista preocupado parece querer pasar revista cuidadosamente a los elementos de su espontaneidad.

Extraña es sin embargo su tarea. Unas veces se inclina, y a veces se arrodilla, para cubrir mejor una nota de color, rodearla luego delicadamente de negro irisado, de manera que, ataviada de misterio, empieza a cantar de manera incomparable. Otras, por el contrario se endereza, y parece resentirse de su última creación, se retira y para mejor transmitirle su brutal vitalidad, le pega, la abofetea y la pica con el pincel, la desgarrando dejando pasar trazos luminosos,

la cubre de manchas o de innumerables gotitas de pintura; en otras ocasiones la bate, sobre el cuerpo, sobre la pintura, a golpetazos de cólera y venganza, como para provocarla y, de nuevo, enfrentarse a ella.

He aquí el hombre de Torrelavega ahora satisfecho. ¿No estaría a punto de quedarse dormido “embadurnando” demasiado ese cuadro? ¿No se iría a anquilosar en esta tarea de demasiado buen trabajador? Gracias al cielo, se despertó, y la obra con él, como lo será en su tiempo el aficionado, ese desconocido que, debido a la diversión de algunas anomalías, debidamente premeditadas, creemos que es bueno a veces provocarle para mantenerlo mejor en alerta. Todo este desgaste y toda esta lucha nunca han dado resultado salvo a la más informal de fantasías de color, y nada parecería faltar, y ni siquiera poder añadirse a lo que acaba de ser dicho por el pincel, a condición, que toda obra, por equilibrada que fuera, tenga un encima y un debajo, un lado y otro, y sobre todo un tema. La gente quiere una anécdota porque siempre tienen la necesidad mecánica de comprender; sin embargo, el artista desea llevarlos a un ámbito diferente y en ocurrencia superior de puras sensaciones. ¿La pintura no es ante todo arte plástica? Así monologa nuestro pintor, que enciende un cigarrillo y, perplejo, deja secar los fondos de su pintura, casi seducido por las tentaciones de lo abstracto y de sus promesas de absoluta liberación.

Un mundo se anima

Es en este instante que, salvado, extrañas mutaciones intervienen y se produce un verdadero milagro profano en continua renovación. Mientras el español se acerca de nuevo a su obra para interrogarla, parece que, después de que el poder creador del artista le diera vida, la pintura endiosada, se anima, toma la iniciativa y dirige a su vez al cerebro y a la mano que la creó. Cuando el pintor decide, en efecto, escrutar y utilizar las franjas coloridas y turbulentas que creó, ve aparecer a su llamada, después venir hacia él discretamente, el boceto de sorprendentes apariciones tal como debieran haberle ocurrido a las brujas medievales cuando sus ojos amarillos de lobas abrasadoras se fijaran intensamente en las llamas rojizas y danzantes de las fogatas.

Aparentemente entre nosotros, pero muy diferente de nuestro tiempo, los ojos medio cerrados soñando, sonámbulo inspirado, como bañado por una nube policromada y espolvoreada de olores perceptibles de azufre o de incienso según la hora, este sobreviviente de tiempos pasados nos pasea sin descansar por los misterios extraños de una vida anterior.

Se sorprende ingenuamente del regalo mágico que las hadas cierto día deslizaron bajo las redecillas de una cuna de Torrelavega ya que su poder es

inmenso. ¿Será él dios, mesa o cubo...? Poco le importa; olvidado de todas las realidades terrestres, servidor fanático de una extraordinaria y tenebrosa religión, apenas si se inclina para recoger delicadamente con el extremo del pincel, sin ninguna idea preconcebida, una u otra de las miles de sombras intangibles, extrañamente inmóviles y silenciosas del que está hecho ese mundo preexistente que su videncia descubre, inscrito en marca de agua, disperso en toda su creación.

Es para él entonces una indecible nostalgia cuando los grandes pájaros negros desconocidos huyen de su pincel para llegar a los lejanos fondos de pizarra o de fuego que les ha creado. Es una alegría personal, el haber resaltado con una irisación el contorno nuboso de una mancha ocre o rosa, de ver en ella nacer de repente la más suntuosa y la más onírica flor de su secreto, a no ser que aparezca la curva de un seno, a veces tranquilizador de una dulzura maternal, la mayoría de las veces lleno de retenida satisfacción. Es para él finalmente la más dulce consolación el entrever, ciertas tardes de abandono, el boceto de alguna Virgen tierna y humilde. Le parece que ella se inclina silenciosamente sobre el antiguo discípulo de los monjes, olvida las faltas que las vicisitudes de la vida le hicieron perpetrar; y, por tanto los sufrimientos que ha padecido lo lleva en un instante de razón hacia las cimas radiosas de la pureza.

Pero él, a quien todo tema impuesto, predeterminado, incluso simplemente sugerido, le bloquea y lo dispersa, se emborracha con una visión que se echa a volar y con la absoluta libertad que le da a su pincel. Sin dejar de recurrir a la apariencia y de animar esa multitud de payasos pálidos, de bufones, de fisgones impasibles, de viejas desdentadas, de Evas carnosas y sensuales, compone así, intercalando algunos temas religiosos, el más personal y el más extraño folclore pictórico.

Trabajando con la imaginación diversificará de manera espontánea y hasta el infinito las representaciones y situaciones como se ha dicho antes; pero será con la constante preocupación de no destruir nunca, ni deteriorar por poco que sea, el vigor y la espontaneidad de las primitivas pinceladas, ni la frescura, lo natural y la armonía de los toques, colores, tonos y cualidades ya existentes. Es maravilloso por tanto ver al artista fogoso y desordenado dejar paso al más concienzudo de los artesanos, pintar delicadamente a lo largo de las líneas de composición, respetar escrupulosamente las bellezas y cualidades de un esquema cuya culminación habría marcado el termino mismo de su colorida creación.



Eduardo Pisano en su taller de Montparnass, 1977 (Fotografías de Bill K. Tamama)

Gracias a las luces

En el ardor casi religioso que pone al servicio del misterio, el pintor ha dado de esta manera preferencia al juego de colores antes que a la figuración. Excluye también, por el mismo motivo, cualquier recurso al dibujo, por el miedo constante que un trazo, por su precisión, haga desaparecer el sueño y la poesía. Y, sin la mínima línea, con el solo juego del color, el artista separa sus superficies, las diferencia y pone en orden sus planos. “Es en la luz y por la luz que haré mis obras” murmura él. Llevando simultáneamente desde la plena claridad hasta la sombra más espesa la graduación de su paleta, Busca en su imaginación, en su incomparable fuerza de sugestión encontrada en el sueño, para construir, sin la asistencia de este camino lineal, que los cinceles de un escultor no encontrarán jamás, volúmenes mas sensibles quizás, sobre los soportes planos de su pintura, que no lo estarían con una articulación palpable en tres dimensiones.

Si alguna vez intentara trazar, en su trabajo, el principio de algún contorno, solo sería verdaderamente sobre la profusión coloreada de un monotipo demasiado hermético para que un ojo menos sensible pudiera no necesitar una discreta indicación, delicada y minuciosa.

Observando ahora la materia de las pinceladas que utiliza, como las representaciones que engendran, comprobamos en unas y en otras una circularidad general en un primer lugar que es testigo de la generosidad de corazón y del carácter del autor. Las obras cobran indiscutiblemente más vida, si es posible más intensidad, y bajo el pincel dan vueltas y vueltas los bosques, las colinas y los montes, las flores con sus corolas, los toros, los caballos y los pájaros, los cascos de los barcos abandonados sobre las piedrecitas de la playa.

Y sobre todo, absolutamente por todos lados, también da vueltas y más vueltas como en la sombra y la penumbra, el admirable modelo del cuerpo femenino. No se acaba nunca ni siquiera en los “bodegones” en los cuales las jarras pintadas parecen moverse sobre si mismas. En cuanto a los monotipos, esas delicadas contrapruebas que de vez en cuando tienen la aprobación del artista, van a beneficiarse de una obligatoria inversión del sentido giratorio tradicional, para añadir desvergonzadamente a su propio encanto, y de manera a menudo insospechable, la ilusión de esa cierta búsqueda, también ese ligero riesgo, que hacen la rara calidad y la seducción de un vals hacia la izquierda.

La sabia modulación de las luces mediante las cuales este singular artista, decididamente venido de otra orilla y de otro tiempo, contornea sus formas y crea sus volúmenes, debería proceder de la reaparición de la alquimia y de sus sortilegios, más que de recurrir a colores preparados. De hecho él mismo crea y diluye rápidamente el negro o el blanco en el amarillo, rojo o azul, siguiendo las formulas que forman parte de su magia más instintiva. De los tres

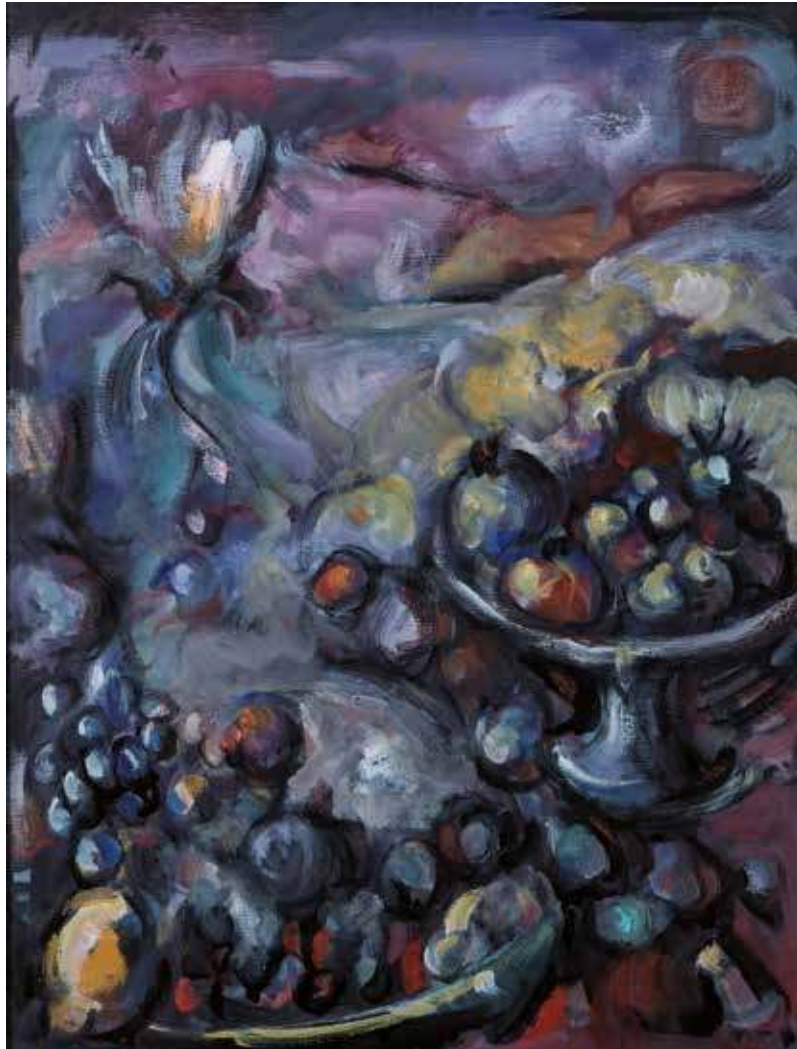


EDUARDO PISANO ANDRÉ LICOYS

Abstracción azul, 1979. Monotipo y técnica mixta al óleo sobre papel. 65 x 50 cm



Abstracción cósmica, 1972. Monotipo y técnica mixta al óleo sobre papel. 55 x 46 cm



EDUARDO PISANO ANDRE LICOYS

Naturaleza muerta con frutas. Óleo sobre lienzo. 61 x 46 cm

colores primarios, sin descansar, hace cien matices diferentes, marcando esta predilección por los tonos calientes que sienten los niños del sur, desplegando particularmente un abanico de ocre hasta ese luminoso amarillo-limón del que obtiene asombrosos efectos.

De todas las técnicas que controla el Español, finalmente resulta una pintura extraordinaria de presencia y de atmósfera, en donde nada es estático, y en la que todas las pinceladas, y los colores mismos, guardan de manera indeleble, principalmente sobre el papel que nunca plasma o retiene, la marca inmediata, material y directa de la emoción que lo suscitó. Gracias al juego sutil y con matices de tonos que las sabias oposiciones, de delicados pasajes, exaltan y hacen cantar, por efecto del brillo, de la llamarada o del resplandor de los tonos claros, sobre todo el del calor, el de la sorda armonía y de la potencia de los tonos oscuros, un extraño e intenso temblor de vida recorre toda la obra. Incluso el aire ambiente se resiente como alcanzado por los últimos sonidos de esta sinfonía de luz y sin poder dejar de evocar igualmente esas brumas translúcidas e impalpables que, por las mañanas temprano, recubren la superficie esmeralda de los grandes lagos.

La mínima sorpresa no sería también que fuera un gesticulador apasionado el que deba demostrar tal refinamiento y un sentido tan delicado de los matices. Ahí está, la manera la más inesperada, convergente y coexistente de dos contrarios, generalmente inconciliables: la violencia y la sutilidad.

La invitación al viaje:

Si el castellano prefiere el misterio poético que nace de las atmósferas vaporosas a las evidencias de la constatación y de su representación, si él teme los detalles y huye de los contornos es también por esa secreta y suprema ambición que alimenta dándole un incoercible poder de sugestión a la obra salida de sus manos. Es la sugestión para que el futuro poseedor de esta obra encuentre siempre algo que descubrir en esa pintura y así no cansarse nunca.

La sugestión sobre todo para que, superando este descubrimiento, la mirada de ese *amateur* alcance a su vez la invención y le dé rienda suelta a su poder creativo. El artista desea bastante que otros ojos durante algunos días sospechen, busquen, y descubran horizontes más alejados que los suyos, que una imaginación ardiente, tome el relevo de sus sueños y, inspirándose en las visiones sugeridas, las interprete, las modifique y las prolongue al infinito.

Reto reservado a ese pintor en plena posesión de sus capacidades, y también humilde que con la pasión de su arte y el fuego de su entusiasmo consiente a desaparecer para que cada uno, con su mirada interior, pueda, a partir de



Abstracción roja, 1979. Monotipo y técnica mixta al óleo sobre papel. 46 x 61 cm

la obra que se les presenta, construir en una incesante conversión el cuadro concebido “¿Ha recreado la imagen?” se pregunta Pisano cuando se prolonga la perplejidad de ciertos clientes acostumbrados de sus producciones que no dejan ningún problema a la imaginación.

“No me permito llegar nunca a la explicación”, comenta a veces el pintor con una obstinación inesperada, casi indignante, como si pareciera que dudáramos de la delicadeza de sus sentimientos. Y añade: “¿Es que es con la máxima libertad que conviene dejaros realizar esas múltiples acomodaciones de la vista, del corazón y del espíritu de la que saldrá por interferencia una visión que os pertenecerá solo a vosotros? No me voy a enfadar cuando recibo sobre una obra comentarios todos diferentes, con explicaciones sin relación. Al contrario alcanzo mi objetivo. Es legítimo que, al mismo tiempo, en esta mancha roja anaranjada que llena la parte alta del cuadro, unos vean un caballo al galope y otros una flor abriéndose, mientras que un tercero interpretará algún desnudo salido de sus obsesiones. En cuanto a mí, si me preguntan, sin ningún pudor, por este tema reservado de mis interpretaciones, tengo la mayoría de las veces que confesar mi incapacidad para encontrar mis primitivas intenciones, a saber que nunca las he tenido bien claras.”

¿No es remarcable que un literato haya podido declarar por su parte que no existe obra maestra sin una parte de ambigüedad, que habría que dejar alguna cosa para que el lector se imagine? En la ignorancia de una afirmación que el parentesco de las artes le ha permitido transponer el contenido, nuestro español, solo ha expresado, bajo una forma menos lapidaria, una observación y una preocupación del mismo sentido.

Y es de esta manera que mil convulsiones de un alma sensible, herida, rota, traducida por mil matices que la imaginación deforma o amplifica, que un extraño poder de sugestión prolonga, nos da a fin de cuentas una de las más patéticas formas de la expresión pictórica contemporánea.

La última pincelada

Mientras que nos dejamos llevar por esas digresiones y comentarios, el artista que reencontramos en su taller parece haber terminado el cuadro que había empezado y trabajado delante de nosotros; y sin embargo intenta mejorarlo de una manera u otra con alguna nueva sombra o luz. Él se maravilla por esa posibilidad que tiene de poder añadir sin fin los “matices”; pero al mismo tiempo se inquieta ya que sabe que lo difícil, en pintura como en música o en literatura, es el saber detenerse. Con dos pinceladas espontáneas logradas desde un principio, ya sabíais lo que con cincuenta muy insistidas ibais a destrozar sin remisión.



EDUARDO PISANO ANDRÉ LICOYS

Naturaleza muerta con jarrón. Óleo sobre lienzo. 81 x 65 cm

Velázquez estaba contento de ser asistido por ese pequeño personaje escondido en la esquina de ciertos cuadros suyos. Le llamaban el “mirón”. Era un amigo sensible y experimentado al que veíamos surgir al final de la obra y cuya única función era conminar a menudo al artista con la orden sin réplica de poner fin inmediatamente, nada más llegar al instante de gracia de la perfección. Al mismo tiempo, guardando toda modestia, Pisano no tiene otro recurso, pero cuán valioso, que un ligero retroceso oblicuo seguido de un vistazo al espejito que, enfrente de la obra, inclina siempre sobre la pared la geometría vertical de su marco azul. Refleja toda la pintura y parece un hoyo sin fondos sobre ese lejano mundo en el que el artista, siempre en estado de trance, se encontraba proyectado.

El pintor consulta ese modesto y fiel testigo de todas sus creaciones; y he ahí que, a la manera de un eco visual y mágico, la imagen de su creación la devuelve tenue, fundida, más bella quizás que en la realidad; al final le parece justificada al contemplarla detenidamente, amorosamente, los párpados casi cerrados. Le falta sin embargo una última prueba. Va hacia el caballete sobre el que pone deliberadamente la obra al revés. “Es casi más hermosa todavía”, se asombra él, sin enorgullecerse por ello, y como si se tratase de la obra de otro: “Todo queda dicho, los tonos son justos, las superficies de color bien equilibradas”.

Vuelve a poner la pintura en su posición inicial ya que ahora tiene que dejar de mala gana su estado de evasión y volver a la tierra; entonces, de paso, firma su obra en la parte superior, a la izquierda o a la derecha, a menudo sobre alguna nube de sangre, de pizarra o de barro, dejando siempre descender, caer, venirse abajo de manera anárquica, las seis letras que se leerán Pisano, un pequeño nombre para unos, un valor sin duda para muchos, un signo prestigioso para algunos fanáticos.

La mano va bajando lentamente a lo largo de la obra y con un incontrolable instinto, coloca otra vez sobre alguna esquina misteriosas tramas paralelas que consideramos necesarias para un cierto equilibrio final del pintor, más que del cuadro; pero en cualquier caso, de un valor semántico indescifrable para siempre. Pisano se encuentra en este momento sumergido por esa sombra que desde hace un rato invadía la estrechez del taller, y esa sombra termina por romper, desmigalar, disolver, ahogar los últimos sueños de oro y de granate del artista quien los ve partir a la deriva, diluyéndose, deformándose, hasta desaparecer. Está como saliendo de una aventura incomunicable, de una indecible revelación, regresando de captar visiones realmente privilegiadas por su fuerza, su capricho y su extrañeza. Con este cuadro descolgado que sostiene con sus dos manos tensas, parece incluso sobrecargado de las maravillas de ese mundo desconocido que le ha sido dado explorar en estado de hipnosis.



EDUARDO PISANO ANDRÉ LICOYS

En ese instante el acróbata prestigioso de las alturas iluminadas del circo se siente a partir de ahora encogido, ridiculizado al caer al suelo. Ahí esta ahora volviendo a tomar un largo trago de ron para afrontar lo cotidiano y sale de la pista. Fuera cae la noche triste y fría, mientras que gradualmente se alumbran las primeras iluminaciones del París nocturno.

A lo largo de la vida (los temas)

Angustia

Doce años de sufrimientos y de frustraciones habían agrandado la ansiedad nativa del pintor. Las primeras obras de vuelta a la vida artística respiran e inspiran el miedo. En las proximidades de una agua oscura que la tormenta se prepara a levantar, sobre una estrecha banda de arena amarilla, tres extrañas y fantasmagóricas siluetas cubiertas de un violeta casi negro acuden hacia la laguna con una inmovilidad que haría aullar a los perros. Bajo el cielo desmantelado, frente al riesgo de las velas anormalmente blancas que no han entrado todavía en el peligro, es la inquietud femenina la que se congela. Así debía ser la viuda Joaquina temiendo por los suyos, helada de pánico, al resonar el primer toque de alarma que iba a sustituir a la dulce llamada de la campanilla familiar. Otras visiones alucinatorias vienen precipitándose. Una ciudad inhóspita que levanta sus plantas hacia el cielo sin piedad. Una tierra árida, seca y rocosa, con una fila de devotos que va menguando según la perspectiva. En una esquina, al borde, un hombre sin cara cuyo sombrero amarillo limón tiene unos bordes anormalmente largos que captan y reflejan extrañamente unas tonalidades anaranjadas venidas de tristes lejanías.

Es fascinante esa pálida luz que se fija sobre la parte solitaria de una antigua torre en las laderas que parece un *souvenir* mientras que allí, al caer la noche caballos rojos y azules, locos de terror, galopan en silencio hacia ese horizonte que se retrae sin cesar al acercarse. Salido de las fuerzas telúricas más vivas, redondos y firmes, macizos, poderosos, los toros negros escalan rápidamente pendientes abruptas y al llegar a la cima de la colina ocre más alta, llegan en el momento en que el cielo se enrojece, para golpear sus duras e incomprensibles cabezas al gigantismo del cosmos, y sus interrogaciones sin esperanzas de respuesta, por su estupidez misma, limitan al grandioso.

Volvemos una y otra vez a nuestro delirio, ¿la amistad con los animales podría aportarnos alguna tranquilidad? Cualquiera que fueran las obras de esta época, la angustia, decididamente, no deja de seguir al artista perdido que, con toda su alma, conjura al cielo para que le traiga la paz. A esta llamada acuden azules, malvas grises, y de un aleteo poderoso de sus alas espolvoreadas, vuelan en un conjunto de alegría que pronto explota, las palomas que llevarán lejos



Escena taurina, 1956. Óleo sobre cartón. 47 x 56 cm



Los pájaros. Óleo sobre lienzo. 46 x 55 cm



El reposo. Óleo sobre lienzo. 92 x 65 cm

promesas y mensajes de vida. Palpitantes, calientes y confiadas, planean incansablemente, expandiendo la buena nueva a todos los hogares, cuando sobre los sedosos y blandos bombeados de sus gargantas orgullosas estalla a menudo el sacrilegio de una minúscula mancha oscura que, rápidamente, aumenta y se extiende. Esta herida que enrojece el color de la pelusilla hace que en una inocente incompreensión, caigan pronto como piedras las dulces palomas de ojos cerrados.

Por esto y porque nada se respeta, todos los pájaros, salidos del pincel de Pisano gritarán venganza y retomarán la inquietud. A penas abocetados, rápidamente contorneados, de ninguna especie, estarán borrosos, de ensueño y de fiebre, con la excepción de ese pico afilado y cruel que parece fijar los ojos y el hígado del pintor. El pintor perseguido levanta su paleta y bate el aire con su brazo libre para protegerse de miles revoloteos agobiantes y obsesivos que oscurecen su cielo. Un solo volátil hace excepción, verdadero himno al sol. Es un Fénix fabuloso que aparece de vez en cuando en su obra. Después de haber desafiado a la muerte y a la decadencia durante quinientos años, y más según la leyenda, alzado en la cima de la palmera más alta, este pájaro de luz despliega todo el orgullo de su policromía incomparable. Derecho sobre la hoguera de calidad de su elección, el Fénix asegura sus presas y su equilibrio sobre cien ramas de madera olorosas entrelazadas y echa una última y larga mirada sobre las llanuras del Nilo.

Se para y se sacude de repente violentamente, ya que la hora ha llegado. Recogiéndolo entonces, con un ala extendida, la última llama del sol, prende su extraño nido y en un incendio mágico de cinamomo, casia, canela, nardo y mirra, en el sordo desencadenamiento de todos los perfumes de Arabia, entre las crepitaciones y los crujidos, se deja consumir en las llamas, maravillosamente seguro de volver a nacer inmediatamente de sus cenizas.

Cuando el artista, después de un tiempo, se sintió devuelto a la vida, su infancia marina le vino a la mente. Se acordaba de los pescadores y de las sardineras y los pintó hasta la saciedad, dándoles ese carácter silencioso, inmóvil y fantasmagórico del que no podía separarse en gran parte de su obra. Volvió a recordar igualmente la mesa de mármol del marisquero de Santander, pero los pescados multicolores y suntuosos que sacaba de los fondos coloreados para subirlos a su reencuentro le parecieron mover intensamente los labios, a la manera de reclusos seculares. Eran incapaces de comunicarle sus secretos y cogió miedo.

Hizo entonces lagos y océanos, con velas que se sucedían y hacían soñar con viajes maravillosos; pero le hacía falta despiadadamente acumular en algún rincón de la obra el torbellino de las tormentas de la destrucción. ¿Podría alguna vez encontrar la tranquilidad que la inmortalidad del Fénix le dejaba entrever a veces?

El pintor se puso entonces a soñar y recordó la arboleda blanca de su juventud. Su padre se había perdido durante todo el día y volvía cansado, con un ramo gigantesco de flores de todos los colores; Joaquina cogía unas cuantas

convirtiéndolas en esa gran corona color carmín que una señora llorando se llevaba consigo. Y por decenas, por centenas, se puso a pintar e inventar flores suntuosas, pero en las que algún pétalo terminaba por irradiarse en algún abismo, algún precipicio, en el tormento más inquietante de los infinitos del universo.

Hacia ti mi Dios

Los años pasaron

¿Qué ocurre ahora en los prolegómenos de esta composición que por el momento es solo paleta? Del cielo tamizado sale una luz roja y oro que se va difundiendo, se hace cada vez más brillante para fijarse gloriosamente al final sobre la pierna del crucificado. Crucificado sin cabeza ni busto en efecto, reducido, en lo ocurrente, a esa pierna que cuelga, símbolo sublime de su divina soledad, pintada con amor y respeto, a la altura de sus sueños de niño, por el antiguo discípulo de los frailes. ¿Será esa la tranquilidad tan deseada? ¿Era indispensable beber la amargura hasta las lías? Y toda la iconografía cristiana desfila, se reanuda, con esperanza, de un pincel violento: los Cristos vuelan hacia el azul, los calvarios alargan los cortejos de mujeres santas, las Vírgenes con el Niño irradian de ternura. ¡Desafortunadamente!, a pesar de esta ofrenda de alegrías espirituales y la calidad de su emoción religiosa, la tranquilidad no llega.

En el recuerdo de tantos sufrimientos recibidos, ¿Cómo continuar creyendo? He perdido la fe proclamaba dolorosamente por todos los vientos, alineando tantos temas religiosos como un artista de la edad media, quizás la mejor parte de su obra. Furioso una cierta tarde se encuentra bebiendo copiosamente de la botella mientras contemplaba soñando, los ojos plegados, un cristo a su forma y advierte que de una manera natural lo había hecho musculoso, poderoso, desbordando aun de salud y sin embargo irremediablemente roto sobre la cruz. Estaba ahí; en pocas palabras, un hombre fuerte, no siempre enfermo o esquelético, que deliberadamente había elegido no luchar, renunciar a toda regla sobre esta tierra en donde por voluntad de su Padre se encontraba en exilio. Finalmente, ese Cristo a su forma ¿No era un Cristo a su manera?

Él, Pisano, no había sido, él mismo, un hombre fuerte decidiendo solo su sacrificio. Hubiera podido ciertamente tener éxito por los medios usuales: doblegarse hasta el suelo, seguir la moda, multiplicar las concesiones. Por haber elegido esta vía, que no era otra que el camino de pendiente más pronunciada, algunos de sus antiguos amigos circulaban en carrozas. Perder su alma para salvar su piel, no podía ni concebirlo, ni aceptarlo, y con toda sinceridad le daban pena esos inconscientes que se habían rebajado a prostituir así sus talentos y sus dones. ¡En que infortunio habían caído!



La subida a los cielos. Óleo sobre lienzo. 50 x 65 cm



Jesús en brazos de su madre, finales de los años 70.
Guache sobre cartón. 50 x 65 cm. 2ª versión del camino de cruz n° XIII

EDUARDO PISANO ANDRÉ LICOYS

Mujeres llorando la muerte de Jesús, 1977 Monotipo y técnica mixta al óleo sobre papel. 65 x 50 cm



EDUARDO PISANO ANDRE LICOYS



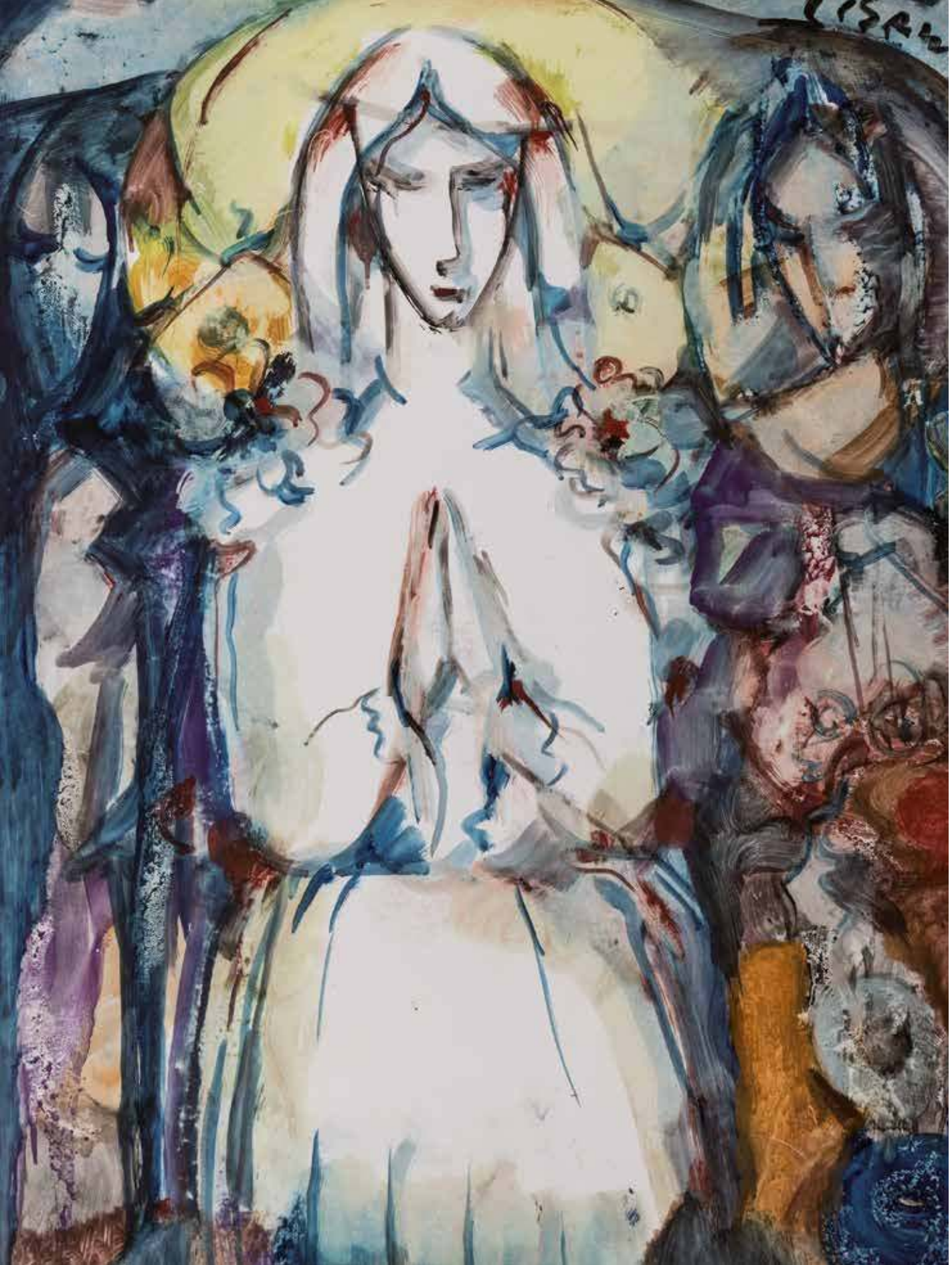
Adán y Eva, 1970. Óleo sobre papel. 50 x 65 cm



Adán y Eva en el paraíso, 1970. Óleo sobre papel. 50 x 65 cm

EDUARDO PISANO ANDRÉ LICOYS

Rezando, 1977. Monotipo y técnica mixta al óleo sobre papel, 65 x 50 cm



EDUARDO PISANO ANDRÉ LICOYS



Las tinieblas de la muerte de Cristo. Óleo sobre papel. 50 x 65 cm



La resurrección. Óleo sobre papel. 50 x 65 cm



El Cristo crucificado, 1979. Monotipo y técnica mixta al óleo sobre papel. 65 x 50 cm



La crucifixión, 1972. Monotipo y técnica mixta al óleo sobre papel. 65 x 50 cm



Escena de la vida de Jesucristo, 1970. Óleo sobre papel. 50 x 65 cm



Rezando al Cristo crucificado. Óleo sobre papel. 65 x 50 cm



Busto de Cristo. Óleo sobre papel. 65 x 50 cm

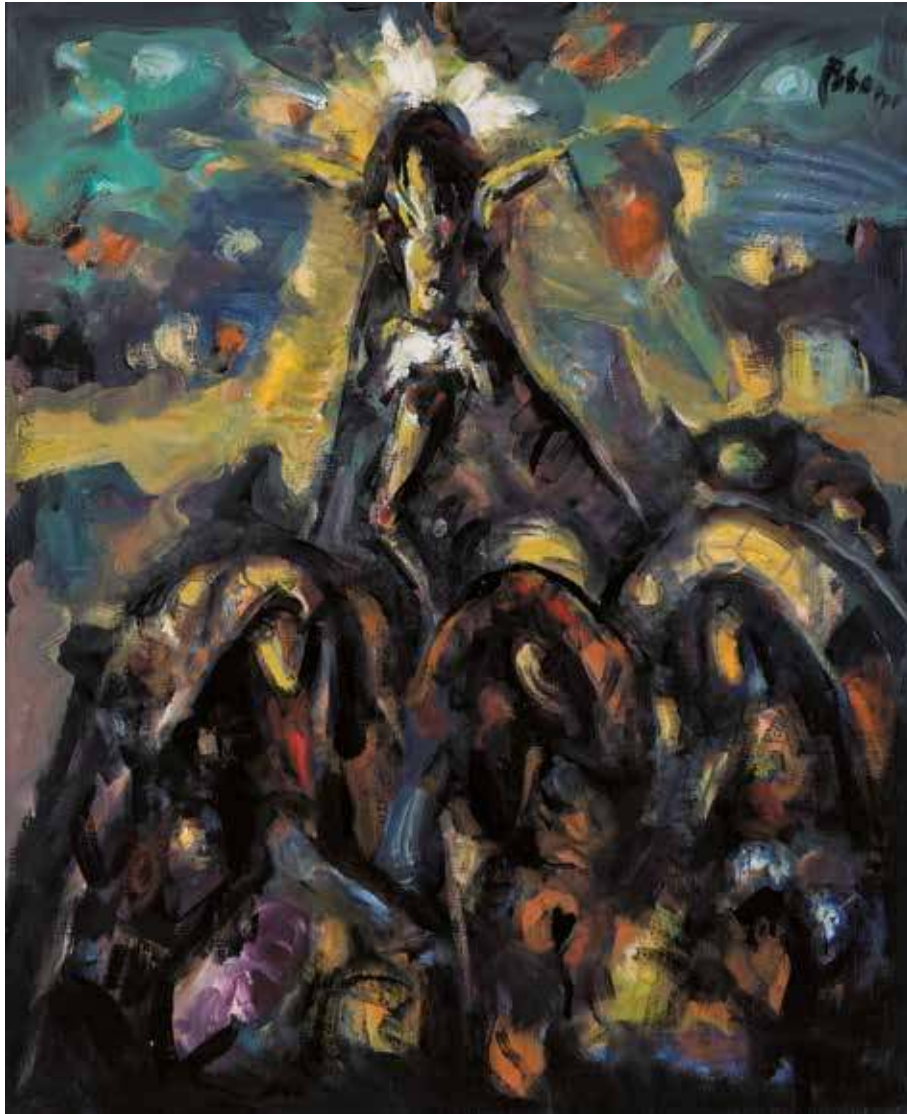


Retrato de Cristo. Óleo sobre papel. 65 x 50 cm



EDUARDO PISANO ANDRÉ LICOYS

Santo Espíritu, 1970-1971. Guache sobre cartón. 55 x 45 cm



EDUARDO PISANO ANDRÉ LICOYS

Mujeres llorando la muerte de Jesús. Óleo sobre lienzo. 73 x 60 cm

Burla (*Allegro ma non troppo*)

De su primera juventud le vinieron a la mente sin embargo otras imágenes. Se encuentra bajo la carpa de un pequeño circo ambulante, acurrucado en la oscuridad cerca de Joaquina muy atento al espectáculo. Hermosos como dioses griegos, dos atletas lanzan al aire con una pirueta a una bailarina de una insolente juventud y elasticidad. Al mismo tiempo, sobre la pista de arena, con lentejuelas de plata, brillando con mil luces, un payaso arrastra sus zapatones, se tambalea, tropieza y todo su cuerpo, bajo los aplausos, se extiende, cayendo ridículamente como una piedra al precipicio. Finalmente, el payaso se pone en las gradas justo al lado de Eduardo. La mirada seria del niño fija al hombre y bajo la máscara ve la cara que tenía, marcada, con arrugas, cansada. Observa también dos manos arrugadas de trabajar y que se crispan cada vez que el saltimbanqui, en su ajustado traje remendado, se vuelve a caer en los brazos de los jóvenes acróbatas.

Y Pisano a partir de este recuerdo va a pintar cien versiones de un gran payaso que sufre, que esconde su edad y sus pasiones, bajo el espesor blanco y rojo de sus maquillajes. El payaso mira siempre intensamente uno de los ángulos del cuadro en donde, sobre el fondo nuboso de un verde o de un azul que se difumina y anuncia lo inaccesible, resplandece el prototipo de algún desnudo pomposo. La obra se termina como siempre con una mano singular que parece romperse con las pinceladas entrecortadas de largos dedos finos, afilados, sin fin; dedos de sabio y cuya intelectualidad sensible contrasta con los empastes de la máscara facial.

Apuntando hacia el pecho del hombre esa mano patética parece invitar a más amistad, más comprensión: “Descuida la superficie, haz cambiar las apariencias. Me han hecho el ojo como se hace una flor, pero existo. Despejen mi alma y, por un instante, por respeto a mi soledad, mi sufrimiento y la dignidad, reíd más bajo, se lo ruego, mis niños”. También a veces solo aparece en el lienzo la cabeza del animador pero es enorme, como si fuera un tragabolas de feria. Ciertos días de ocre desespero, esos de los mejores éxitos, el pintor, enfurecido por el alcohol se ponía a bombardear con tubos de pintura que se estallaban sobre esta cara desproporcionada. “Vas a desaparecer... te voy a matar... matadme”, gritaba él mientras que sus orejas se llenaban de una gran sonrisa sonora de payaso y cuya carcajada acabaría con el estrangulamiento de un llanto doloroso.



Bailarina sobre el caballo blanco. Óleo sobre cartón. 47 x 56 cm



Payaso de perfil. Óleo sobre cartón. 100 x 65 cm



EDUARDO PIVANO ANDRÉ LICOYS

Payaso con mujeres desnudas. Óleo sobre lienzo. 81 x 65 cm



Los payasos músicos. Óleo sobre cartón. 47 x 55,5 cm



EDUARDO PISANO ANDRÉ LICÓYS

El payaso enamorado. Óleo sobre lienzo. 55 x 46 cm



Payasos. Rotulador negro sobre cartón. 22 x 31 cm

La compañera

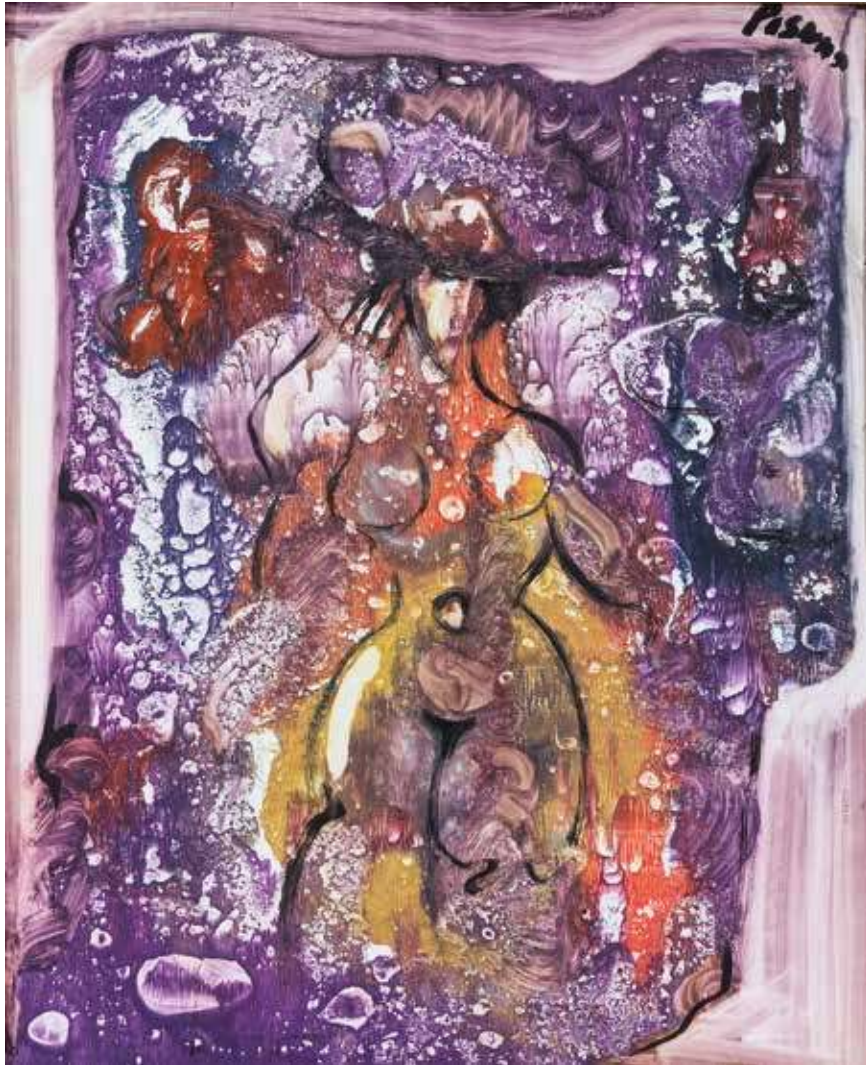
Y la otra, la joven saltimbanqui de fuertes muslos, ancha pelvis, con todo el esplendor de su juventud, ¿En donde la había visto antes? Recuerda entonces un día de fuga: un niño perdido en un laberinto de las cuevas de Altamira y que está a punto de llorar. La iluminación vacilante de un farol suspendido le revelaba gradualmente el extraño mundo de las inscripciones parietales. Eso le marcará toda su vida. Animado por el brillo danzante de la vela, un ser de bondad y de protección parece de repente despegarse de la roca e ir hacia el niño. Con toda dulzura, fuerza y protección, es la imagen misma de la feminidad. Eduardo, tranquilizado, mira intensamente la roca y no ve ni cuerpo ni cabeza; pero solamente por el arte instintivo y genial de un primitivo que quizás era un lejano antepasado del joven perdido, un gran círculo que le calma, que domina la dulce curva de un seno y que refuerza lo oscuro de una forma triangular.

El pintor no olvidará nunca esta aventura ni la ayuda recibida. Al final poco importa que la diosa-madre, la Eva eterna, fuera en esa condición acéfala. Admiraría otras posteriormente con un simple oval por cabeza y con el trazo único oblicuo de un ojo almendrado. Con “los frailes” el catecismo se había terminado con este consejo: “mis niños, que vais a iros para afrontar la vida, si algún día sentís la tentación de faltar el respeto a una mujer acordaros de la dignidad que vuestras madres han mostrado siempre y el pensamiento del mal os abandonará”. Esta aproximación le pareció intolerable a Eduardo que decidió inmediatamente una división bipartidista del mundo femenino: habría a partir de ahora en su imaginación, su corazón y su pintura, por un lado la única Joaquina, y por el otro, unificadas, confundidas, las mujeres, todas las mujeres.... la mujer.

Su madre se podía resumir en todo con la dulzura de esa cara pura la cual él quería y de la que conocía cada trazo, con la ternura inefable de esa mirada que, desde los primeros pasos y de manera inquebrantable le tranquilizaba y le apoyaba. De ese objeto animado, de esa entidad próxima de la impersonalidad, que era en cambio la mujer genérica, él se preparaba, con toda la fuga de su joven imaginación, a celebrar, sino de manera exclusiva, al menos con absoluta prioridad, esa suntuosidad corporal que ocupaba los sueños y nutría las conversaciones de los adolescentes excitados. Llevaba consigo siempre, sin embargo, como si fuera una herida mal cerrada, esa decepción profunda que la suerte le había infligido cierto día que de manera imprudente y prematura cruzó las barreras sagradas de la pequeña infancia. No había él procedido, de la más desleal y sacrílega manera, al análisis de esa máscara enharinada que, no estando ya en representación de su símbolo, legítimamente podía deshacerse. Decidió entonces que nunca descifraría la cara, innumerable y sucesiva de esa feminidad del deseo en el que lo desconocido al mismo tiempo lo atraía y le asustaba.



Desnudo gris. Monotipo y técnica mixta sobre papel. 22 x 27,8 cm



Desnudo con sombrero. Monotipo y técnica mixta al óleo sobre papel. 55 x 46 cm



Desnudo. Óleo sobre cartón. 27 x 35 cm

Para ser más exactos, para diferenciarla categóricamente de Joaquina, la mujer-objeto no tendrá derecho a una cara; solamente, para sugerir la figura, a algún oval inclinado rápidamente abocetado. A la pincelada ascendiente de una almendra oblicua le hará a veces un ojo cerrado sobre infernales conspiraciones. A lo mejor le daría con dos pinceladas la gracia de una espesa melena negra caída lateralmente, sobre la que, gota de sangre brillando al sol, realzaría el brillo de alguna flor del rojo más vivo.

De esta esquematización la obsesiva criatura no quedaría de ninguna manera disminuida; al contrario, estaría aún más cargada de atrayente misterio y de una perturbadora seducción; también decidió, salvo con raras excepciones, que no iría mas lejos en sus interpretaciones del agente femenino. Es verdad que el joven Pisano se reservaba sin embargo animar y exaltar con las deformaciones más arduas esa forma que iba a resaltar con toda su pasión corporal.

Las prostitutas que iba a frecuentar muy pronto como lo hacían muchos de los jóvenes españoles de su época, le iban a dar por consiguientemente el arquetipo de la mujer anónima. Cuando, insensibles a la bruma, ellas pasaban una y otra vez sobre el espolvoreado dorado de las farolas en Londres como en París o Barcelona ¿proponían ellas, en efecto, algo más que un instante de su cuerpo antes de perderse en una difuminada sombra? ¿No eran más puras, después de todo, que esos pintores o escritores que, con la pasión de hablar de ellos mismos ceden al vértigo absoluto y se confían a cualquiera hasta el más secreto y profundo recoveco de sus consciencias, hasta la última agitación de sus almas? Es así como esa mujer se convierte en el denominador común de todas las pinturas de Pisano; la eterna compañera de los hombres, con la que ellos tienen las mejores alegrías así como las penas más profundas.

Las ha compuesto así, como una esplendorosa segunda feria floral. Las hay en ocre, en rosas, y amarillos. Las hay como plantas hechas con el verde más tierno. Las hay como anadiómenas venidas de “mañanas del mundo” y que son de un impalpable éter azulado. Las hay rojas, malvas, y también de policromías que son toda una paleta. Las hay por terminar, negras como las viudas de España y que caen al pie de la Cruz mientras que bordeadas de plata, densas y con prisa, corren a su destino las pesadas nubes de la nostalgia.



EDUARDO PISANO ANDRÉ LICÓYS

Mujeres de Montparnasse. Óleo sobre tablex. 73 x 54 cm



EDUARDO PISANO ANDRÉ LICOYS

Mujer con mantilla. Óleo sobre tablex. 65 x 50 cm

Pasamos la página Como Pisano rima con “Montparno”

Así va, así viene, así fue, y de vez en cuando por la magia de su arte, se escapa hacia los infinitos Eduardo López Pisano, llamado Pisano, nativo de Torrelavega cerca de Santander, y desde hace mucho tiempo, pintor muy español en París, la gran ciudad.

Recordaremos que en 1945, por el efecto de un armisticio sobre el que ya no contaba, nuestro hombre se encontraba errando, algo desamparado, por las calles de Burdeos. Para permitirnos restablecer el hilo de su destino nos haría falta proyectar algunas rápidas luces sobre lo que le ocurrió después.

Al principio, siguiendo su naturaleza, el Castellano recobró su coraje y encontró un taller en el que hizo sin dudar esa pintura sólida, sin compromiso, ni coquetería, a la que se dedicaría exclusivamente y a la que solemnemente le juró fidelidad. Aunque presentó sus lienzos con cierto éxito en toda Aquitania, al cabo de una experiencia de dos años, y a pesar de la amabilidad natural de los aborígenes, seguía siendo un extranjero en una región en donde cada uno parecía conocerse, y primordialmente, en todo vecino desearía poder reconocerse. La banal alternancia entre sus éxitos y deberes provinciales no pudo impedirle caer a menudo en una profunda depresión.

Al mismo tiempo, como una mariposa fascinada por la lámpara nocturna, y al igual que tantos artistas que le precedieron, percibió intensamente la atracción extraña, la imperiosa y misteriosa llamada de la Ciudad de la Luz. El anonimato, además, debería ser y encontrarse protegido. Eso gustaba a su modesto temperamento y decidió volver lo más rápido posible a sus miles andanzas y aventuras. Contando con sus pocos ahorros, decide poner rumbo exactamente hacia Montparnasse.

Estaba allí, famoso, el verdadero paraíso terrestre para pintores en dificultades; seguramente le esperaban, y se alegraba de antemano de la acogida fraternal y cariñosa con la que se iba a encontrar. *In situ*, el Castellano debió rápidamente desengañarse, comprobando que con el dinero que se había gastado en el viaje no le quedaba para pagar el hotel o el hostal. Solo tenía como solución abandonar por la noche su nuevo barrio de elección y bajar melancólicamente hacia el Sena e intentar cobijarse bajo los celebres puentes de París. Lo consiguió bastante a menudo, pero también tuvo que dormir a la intemperie sobre las orillas arenosas del río al ser echado de las arcadas antiguas por la maldad de los vagabundos. Instalados sólidamente en sus lugares, reconocidos en sus emplazamientos por todos, con frecuencia no querían dejar ni una pulgada de terreno al intruso ocasional, y le expulsaban lanzando piedras o botellas si se resistía a irse a pesar de los insultos de los borrachos.



EDUARDO PISANO ANDRÉ LICOYS

Pintor y su modelo. Óleo sobre tablex. 55 x 46 cm



Fotografías de estudio de Eduardo Pisano hacia 1970

Bohemia, alcohol y filosofía

Es una suerte que proponiendo pequeños desnudos de calidad en las terrazas de Montparnasse se acabara por despertar el interés de aficionados comprensivos a la pintura e incluso de los marchantes acreditados e informados. Se sale uno poco a poco de la dificultad, se sale del agujero. A veces incluso se expone con éxito, y se gana de repente mucho dinero que se dilapida igual de rápido en algunos días, para tratar bien a los camaradas y mostrarles con que desprecio hay que tratar este elemento corruptor. Y el último día de gozo para deshacerse del último billete, se entra en el último café abierto y con un viril cara a cara con alguien, se vacía silenciosamente una botella de whisky.

Es por ello que la cortina de hierro habiéndose bajado con un enorme ruido de chatarra, se encuentra en ese momento allí, en el borde de la acera, completamente indefenso, oscilando al viento de la noche. Está la escena en uno de los cuadros. Vemos un viejo clown desilusionado, un poco encorvado, al que sostienen dos amigos con paciencia y solidaridad. Sus cabellos lisos le caen a lo largo de las mejillas como después de la lluvia. Extraño, de otra época, y su pelo y sus ropas informes le cuelgan en una indecible fatiga hasta el ángulo recto grotesco que forman los dos pies, demasiados largos.

Cansado de no haber podido reunir a su público, se deshizo de la guitarra con la que había tocado tanto. Como prisionero de la burla parece pronunciar inaudibles y patéticas llamadas de auxilio, obstinarse más allá de los límites en la búsqueda y la proclamación de su verdad que nosotros empezamos a conocer: “Volved a encontrar el preciado gusto del tiempo perdido, olvidad la apariencia cambiante y fugitiva de los seres y de las cosas, reencontrad las certezas de fondo y permanentes de la inmensidad subyacente, sed sinceros y sin ostentación. No hagáis más trampas, y sobre todo, os lo ruego amigos míos, sed buenos e indulgentes.”

Pero el clown-filósofo se desmayó de repente, disipándose en la atmósfera. Solo queda en Montparnasse, bohemio entre los bohemios, extranjero entre los extranjeros, un artista sin pinceles.



El porqué de las cosas

De Luxemburgo a Montrouge, de Vaugirard al Observatorio, se siente en su casa, formando casi parte del asfalto. No solamente pertenece a ese sitio sino que forma parte de ese barrio del que Francia todavía se enorgullece y que va a desaparecer. Por el momento, en el bulevar de Montparnasse que él recorre, el pintor se siente como sumergido, desaparecido entre la gente disparatada y variopinta. Por su espeso bigote reconoce a menudo a ese colega catalán cuyos aficionados de todos los países aprecian las encantadoras o suntuosas ilustraciones y que es igualmente pintor con un gran mérito. Lo abraza alegremente. Qué artista tan extraordinario, piensa Pisano alejándose, cómo se puede tener éxito con ese talento, y encima divirtiéndose.

Le quitan de las manos sus obras y yo mismo si pudiera le compraría. Y decir que conmigo es exactamente lo contrario, la gente pagaría, estoy seguro de ello, para no tener que colgar mis lienzos en sus casas. Se extravía así con la más injustificada de las melancolías cuando un anciano viene hacia él interpe­lándolo con determinación: “Amigo mío, le reconozco, no se esconda, es usted él que me vendió, hace casi más de veinte años el pequeño desnudo “peor hecho” que nunca he visto jamás, ¿No ha oído decir que sobre la tierra la mujer era la mas bella forma después del caballo?”.

Ante eso Pisano balbucea...y se acuerda efectivamente, que sabiendo pintar empalagosamente habría podido desde luego, de la misma manera, proponer algún desnudo perfectamente académico... que sin embargo ese tipo de desnudos le parecían tan desencarnados o insignificantes que les coge miedo y prefiere volverlos a hacer “a su manera”, acentuando los contrastes, las particularidades, los defectos, hipertrofiando principalmente los senos, que no quiere copiar sino más bien dar el equivalente de las cosas, sus interpretaciones, de manera que, evidentemente, si se quiere a toda costa lograr el parecido, vale mas dirigirse...al fotógrafo, aun siendo una radiografía su preferencia. “¿Qué quiere decirme con ello?” grita el anciano enojado... pero ni por un imperio no querría separarme de ese pequeño desnudo... es maravilloso... dese cuenta que nunca he podido mirarlo sin que ciertos deseos.... Bueno, usted me entiende. ¡Entienda que a mi edad se ha convertido en algo adúlador!



Jacques Vidal y Eduardo Pisano en París. Hacia 1978 (Fotografía archivos Jacques Vidal)



Galería Vidal, París 1967. Salvador Dalí, Juliette Gréco, Jacques Vidal, Brassai, De santo, Josephine Baker, Eduardo Pisano

“Entiendo” afirma tranquilamente el artista tranquilizado, que, para terminar con la cuestión, vuelve a repetir sus concepciones artísticas. No hay otra cosa que valga la pena, como pintor, que un pequeño desnudo. Por su espontaneidad, las obras de pequeño formato son a menudo las mejores. En las grandes composiciones se puede tener la tentación de tomárselo en serio, cosa que es catastrófica. Un pequeño desnudo, son a veces algunas manchas de color y se les deja tal cual, en su frescura primitiva. O, sin embargo, pero “sin comprometerse mucho”, para que salga bien, se añade algo. Por ejemplo: se puede contornear la cabeza con una pequeña luz o cubrir un poco alguna de las manchas. Eso le da misterio. El paseo ha conducido a los dos hombres ante una entrada de metro de 1900. El anciano desea entrar rápidamente. Se dan la mano largo y tendido mientras que Pisano por su lado reencuentra su orgullo ante las largas propiedades de su pequeño desnudo. Él espera que el anciano lo conservará durante mucho tiempo en las mismas condiciones. Le desea buena, muy buena salud y larga, larga vida.

El Castellano prosigue su camino. El encuentro le ha dado ganas de conversar. Va ir entonces a ver al Enmarcador, hombre desinteresado como ninguno, el apoyo conocido por todos los artistas españoles en desamparo, su amigo de siempre. Con su fuerte voz, el Enmarcador gritará: “¿Entonces Pisano, holgazán, que no sirves para nada, que tienes, idiota, que decirnos?”, y se le contará precisamente este encuentro con el anciano vigoroso y después esperamos dos minutos, no más, y es el otro que, delante de sus clientes y sus empleados, volverá a contar la anécdota a su vez. Y él, Pisano, tonto como es, la escuchará transformada,

vivificada por uno de los más extraordinarios cuentos de la plaza. Casi ni va a reconocer su historia, y su persona desesperadamente incontrolable, una vez más, le traicionará, expresando su interés por la infiel narración y su injustificable curiosidad por la asombrosa conclusión que ya prepara, elabora y cuidadosamente rectificada el más maquiavélico de los narradores.

Por ahora nuestro pintor está todavía en su bulevar e intenta abrirse paso en la circulación. Por una cierta asociación de ideas, el encuentro imprevisto que acaba de tener le hace pensar en esas dos solteronas que en una ocasión le habían pedido si les daba clases de pintura. “¡No somos principiantes, habían coqueteado, hemos seguido cursos por correspondencia...no tendrá ningún problema con nosotras!” En este caso, ¡un desastre! Rígidas como soldados, se habían dirigido juntas hacia una mesita redonda sobre la que lucía el ramo que ellas habían especialmente compuesto, y siempre juntas y en voz alta, habían decidido contar cada flor y hasta los pétalos. Se mostró muy sorprendido: “Señoritas, no es de esa manera que vais a realizar una obra de arte. Si para pintar una manzana, reproducís exactamente una manzana, solo os quedará comerla, y si queréis, hasta el mínimo crin, representar un caballo, solo os faltará montarlo y desaparecer”.

Se calmó rápidamente, avergonzado de una violencia tan contraria a su temperamento; y, para excusarse, como ejemplo, de vuelta a sus sueños, en pocos instantes había pintado ectoplasmas de flores doblándose bajo el movimiento del viento, frutas que bajo su halo estaban desbordantes de vida hasta explotar. Para complacerlas, les había incluso ofrecido como bonificación dos grandes sementales encabritados, relinchando de placer delante de la pequeña yegua con bonitas crines que había puesto en un ángulo superior del lienzo. Por lo demás, acababa de perder dos alumnas y un poco de dinero.



EDUARDO PIVANO ANDRÉ LICOYS

Caballos. Óleo sobre papel. 55 x 46,5 cm



El flamenco. Óleo sobre papel. 50 x 65 cm

Solo es un hasta luego, París

De vez en cuando el artista se pregunta por sus sentimientos. ¿De dónde vienen que alimentaban en el fondo de su corazón su más sincero amor por el país que lo ha acogido generosamente, pero se ha preocupado tan poco de su suerte que empieza a reconocer solamente la importancia y la originalidad de su creación pictórica? ¿Ha padecido, entonces, como tantos otros, la influencia de la cultura francesa? Un conservador de museo que contempló su obra lo negaba: “Este artista no ha cogido nada de este país, nada”. Y verdadero Español era, Español se quedó. Llegado con la cabeza llena de sus extraños sueños, se había encerrado con ellos durante años y, sin una mirada hacia el mundo exterior, pintando para él mismo, los ha proyectado como un sonámbulo habría podido hacerlo. ¿Por qué, en esas condiciones, querer seguir en París si la vida sería mucho más fácil sobre la costa cantábrica, por qué obstinarse en ese pueblo urbano de Montparnasse que se derriba metódicamente y querer figurar entre los últimos defensores de un lugar asediado?

Sí, por qué esta fidelidad a toda prueba hacia el país de adopción, si solo es por reconocimiento a este impalpable e incomparable ambiente intelectual, a la vez artístico, literario y cultural, en el que se nutre y resplandece todo París y que, sin refrenarlos jamás, permite el pleno desarrollo de los talentos extranjeros más diversos y originales, de cualquier punto del globo que provengan y se sientan. Todo ello no impide que la llamada del país os conmueva profundamente y como se puede aprovechar las nuevas facilidades se irá de vez en cuando. El artista no va a tardar en pisar el suelo de un Torrelavega, que a penas reconoce por lo prodigioso que ha sido el desarrollo de la pequeña ciudad a lo largo de los últimos decenios. Muy emocionado, acaba por encontrar esa pequeña tienda de flores cuya policromía hará pronto festejar suntuosamente el más tierno de los encuentros familiares.

Dos exposiciones en Santander terminan exitosamente y su hermana, cuya dulce cara y los cabellos canosos le recuerdan un poco a Joaquina, le manifiesta su alegría y su orgullo. Ella le confía que Torrelavega quiere igualmente admirar las obras de su hijo pródigo y que se prepara a festejarlo. El artista acepta con gusto y prepara sus obras con un cuidado particular. Por una paradoja de la vida es la Caja de Ahorros local que ofrece al que nunca ha tenido el mínimo sentido de la economía, las paredes de sus magníficos salones para que todos los conciudadanos y todas las gentes de Santander y todos los de la Provincia y todos los de las regiones vecinas puedan contemplar cuarenta y cinco lienzos cuya extrañeza hiere y atrae al mismo tiempo.

Y de ese modo, en una tarde de mayo de 1973, la gente de la montaña desfilan en masa, silenciosos, respetuosos, delante de las grandes flores sin nombre,

los desnudos pomposos, los payasos pálidos, las máscaras herméticas. Los ven y los compran. Pero para los suyos, los hombres y mujeres de su raza y de su clan, el artista ha querido hacer cantar todo su repertorio, ofrecer todo un conjunto de signos y de formas imaginarias. La gente continúa la visita. Admiran los robles rotos por la tormenta, los lagos revueltos, los pájaros con picos afilados, las dulces palomas en perdición. Se santiguan discretamente delante de los Cristos translúcidos en la agonía, los apóstoles aureolados cuyos ojos levantados siguen la ascensión del Salvador, se santiguan también furtivamente delante del diablo y de las brujas haciendo muecas que le cortejan en un aura de perversión.

Y compran más, compran todo: los cuarenta y cinco cuadros se vendieron. De todo el indiscutible temperamento artístico, las gentes de la montaña han resentido la fuerza vital incoercible que anima sus obras. Al mismo tiempo han creído reconocer esa violencia que estalla por todos lados. Ella es santa. Es la de la generosidad, de una generosidad con mil manifestaciones, que se desborda, la de los coloridos tan audaces que se atreven a todo, la de una pasta con el espesor sin cálculos, trabajada en fuerza, la de la franquicia de las pinceladas y de la larga ordenación de las composiciones, finalmente la de los vacíos, ellos mismos, exentos, tratados, sin temor ni restricción. No, no puede haber dudas, no hay nada en todo ello de mezquino. Se trata de un artista transcendente, con una personalidad poco común. Y ellos admiran también que, gracias a una técnica apta para seguir sin esfuerzo los sueños más alucinantes, la sugestión pueda así prevalecer sobre la representación. Es casi como si osáramos dar un título a las pinturas que cada uno puede interpretar a su manera. Sí, verdaderamente nos encontramos ante un señor del pensamiento, del corazón y del talento, y en el que el sentido de lo patético, del misticismo y del romanticismo se sitúan bien en la más pura tradición española.

Nos dirigimos luego hacia los buffets discutiendo y recordemos que el artista vuelve de París, que eso evidentemente lo hace importante. Y, poco a poco, los visitantes se fueron, el silencio se restableció. En una esquina de la sala, con un vaso de vino color sangre en una mano que temblaba un poco, emocionado, asombrado por tal éxito, sensible al importante homenaje que acababa de brindarle así su propia ciudad, solo queda un hombre envejecido, mas pensativo quizás que de costumbre: ¿Podría ser que en este mundo despiadado, la ternura, el desinterés y la sinceridad, reciban con el tiempo alguna parte de consideración? El Castellano, con modestia, cierra por un instante sus párpados en una mirada que considera demasiado brillante y, yendo cuarenta años atrás, no puede impedir el volver a ver esa otra gran sala vecina de la Biblioteca Popular: un joven pintor triste y decepcionado fijando la mirada a lo largo del día en esa puerta de entrada que ningún aficionado se decide a pasar.



Trabajando en la tierra. Óleo sobre lienzo. 46 x 61 cm



Campesinos españoles, 1956. Óleo sobre lienzo. 84 x 130 cm



Reserva taurina. Óleo sobre lienzo. 65 x 92 cm



Cuatro veleros con fondo azul, 1976. Monotipo y técnica mixta al óleo sobre papel. 55 x 46 cm



EDUARDO PIVANO ANDRE LICOYS

Tres veleros con fondo rojo, 1976. Monotipo y técnica mixta al óleo sobre papel. 54 x 45 cm



EDUARDO PISANO ANDRÉ LICÓYS

Naturaleza muerta con plátanos, 1972. Óleo sobre lienzo. 55 x 46 cm

Un hombre revive su vida...

Pisano sale enseguida de su sueño y tambaleándose un poco abandona las últimas luces que descienden de las lámparas para dirigirse como un autómatas hacia una gran ventana impersonal. La abre brutalmente aspira el aire fresco y se asoma al balcón como si quisiera atravesar con su mirada de visionario la noche que recubre Torrelavega con su capa negra. Es, sin embargo en vano que busca el emplazamiento del convento de los "Sagrados Corazones". El tiempo ha pasado por ahí, los Frailes se fueron y los inmuebles destruidos han sido remplazados por el cemento. Se dirige entonces en dirección del cementerio municipal: barrido por el viento frío que viene del Océano y bajo una iluminación lunar intermitente, hay ahí una losa gris muy simple, pero recientemente recubierta de un ramo de flores que une la suntuosidad de los rojos y la tranquilidad de los malvas. Es en este lugar que, piadosamente dormidos uno al lado del otro en la Paz del Señor, reposan para siempre ese perfecto hombre honesto que fue Eduardo López, su padre, y Joaquina, esa madre tan querida junto a la que tuvo un buen vivir toda su vida.

Ve entonces desfilas en un instante esa existencia picaresca que al contrario fue su destino, del cual no había premeditado el desorden, y para excusarse por ello, por el pensamiento, ofrece a los desaparecidos, ese éxito que les hubiera satisfecho. Y, mientras una lágrima inesperada, que tenía la edad del mundo y que sentía como una quemadura, desciende paso a paso, irregularmente, a lo largo de su cara quebrada, dulcemente, como sobre su pasado, el pintor-soldado cierra la gran ventana.



Eduardo Pisano y André Licoys en París (Fotografía de Bill K. Tamama)

André Licoys

Para un amigo español, Saint-Cloud, Noviembre 1973

19) distrito de París como tantos otros, los cafés (sobre
"Le Coupole" y el Select) han perdido su clien-
tela de artistas. Hoy todavía es una cita para
encuentros y cambios impresiones.

En el Select, se formó una tertulia a la que con-
curramos, casi todo el grupo de Españoles, los más
Afortunados eran, Pedro Flores, Colmeiro, Pansa, Domingo
Chirinos y yo, tenía lugar los viernes por la
noche, allí se hablaba de todo, "hasta de arte"
había un gran ambiente, sobre todo de solidaridad
pues en ese tiempo, vivíamos todo dicha sea la
expresión a "saltar de mata" esto me quiere decir
que resistiera siempre la memoria, pues

Texto manuscrito extraído del catálogo "Pisano" editado por la Caja de Ahorros de Salamanca en mayo de 1988

Exposiciones colectivas

- 1946** *Artistas españoles en exilio*, Sala Goya, 2º centenario, Museo de Bellas Artes, Burdeos.
- 1947** *Artistas españoles en exilio*, Galería La Boétie, París.
- 1954** Feria de exposiciones, Dijon.
- 1955** *Homenaje a Antonio Machado*, casa de “la Pensée Française”, París.
- 1967** *Eduardo Pisano y Manolo Pelayo*, Galería Vidal, París.
- 1968** 1ª bienal de arte contemporáneo español, Museo Galliera, París.
- 1972** Dintel, Galería Dintel, Santander.
Pintores españoles, Galería de arte Sur, Santander.
- 1973** Sala Nonell, Barcelona.
Pintores españoles, Galería de arte Sur, Santander.
- 1974/88** *Homenaje a los pintores de Cantabria*, Cabezón de la Sal, Cantabria.
- 1975** *Artistas Montañeses*, 6ª exposición de arte actual, Santillana del Mar, Cantabria.
Expresionistas españoles, Galería de arte Sur, Santander.
Salón de pintura, Vaucresson.
Muriedas, Otero, Pisano, Galería Banco de Bilbao, Torrelavega.
- 1976** Muriedas y Pisano, Galería Banco de Bilbao, Torrelavega.
- 1982** Mauro Muriedas, Jesús Otero, Eduardo Pisano, Galería Banco de Bilbao, Torrelavega.
- 1984** *Treinta pintores*, Promociones de arte, Santander y Madrid.
- 2001** *75 años después... la Biblioteca Popular de Torrelavega*, Casa de Cultura, Torrelavega.
- 2013** *Carnets de identidad*, Museo Internacional del Calzado, Romans sur Isère, Francia.
- 2014** *Colección Círculo de Recreo*, Sala Mauro Muriedas, Torrelavega.
El Montparnasse español, Instituto Cervantes de París.
Pintores Cántabros, Galería Este, Santander.
- 2018** *Exilio exterior, exilio interior*, Sala Mauro Muriedas, Torrelavega.

Exposiciones individuales

- 1934** Biblioteca popular, Torrelavega.
- 1946** Museo de Bellas Artes, Burdeos, Francia.
- 1946-1958** Diversas exposiciones en Arcachon, Biarritz, Bayona, Toulouse y Marsella.
- 1948** Instituto Dumaine-Pérez, París.
Galería taller Vidal, París.
Galería de las Artes y las Letras, París.
- 1959** Galería de arte Dintel, Santander.
- 1962** Santander.
- 1964** Galería taller Vidal, París.

- 1965** Galería taller Vidal, París.
- 1969** Galería de arte Sur, Santander.
- 1971** Galería de arte Sur, Santander.
- 1972** Galería Prima, Plaza Vendôme, París.
Galería de arte Dintel, Santander.
- 1973** Caja de Ahorros de Santander y Cantabria, Torrelavega.
- 1974** Retrospectiva, Museo Cultural Internacional, Saint Cloud.
Retrospectiva, Museo-Biblioteca, Saint-Cloud.
- 1976** *Un pintor español de la escuela de París*, Sala Nonell, Barcelona.
- 1977** Galería de arte Sur, Santander.
- 1978** Sala de arte Espi, Torrelavega.
- 1982** Museo Municipal de Bellas Artes, Santander.
- 1984** Sala de arte Espi, Torrelavega.
- 1985** Sala de arte Espi, Torrelavega.
- 1986** Retrospectiva Caja Cantabria, Torrelavega.
Homenaje a los pintores de Cantabria, Cabezón de la Sal.
Sala de arte Espi, Torrelavega.
- 1988** Museo Municipal de Bellas Artes, Santander.
Sala de exposiciones de la escuela de San Eloy, Salamanca.
Caja de Ahorros de Valladolid, Valladolid.
- 1996** Galería de arte Cervantes, Santander.
- 2002** *Los pintores españoles, homenaje a Pisano*, Museo de Mas Carbasse,
St. Estève.
- 2003** Retrospectiva, Sala Mauro Muriedas, Torrelavega.
Galería Carmen Carrión, Santander.
- 2004** Invitado de honor del «Van Gogh Festival de Arte», Arles.
- 2011** Festival de las noches del Enclave de los Papas, Castillo de Simiane, Valréas.
- 2012** Parlamento de Cantabria, Santander.
Sala Municipal Mauro Muriedas.
Centro Nacional de Fotografía, Manuel Rotella, Torrelavega.
- 2013** *Montparnasse, tierra de asilo Eduardo Pisano*, Museo de Montparnasse,
París.
Galería Mona Lisa, París.
- 2015** *Una explosión de colores en Montparnasse*, Capilla del Colegio de los
Jesuitas, EU. (Seine-Maritime).
Espacio Garcilaso, Torrelavega
- 2016** *Tierras de exilios*, Galería Terres d'écritures, Grignan.
Obras sobre papel, Galería Mona Lisa, París.

Obra en colecciones

Gobierno de Cantabria.
 Ayuntamiento de Santander, Museo Municipal (M.A.S.).
 Delegación de Gobierno de Cantabria.
 Ayuntamiento de Torrelavega.
 Parlamento de Cantabria.
 Viesgo Distribución Eléctrica S.L.
 Templo de la Virgen Grande de Torrelavega.
 Museo Diocesano de Santillana del Mar.
 Círculo de Recreo de Torrelavega.
 Museo iconográfico del Quijote, Guanajuato, (México).
 Escuela del Sagrado Corazón de Torrelavega.
 Caja Cantabria.
 Hugh Langmuir (Escocia).
 Jean-Marie Messier (París).
 Anne Lauvergeon (París).
 Ashley Rountree (USA).
 Bill K. Tamama (Japón).
 Francine Serrer (París).
 Museo Goya, Castres (Francia).
 Instituto Cervantes de París (Francia).
 Museo de Bellas Artes de Burdeos (Francia).
 Museo du Mas Carbasse, Saint Esteve (Francia).
 Jean Claude Tormos, Ceret (Francia).
 Enrique Peraita, Santander.
 Manuel Martínez Castaño, Santander.
 Familia C. Casanueva, Santander.
 Diego Bedía, Santander.
 Luis Pacheco Peral, Santander.
 José Manuel Cano Pelayo, Santander.
 Santiago Casar, Santander.
 Antonio Toca, Torrelavega
 Ariel Cuesta Domínguez, Santander
 Familia Bedía García, Torrelavega.
 Ernesto González de la Vega, Torrelavega.
 Francisco Javier López Marcano, Torrelavega.
 Manolo Arce, Santander.
 Rosario Álvarez, Santander.
 Carmen Carrión Bolívar, Santander.
 Eric Licoys, París (Francia).

Bibliografía

Monografías

- André Licoys, *Pisano*. Saint-Cloud 1973.
 Antonio Martínez Cerezo, *Pisano. Colección "Arte Montañés II"*, Santander 1973.
 Antonio Martínez Cerezo, *Pisano entre dos luces. Torrelavega a Pisano & Testimonio*, 1986.
 Marta Mantecón, *La pintura de Pisano: plasticidad e incertidumbre*, Torrelavega 2003.
 Anne Egger, *Pisano*. Museo de Montparnasse/Arcadia Ediciones, París 2012.
 Mauro Muriedas, *La casa de las flores*. Torrelavega 2012.

Bibliografía general

- Eduardo Pisano*, exposición galería de arte Sur, Santander 1969.
 Antonio Martínez Cerezo, *La pintura Montañesa*. Ibérico Europa Ediciones. Madrid 1975
 J. Lamuña, Exposición Sala de arte Espi, Torrelavega 1978.
Gran Enciclopedia de Cantabria. Ed. Cantabria, 1985. VVAA.
Homenaje a Pisano, Caja de ahorros de Santander y Torrelavega, Cantabria 1986.
La idea en el arte. Fondos de una colección de arte contemporáneo. Ed. O.S. Caja de Cantabria, 1993.
25 años de pintura en Cantabria 1970-1995. Ediciones Consejería de Cultura, Gobierno de Cantabria.
 Antonio Martínez Cerezo. *Diccionario de pintores de la segunda mitad del siglo XX*. Ed. Época, 1998.
Diccionario de pintores y escultores españoles del siglo XX. Forum Artis 1992-2002.
 Libro Homenaje a Pisano en el Museo Mas Carbasse por diez pintores catalanes.
 Juan Manuel Bonet, *El Montparnasse español*. Editado por el Museo de Montparnasse, 2013.
 Eliseo Trenc, *Eduardo Pisano, un artiste dionysiaque*. Exposición *Une explosion des couleurs à Montparnasse*, Eu (Francia), abril 2015.

Revistas y publicaciones

- M.R. Schnir, *Pisano, Rythmes et couleurs*. Junio-Julio 1958.
 Jean-Marie Tasset, *Une étonante célébration de la couleur*, Saint-Cloud, marzo 1974.
 Montoya, *Pisano, La revue moderne*. Febrero 1975.
 Gérard Xuriguera, *L'Art espagnol aujourd'hui*. Galería Jardins des Arts. Septiembre 1975.
 Guillermo Balbona, *El Diario Montañés*, abril 2003. Jesús Lázaro, *Pisano y la quimera*. *El Diario Montañés*, 30 junio 2003.
 Christophe Rioux, *Exilié à Montparnasse*. *Le Quotidien de l'Art*, n° 886 le 31 julio 2015.
 Dolores Gallardo, *El Diario Montañés*, diciembre 2015.
 Guillermo Balbona, *El Diario Montañés*, octubre 2016.

Traductions

MIGUEL ÁNGEL REVILLA ROIZ

Président de Cantabrie

La Maison de la Culture de Torrelavega deviendra le siège permanent de la collection de l'œuvre d'Eduardo Pisano. Il revient sur sa terre grâce à l'altruisme et à l'intérêt du collectionneur et mécène Eric Licoys, qui a eu la générosité de donner 50 œuvres de l'artiste à un centre appelé à devenir la référence pour l'œuvre de ce peintre.

L'exposition nous propose un intéressant parcours dans un ensemble de peintures dont la thématique tourne autour de cinq axes : L'Espagne, la femme, la nature morte, la religion et le cirque, thèmes qui inspirèrent la meilleure production artistique de Pisano et où nous pouvons rencontrer les influences de Goya, quand il évoque l'Espagne profonde, ou du Greco, dans sa couleur et son pinceau, ainsi que dans la force dramatique qu'il imprime dans ses huiles, en relation avec ce qu'on appelle l'expressionisme baroque.

Eduardo Pisano est un fils de son époque. Il a souffert des vicissitudes de la Guerre Civile et des pénibilités de l'exil. Il a vécu la rigueur des camps d'Argelès-sur Mer et de Gurs, où des milliers de républicains espagnols s'entassaient dans des conditions déplorables. Malgré cette période sombre et difficile, l'artiste de Torrelavega n'a pas voulu perdre ses racines espagnoles et cantabriques, et l'évocation de sa terre est une constante dans son œuvre.

C'est pour cela qu'il est juste de récupérer et de mettre en valeur ce créateur qui appartenait à « L'École Espagnole de Paris », composée d'artistes exilés résidents dans la capitale française. Et c'est notre obligation de faire connaître son héritage comme une partie essentielle de notre patrimoine créatif, devenu un signe d'identité de Torrelavega et de la Cantabrie.

FRANCISCO FERNÁNDEZ MAÑANES

Conseiller à l'Education, à la Culture et aux Sports

La Maison de la Culture de Torrelavega va accueillir une importante exposition avec les plus belles œuvres d'un peintre de la Cantabrie de réputation internationale : Eduardo Pisano.

Grace à la générosité d'Eric Licoys, dont le père André, fut un grand ami du peintre, réfugié en France après la Guerre Civile, sa ville natale récupère un de ses plus grand artiste et cela de la meilleure manière possible, avec une importante exposition de son travail dans un espace approprié à sa qualité et à son parcours.

Le legs est composé en tout de 50 œuvres qui se divisent en cinq thèmes : Le religieux, les sujets espagnols, la femme, les natures mortes et le cirque. Cette conséquente collection de l'œuvre de Pisano apporte une singularité à l'offre culturelle de Torrelavega, puisqu'elle deviendra un espace incontournable pour tous les chercheurs et collectionneurs qui veulent connaître et aussi découvrir l'œuvre de ce peintre. Il faisait partie de la célèbre « École Espagnole de Paris », qui a contribué au développement de la peinture d'après guerre et par ses talents, a fait du quartier parisien de Montparnasse, le croisement des arts.

En outre, ce nouvel espace d'exposition, va s'enrichir d'un autre don généreux qu'Eric Licoys avait fait il y a quelque temps à cette ville : les quatorze gouaches du chemin de croix qui brillent aujourd' hui dans l' église de la « Virgen Grande ».

Cette exposition permanente sur Eduardo Pisano est une preuve de plus de l'attachement du Conseil à la Culture de Torrelavega, qui se vérifie par l'appui à des manifestations artistiques aussi importantes que «Le Festival d'hiver, celui de Court Métrages, ou les différentes activités qui se déroulent dans cette Maison de la Culture comme les projections cinématographiques de la Filmothèque de la région. Un engagement qui sera enrichi par la prochaine ouverture du Centre des Arts à « La Lechera » ; il abritera dans ses salles la Collection

« Nord d'Art Contemporain », complétant cette offre d'exposition, qui va nous aider à renforcer cette image à l'extérieur de Torrelavega comme centre de création artistique.

Eduardo Pisano revient chez lui, en montrant le meilleur de sa production artistique et en la rapprochant des citoyens pour faire partie de l'offre culturelle d'une ville qui a toujours montré de l'intérêt pour les diverses manifestations artistiques. Et tout cela grâce à la générosité de la famille Licoys, aujourd'hui représentée par Eric, qui a su voir que l'œuvre de Pisano deviendrait un élément fondamental de la vie sociale et culturelle de Torrelavega.

JUAN MANUEL BONET

Eduardo López Pisano, né à Torrelavega (Cantabria), se forma à l'École des Arts Appliqués avec M. Hermilio Alcalde del Río, puis à Madrid où il fréquenta José Gutiérrez Solana, le maître de l'expressionnisme espagnol, qui allait passer une partie de la guerre civile à Paris, ville à laquelle il consacra un livre, édité posthument. Pisano, c'est ainsi qu'il signait, fit la guerre civile dans les rangs de l'armée républicaine. Ensuite vinrent l'exode, les camps d'Argelès et de Gurs, l'Occupation, le travail forcé pour l'organisation allemande Todt comme ouvrier du Mur de l'Atlantique... En 1947 il monta à Paris et devint lui aussi habitant de la rue Vercingétorix. Il fut l'ami de beaucoup des artistes dont j'ai parlé dans les pages précédentes: Clavé, Colmeiro, Domínguez, Fenosa, Fernández, Flores, Grau Sala, Parra, Peinado, Orlando Pelayo, Quirós, Viola... Il fréquenta le Sélect. Il accueillit à Paris des collègues de sa région, plus jeunes que lui, comme l'abstrait lyrique Enrique Gran ou le néofiguratif et expressionniste Ángel Medina. Sa peinture, extrêmement expressive et tourmentée, s'apparente à celle de Gutiérrez Solana, a aussi un côté soutinien, et partage avec celle de Lagar et Flores un certain goût pour l'espagnolade : taureaux, flamenco, majas, Don Quijote... Son ami le photographe Ángel de la Hoz, se souvient de lui comme de quelqu'un à l'aspect d'un toréador d'antan, ces toréadors, précise le photographe, en deuil des taureaux peints par Goya. Proche de Pisano, qui exposa chez lui, l'encadreur catalan Jacques (Jaume) Vidal, avec boutique rue Delambre, et qui dans sa jeunesse - son installation à Paris datait de 1923 - était passé lui aussi par La Grande Chaumière, a sa place dans la petite histoire du Paris espagnol... et dans la grande histoire, car ce fut lui qui construisit le chassis de Guernica...

Extrait du texte de Juan Manuel Bonet:
Le Montparnasse espagnol, 2013

ERIC LICOYS

Eduardo Pisano et André Licoys étaient nés la même année : 1912. Ils avaient connu les deux guerres mondiales, avec l'exil pour l'un en France, la captivité en Allemagne pour l'autre. Ils se comprenaient parfaitement. Leur amitié était profonde, empreinte de respect et d'affection. L'Espagne, où mon père avait vécu à Burgos, était sa seconde patrie; la France était la seconde patrie d'Eduardo Pisano. Se souvenant des années passées en Espagne, attiré par l'art espagnol, ami de Emilio Grau Sala, André Licoys s'est intéressé aux artistes de Montparnasse. Dès 1960 il a privilégié Pisano et lui apportant son soutien a débuté la constitution de sa collection importante dont une sélection variée et de qualité est ici désormais. Je me souviens des fins d'après midi du samedi où il revenait de sa journée à Montparnasse. Sous le regard indulgent et tendre de notre mère, il retirait du coffre de sa voiture des cartons contenant les œuvres de Pisano peintes pendant la semaine. Il s'extasiait sur chacune d'entre elles et nous communiquait sa passion. Devenu progressivement mécène, consacrant ses économies au soutien de son artiste, il en devenait de plus en plus l'ami, l'admirateur et le confident.

En 2012 ils auraient eu 100 ans. En hommage à Eduardo et à mon père, une grande exposition à Torrelavega et à Santander, a été vue par plus de 3500 visiteurs. On ne parlait pas de Musée en 2012 ; Pourtant c'était le rêve de mon père. C'est maintenant, à Torrelavega, sous les auspices du Gouvernement de Cantabrie, que ce rêve devient réalité. La donation de 50 très belles œuvres en est le fondement. Avec ce Musée, l'histoire continue. Les visiteurs pourront à leur tour comprendre les tourments de l'exil, les messages secrets des tableaux, et admirer des couleurs exceptionnelles. Tout ce qui a fasciné le collectionneur devient public. C'est un hommage de Montparnasse à l'Espagne. C'est le retour d'un enfant de Torrelavega au cœur du lieu de sa naissance.

Janvier 2018

ANDRÉ LICOYS

DE LA COUPE AUX LEVRES :
TÚ ME LEVANTAS TIERRA DE CASTILLA...

Ce fut par un clair et frais matin d'Espagne que, le 2 mai 1912 ; vint au monde Eduardo Lopez Pisano, quatrième et dernier enfant d'Eduardo Lopez, petit fermier spécialisé dans l'horticulture et l'arboriculture, et de Joaquina Pisano son épouse, laquelle était sans profession mais non certes sans occupation.

Au ciel l'événement s'inscrivait avec superbe sous le signe prometteur du Taureau tandis que sur terre il se situait dans la Province de Santander, en cette région que l'on appelle « la Montaña »¹. Pour ne rien laisser dans l'ombre nous précisons que cette naissance intervint à une lieue de la côte cantabrique, aux abords mêmes de Torrelavega qui a été bien à l'époque ce « pueblo castillan battu des vents, usé d'histoire » décrit par une plume inspirée.

Par une déférence de Joaquina pour l'homme exemplaire de courage, d'indulgence et de bonté qui était son mari, l'enfant reçut au baptême le prénom même de son père, tandis qu'en revanche l'usage espagnol lui conférait pour la vie le nom patronymique de sa mère.

Tandis que le père se perdait tout le jour dans son verger, la señora Pisano se partageait sans compter entre les soins du terrain et ceux du ménage, passant de la cueillette des fruits à l'éducation des enfants. De temps à autre résonnait le coup de sonnette d'une cliente. Elle disposait alors sur la table familiale des fleurs plus belles les unes que les autres, les empaquetait et empochait l'argent.

La brave femme ne manqua pas cependant, sur ce sujet des fleurs, de s'étonner de l'étrange comportement qu'eût bientôt son cadet. Toujours admiratif en la circonstance et dressé sur la pointe des pieds pour mieux voir, il se trouvait plongé dans un ravissement

sans bornes lorsque des gens venaient enlever de grandes couronnes faites d'une alternance de violets apaisants et de rouges somptueux qui, sous les circonvolutions d'un large ruban de soie noire parsemé de lettres d'or en cascade, chantaient pour l'enfant extasié un alléluia particulier.

Ce qui intrigua plus Joaquina toutefois, ce fut cette tendance qu'eût très vite son dernier garçon à délaisser la jeune cohorte des dénicheurs d'oiseaux et à s'échapper, à la façon d'un animal sauvage, pour gagner les grottes troglodytiques du voisinage, en tromper les gardes et se blottir silencieusement en quelque coin afin de rêver tout à loisir ou aussi bien pour courir vers la côte en tempête et s'y confronter aux rafales d'un vent froid et violent. Ivre de solitude et de tristesse, l'enfant, ne s'en détachait qu'à l'heure où les dernières lueurs du jour plaquaient un jaune blafard qui l'émouvait sur les pans d'une vieille tour de guet médiévale. Dressant fièrement ses ruines sur les derniers contreforts des Monts Cantabriques n'allait-elle pas une fois de plus, face à l'Océan, monter la plus vigilante des gardes jusqu'à son complet ensevelissement sous les brouillards humides de la nuit ?

Joaquina, qui dans l'inquiétude pressentait le trouble profond dont souffrait déjà cet enfant de sa prédilection secrète par ailleurs si loyal et affectueux, fut donc heureuse lorsqu'il fut accepté par les « Frailles de los Sagrados Corazones » de Torrelavega et qu'elle vit la lourde porte du monastère se refermer chaque jour sur les huit ans du jeune Eduardo.

Ombreux, constamment au bord de l'angoisse et de la révolte, contestataire avant la lettre qui déjà se soustrayait aux coupes de cheveux, l'écolier se refusa très vite à cet acheminement vers la connaissance et la sainteté que les moines lui proposaient à solides coups de règles, selon les usages en vigueur à l'époque.

Sur cette toile de fond prématurément sombre éclata certain jour, comme un lumineux coup de foudre, la passion dont se prit le garçonnet pour la peinture. Il s'agissait en l'occurrence d'un ouvrage purement conventuel et dont

1. La Montaña est un des noms qui était historiquement accepté, pour désigner l'actuelle région de Cantabrie

l'un de Pères s'acquittait avec plus de sage application que de réel talent ; mais les voies de la Providence sont mystérieuses, on le sait, et ce fut incontestablement là l'origine d'une irrépressible vocation artistique.

Insensible cependant aux objurgations dévouées de son professeur de dessin, il demeurait incapable de faire sortir le moindre cheval géométrique du quadrillage de son cahier.

En revanche, il couvrait bientôt secrètement les marges de ses livres de mille fleurs de rêves, étranges, magnifiques, sans nom possible et presque diaboliques.

Lorsque l'enfant portait son porte-plume à ses lèvres d'incompris, il laissait volontiers son regard s'échapper par le haut des grandes fenêtres impersonnelles du couvent, et par-delà les tuiles faïtières de Torrelavega tentait d'apercevoir la course folle vers l'Océan proche des lourds nuages noirs ses amis. Paupières mi-closes, il s'enchantait à l'idée qu'ils allaient bientôt se refléchir, au passage, dans les eaux glauques de la lagune. Las, il se trouvait toujours en cet instant merveilleux quelque baguette de coudrier pour le ramener au sens des réalités !

Lorsqu'il eut quatorze ans, les frères, satisfaits d'avoir tant bien que mal respecté leur contrat, restituèrent à Joaquina un adolescent de moins en moins maniable et uniquement préoccupé de peinture.

Ses parents l'affectèrent aussitôt à la traite des quelques vaches dont s'enorgueillissait la petite ferme et entreprirent de l'initier aux divers soins qu'il convenait de donner aux fleurs.

La vocation du garçon persistant toutefois à l'emporter sur l'intérêt de ces travaux champêtres, la famille se résolut à le confier à Don Hermilio Alcalde del Rio, lequel présidait avec honnêteté, compétence et distinction, à l'enseignement classique et impersonnel que dispensait à Torrelavega la « Escuela de Artes y Oficios ».

Pendant quatre ans, le jeune Pisano suivit les cours du soir de cet établissement où il apprit les plus consciencieusement du monde à dessiner d'après les plâtres, pratiquant en outre dans toutes les règles de l'art le fusain, la plume et l'aquarelle.

Dans le même temps, fleurs et monuments funéraires entretenant de courtoises relations, il s'initiait accessoirement à la gravure sur marbre qui lui procurait le plaisir physique de maîtriser le plus dur des matériaux.

Eduardo avait 18 ans lorsque, par une soudaine angine de poitrine fut importé ce père admirable qui jamais ne l'avait battu ni même réprimandé, qu'il aimait profondément et considérait comme son meilleur ami. Les mois passèrent sans que le jeune homme parvint à se consoler d'un si grand chagrin, aussi lui fut-il conseillé de changer pour un temps d'horizon. Comme il souhaitait par ailleurs à cette époque devenir enfin lui-même dans le domaine artistique, il s'en alla prendre congé de Don Hermilio son vieux maître, prenant soin toutefois de lui manifester cette estime et cette reconnaissance qu'il devait en fait lui conserver tout au long de sa vie. Il fit son balluchon, tendrement embrassa Joaquina qui, du pouce, au front le signa, puis entreprit le voyage de Madrid.

Ceci se passait en l'an 1931 et la République venait d'être proclamée.

EN MADRID LA PRESTIGIEUSE

Pour subsister dans la capitale le jeune homme met à profit son talent de graveur sur marbre et se ménage quelque liberté dont il use pour dessiner avec acharnement au « Museo de Reproducciones » ou encore pour visiter les musées.

Ces temples officiels de l'art, et le Prado lui-même, le déconcertent tout d'abord. Il ne comprend rien à ces théories ininterrompues de peintures. Elles lui semblent se propager le long des cimaises à la façon des rivières et il s'en trouve obsédé, dans l'incapacité d'en détacher une œuvre à laquelle il puisse consacrer toute son attention, accorder toute son admiration. Puis quelque jour il se sent gagné par la somptuosité du lieu ; la séduction de la peinture ancienne ; mais contrairement à son attente ce n'est pas Vélasquez qui emporte ses suffrages mais Goya et surtout le Greco.

Le soir Eduardo gagne la « Escuela de Artes Gráficas ». Sous la direction de ce grand graveur qu'était Don Manuel Castro Gil, il acquiert en cet établissement les dernières techniques dont il a besoin, notamment celles du burin et de l'eau-forte, car il entend les asservir bientôt à l'envol et aux divagations d'une imagination qu'il devine sans limites et qui lui brûle et fait battre les tempes.

Lorsque tombe ensuite la nuit madrilène, que sur le chemin de son humble gîte il salue au passage les serenos dont le pas résonne sec sur les trottoirs tandis que leurs trousses de clés rendent un son argenté qui le séduit, Eduardo, presque un étranger sur la terre, poursuit la magnificence de ses rêves.

Surgit une église et son porche d'ombre. Il pousse à tout hasard une porte latérale et bousculant quelques chaises qui grincent sur les dalles, se dirige irrésistiblement vers une crèche dont les dimensions varient au gré des dernières lueurs vacillantes d'une rangée circulaire de cierges. Est-ce la foi ? Bleu de cobalt est la Vierge, terre de Sienne Saint-Joseph et rouge d'Andrinople les mages à la barbe ténébreuse. Sur la paille d'or, blanc, tout blanc, gît l'Enfant Jésus qui, bras tendus, semble lui sourire.

Il sort enchanté par tant de pureté, une telle spiritualité, et poursuivant sa route, passe devant la grande entrée d'un asile d'aliénés. Le « Manicomio » referme précisément son portail et de sa voix avinée lance au jeune homme sa traditionnelle plaisanterie « mas quedan fuera, señor ! ».... Qu'il en reste plus à l'extérieur, Eduardo n'en doute pas, s'en amuse et va toujours. Il fera bientôt nuit noire.

Les bras ronds levés en un mouvement qui lui sublime le haut du corps, une femme qui fredonne un flamenco décroche son linge d'une corde, et referme bruyamment sa fenêtre. Il en éprouve une nouvelle orientation d'esprit, revient vers l'église, la contourne et heurte l'huis d'une maison tout en hauteur. Très sûr de lui en cette « casaputas », courtois en toute circonstance, Eduardo d'une virile algarade salue

ces hommes attablés dans une fumée opaque et qui engloutissent des poissons secs et salés qui leur font boire bière sur bière. Ils sont les représentants de cette paysannerie qui, par les soirs espagnols, monte des champs desséchés vers les bordels enfiévrés qui ceinturent la masse sombre des cathédrales. Assoiffé, le jeune peintre se met à l'unisson des buveurs et très rapidement voit tourner l'assistance, les gardes d'assaut impavides qui surveillent les lieux, les cubains qui gesticulent et scandent leur rumba et bien sûr, toutes ces Carme, Rosita et autres Dolorès dont les séductions fatiguées passeraient pour un peu au second plan des préoccupations d'une salle entière en giration.

Eduardo va piquer du nez sur la table de bois. C'est alors que, les poings aux hanches et son nœud rouge de prostituée fièrement planté dans l'épaisseur de sa longue chevelure de jais, vient à lui, inéluctablement à lui, la fille la plus lourde et la plus bestialement stupide de l'endroit.

Il est difficile au reste de lui voir de traits, ni de lui donner un âge, mais telle qu'elle est précisément, impersonnelle, solide, rassurante et presque maternelle, faite pour chasser tous les phantasmes de la nuit, elle est exactement ce qu'était venu chercher Eduardo. Cette Fille sans nom comme sans visage, cette Eve éternelle, c'est celle-là, « aquella », celle qu'il va peindre toute sa vie avec toujours autant d'amour, dans la plus manichéenne des alternances avec les Vierges diaphanes de son enfance monastique.

La fille a deviné d'instinct sa propre signification et tous deux, bientôt, montent l'escalier sordide qui tourne et tourne lui aussi. Par la lucarne en œil-de-bœuf du dernier palier, ils aperçoivent l'église dont les lumières s'éteignent l'une après l'autre et dont la cloche égrène lentement à présent et sur tous les faubourgs, le son grêle et prolongé de douze tintements. Ce couple d'un soir les compte et se signe : cette nuit est chargée de promesses.

Au printemps de 1933 le peintre, qui vient d'accéder à la majorité, prend conscience de sa personnalité artistique et souhaite l'affirmer dans le milieu professionnel qui sera désormais le sien. Il fréquente alors avec intérêt Bermejo,

Vasquez Diaz, Cecilo Pla et bien d'autres excellents peintres mais il se réjouit particulièrement lorsqu'il lui est donné de faire visite, en la compagnie du sculpteur Muriedas, à José Gutierrez Solana lequel approchait alors de la cinquantaine et, dans sa prédilection pour tout ce qui touchait à la Montaña et à ses ressortissants, faisait toujours le meilleur accueil aux jeunes gens.

Ce contact amical et passionnant avec une nouvelle forme de société n'empêcha cependant pas qu'il ressenti certain jour avec acuité le mal du pays, éprouvant le plus grand remords de s'être éloigné d'une mère qu'il chérissait, pensant qu'il avait fait preuve de la plus noire ingratitude en l'abandonnant dans son veuvage. Nostalgie d'une enfance qui s'estompait il ne pouvait clore les paupières sans que lui apparût la Joaquina : s'affaire dans la salle commune, dispose le paillason des clients, du balai chasse les poussins puis en feu d'artifice fait voltiger les pétales. Son visage est baigné de lumière dans les nappes de poussière ensoleillé qui tombent des fenêtres. Un Vermeer, ne serait-ce la chanson santanderine qui lui perle aux lèvres... «la paloma ...si se va que se vaya...ella volverá... » Quel signe!

REVE ET DECEPTION

Il regagne en hâte sa terre natale, retrouve les siens avec joie et fier de son acquit décide bientôt d'organiser sa première exposition à la Bibliothèque Populaire de Torrelavega. N'était-il pas exaltant de penser que des artistes de la qualité de Solana et de Sunyer l'y avaient précédé !

Le jeune homme cependant déchantait rapidement car le contact qu'il recherchait ardemment avec ce qu'il appelait déjà son public demeura purement platonique et fut même inexistant. Le premier jour vinrent bien la famille et quelques amis ; mais il n'y eut plus par la suite dans une salle absolument vide qu'un jeune artiste déçu dont les yeux tristes fixaient à longueur de journée cette porte d'entrée qui jamais, jamais, ne voulait s'ouvrir au point qu'au jour de la clôture il ne s'était rien vendu, pas même le plus modeste dessin.

Bien qu'il eût tenté souvent par la suite de s'en consoler en considérant qu'à cette époque, en dehors du Comte de Romanones, et de quelques étrangers, il y avait en réalité très peu d'amateurs de peinture en Espagne, l'artiste devrait rester à jamais meurtri par cet échec.

Là-dessus vint le temps de ce service militaire qu'il abhorrait par avance de toute son âme pacifique au point qu'il frôla l'insoumission, par la pensée tout au moins. On le dirigera d'abord vers Madrid ce qui le consolait quelque peu, mais il fut très vite affecté à León dans une aviation qui ne lui réserva même pas les joies du pilotage. Après une année de « servitude et grandeur militaires » au cours de laquelle des idées folles, de désertion cette fois, l'effleurèrent de temps à autre, notre jeune homme qui serait bien contenté d'un pinceau pour tout arme, fut renvoyé dans ses foyers. Il retrouva par là-même la vie champêtre et les fleurs d'une part, la Bibliothèque et l'école des Arts de l'autre. Ce fut toutefois dans l'inquiétude et sous la menace constante d'un rappel de sa classe qu'il traversa 1935. Les luttes politiques divisaient et secouaient déjà fortement un pays que la révolte des Asturies devait alerter soudain sur la gravité de la situation.

L'AVENTURE OLYMPIQUE

L'année suivante devait marquer pour notre ami le début de toute une série de périples, aventures et tribulations dont il se serait bien passé si le loisir lui en avait été laissé.

Il s'était en effet ouvert à Barcelone en 1936, une Olympiade Internationale des Sports et des Arts. Les artistes de la Montagne se complurent dans la pensée qu'en juste reconnaissance de leur talent le drapeau de leur pays claquerait bientôt au sommet des mâts. C'est pourquoi le 17 juillet 1936 vit une petite troupe qui arborait fièrement l'oriflamme de Torrelavega sortir de cette modeste mais industrieuse cité sous un implacable soleil de plomb. Il y avait là ; Muriedas, Calderón, José-Luis Hidalgo, Charines, notre Pisano

et quelques autres. On venait certes d'apprendre le soulèvement de l'Afrique espagnol ; mais la signification de l'événement échappait à ces idéalistes, uniquement préoccupés de leurs projets artistiques et la bonne humeur régnait.

En arrivant à Saragosse les peintres virent avec étonnement qu'il s'y faisait un grand mouvement de soldats de toutes armes. Ils exigeaient les papiers et contrôlaient les véhicules. Nos amis firent état de leurs attestations « olympiques » puis après moult palabres purent reprendre la route, ayant finalement compris que cette ville qu'ils laissaient derrière eux se trouvait aux mains des insurgés.

A Barcelone où la fusillade éclatait de toutes parts les artistes se virent logés dans un pavillon roumain que ses nationaux venaient d'abandonner. Un peu partout il se pouvait voir des Russes, de Français et d'autres étrangers qui prenaient le large sans trop demander leur reste. La glorieuse sélection olympique de Torrelavega qui allait de surprise en surprise se trouva bientôt incorporée à quelque milice, embarquée pour Valence et enfin réexpédiée sur Madrid où on lui annonça des armes qui ne vinrent jamais pour ce motif que le gouvernement républicain s'en trouvait complètement démuné.

Devant ce manque d'organisation le petit groupe qui ne comprenait rien à toutes ces histoires et rêvait toujours d'olympiades jugea préférable de se disperser dans le plus égoïste des « chacun pour soi ». Dépourvus de tout argent, ne sachant où aller, Mauro Muriadas et Pisano décidèrent alors de rendre visite à Solana. Il les reçut avec effusion comme il avait toujours fait ; mais ils le trouvèrent très attristé par les événements. Quand vint l'heure de la séparation leur hôte les étreignit, leur souhaita bonne chance et d'un geste discret, dans la poche de chacun, glissa cinquante pesetas. Il n'avait guère de moyens à cette époque et les artistes n'oublièrent jamais la délicatesse de leur aîné.

Point guerriers d'une part, comprenant de l'autre qu'il leur fallait rester sous la protection de leurs

références olympiques, nos deux amis s'employèrent à regagner Barcelone dans l'intention bien arrêtée de se rendre de là à Santander puis à Torrelavega. Ce fut une épopée fertile en incidents administratifs et rocambolesques qui les fit soudain se retrouver, en compagnie de quelques compatriotes, dans la France du Front Populaire. L'accueil y fut délirant. Comme il ne pouvait cependant s'agir que d'un transit, un car fut mis à la disposition des arrivants qui les conduisit directement à Hendaye. Les autorités françaises locales leur interdirent alors de regagner l'Espagne car la fusillade faisait apparemment rage de l'autre côté de la frontière. Les Espagnols insistèrent, l'emportèrent, puis courageusement s'élancèrent sur le point international d'Irun que les tirs balayaient par intermittence. Ils parvinrent à Saint-Sébastien pour assister à la chute de cette ville. C'est de la sorte qu'Eduardo finit par regagner Torrelavega. Très éprouvé par l'imprévu de cette odyssee le jeune homme tomba dans les bras des siens qui étaient demeurés à son sujet dans la plus cruelle des incertitudes.

D'UNE GUERRE ET DES SES SUITES

Ce ne furent là que des brèves retrouvailles et par un beau matin l'artiste reçut son fascicule de mobilisation. De la période qui s'ensuivit, de la lutte atroce et sans merci qui déchira son pays pendant trois ans, il décida de ne conserver en l'esprit qu'une immense compassion pour ce million et demi d'hommes, de femmes et d'enfants de toutes conditions que l'Espagne perdit alors dans les souffrances.

L'hiver 1939 marqua la fin de cette indicible épreuve. Au terme de mille périples Eduardo venait d'assister à la chute de Barcelone. Il ne fut bientôt plus que l'un de ces milliers de soldats vaincus, éreintés, désemparés, qui s'éloignèrent au plus vite de la Cité Comtale rougie par les incendies et tentèrent de gagner ce havre de paix que représentait le pays voisin. La masse de réfugiés qui de la sorte franchit la frontière surprit complètement la

France, laquelle dans l'immédiat, malgré sa générosité, ne sut trop comment faire face à la situation.

S'il demeurait reconnaissant envers une nation qui fidèle à sa tradition n'avait pas repoussé ce peuple entier du malheur et de la déroute, l'artiste ne put donc s'empêcher de maudire le sort lorsqu'il se retrouva parqué sur la plage d'Argelès-sur-Mer et gardé militairement. On était en février et il grelottait n'ayant pour tout vêtement, lit et abri, qu'un long manteau de cavalerie tout imprégné d'humidité. Pendant les trois longs mois qui s'écoulèrent en cette situation, le peintre se souvint à maintes reprises de l'accueil triomphal qu'il avait reçu sur ces mêmes lieux en 1936, et décidément trouva les temps très différents.

Il connut d'autres camps et toujours l'inactivité, le manque d'hygiène et de nourriture, l'étroitesse de la surveillance ; mais n'en gardant cependant pas rancune s'engagea délibérément dans une compagnie de travail lorsque la guerre éclata entre la France et l'Allemagne. Si durs étaient les travaux sur les routes ou les champs de mines qu'il fut presque heureux de s'enrôler dans un « bataillon de marche » et de se retrouver le fusil en bandoulière. Après avoir connu une nouvelle défaite puis un nouvel exode au cours duquel, les jugeant compromettantes, il brûla, par dizaines, de belles encres de chine dessinées à même le doigt, l'artiste apprit dans les barbelés d'un nouveau camp de concentration qu'il se trouvait en zone réputée libre. Vint ce jour où les allemands parachevèrent l'occupation de la France. Des S.S. s'emparèrent de sa personne et l'affectèrent à la construction du Mur de l'Atlantique. Continuellement couvert de ciment de la tête aux pieds le peintre connut alors un enfer dantesque qui dura trois ans. La moindre faute, la plus légère suspicion vous faisait acheminer vers les camps d'extermination et les fours crématoires du Grand Reich.

Aux ordres criés sous les bombes et la mitraille par les sergents espagnols avaient succédé les commandements sans nuances des gendarmes et de sous-officiers français. Les menaces hurlées par les feldwebels achevèrent de lui casser les oreilles. Survint le débarquement allié qui permit à notre artiste de s'en fuir éperdument.

Et c'est de la sorte qu'après douze ans, comptez bien douze ans, de dangers, de souffrances, de privations et de contraintes, après douze ans sous un uniforme dont il ne restait que des lambeaux, cet artiste, sensible, cet antimilitariste invétéré, fut un beau jour et sans transition rendu à une vie civile en laquelle il ne croyait plus.

Il se retrouva sur un trottoir de Bordeaux parmi des hommes qui déjà, pour d'autres tâches, et d'eux-mêmes cette fois, se remobilisaient. Face à la forme nouvelle et perfide de luttes sans fin comme sans merci que cette tournure inattendue des événements lui annonçait, notre peintre allait, il est vrai ; disposer d'une ligne de conduite aussi inflexible que le droit fil d'une épée de Tolède. A défaut d'une foi religieuse qu'il s'imaginait détruite à jamais, il avait en effet inscrit dans le plus secret recoin de son cœur cet imprescriptible Credo forgé parmi les souffrances.

« J'irais vers les misérables, les petits, les simples et les humbles mes frères. Je ferai fi de toutes les contraintes, conventions, grimaces et comédies, de tous les artifices, appareils et déguisements, pour n'aimer et déceler que l'équité d'évidence et la vérité sans fard. Je tenterai d'être, en toute circonstance, aussi loyal et honnête envers moi-même que je me promets de l'être envers autrui. Je préférerai la certitude d'être dupé au risque de tromper mon prochain le moins du monde. »

Sur quoi il surprit son double à enchaîner dans une résolution tout aussi inébranlable « de plus je peindrai toujours comme je l'entendrai et selon mon seul tempérament ». L'artiste, muni de ces bons sentiments et d'un pécule dérisoire, loua pour commencer une chambre d'hôtel « Tout confort à l'heure et à la journée », se regarda dans l'armoire à glace de sapin, y vit toute la dérision d'un paillasse prématurément vieilli qui oscillait gauchement sur des godasses sans lacets et, stupéfait, lut sur un calendrier qu'on se trouvait assez avant en 1945.

Il revit alors ses ambitions les plus légitimes, puis, éclatant d'un rire presque démentiel, se jeta sur le lit de fer de la piaule pour y dormir vingt-quatre heures de rang.

JUSQU'À L'IVRESSE : DELENDIA CARTHAGO

Par cette matinée d'automne 1972 qui s'achève dans le soleil, vêtu de sombre, nu-tête, un homme d'une soixantaine d'années aux épaisses mèches grisonnantes profile son dos légèrement arrondi devant la terrasse des célèbres cafés du boulevard Montparnasse. Il longe la Coupole, puis le Dôme et salue du journal tous les garçons ses amis, ceux qui, le plateau en l'air, ondulent entre les guéridons, comme les autres qui sèment la sciure de bois.

Interrompant leur tertulia en l'apercevant, des espagnols en exil sortent d'un bar vitré, lui tapent joyeusement sur l'épaule et lui donnent l'accolade. Il les quitte sur une amicale plaisanterie, esquissant dans l'air à leur intention une arabesque d'adieu qui trahi son artiste.

Par la rue Delambre notre homme gagne la rue de la Gaité où il se fraye péniblement un chemin parmi le grouillement de tout un peuple de hippies chevelus et barbus, d'africains faméliques, de petits sœurs des pauvres, et de touristes en rupture de circuits.

Il s'approche ensuite de la zone des démolitions.

Lorsqu'il passe devant le couloir humide et sombre de dernier meublé en sursis, deux formes ramassées font mine de décoller du mur et lui lancent une invite sans conviction qui va se perdre dans le roulement saccadé des camions. Il leur répond dans le même esprit un sifflement distraitemment admiratif : n'a-t-il pas rendez-vous avec la peinture, sa maîtresse de toujours, la plus exigeante, celle qui, depuis des décennies, lui colle littéralement à la peau et qu'il ne saurait délaïsser, fut-ce un seul jour ?

A présent le soleil est au zénith et notre passant gagne la zone des chaussées défoncées. Sous l'attaque inlassable et bruyante des marteaux-piqueurs, des bennes et des pioches, le vieux Montparnasse est en réalité là qui gémit, se fendille, craque, et de temps à autre sinistrement s'éventre. Sans quitter leur parure de lierre sombre ou clair et dans le scintillement soudain des bégonias rouges qui s'y trouvent enchâssés, les ateliers d'artistes, comme autant de châteaux de cartes, croulent sans défense parmi d'épais nuages de poussière.

Sur le pavé disjoint des cours intérieures qui, hier encore, résonnaient du pas, des rires et des chants d'une Mimi Pinson toujours prête à déployer sa grâce juvénile sur la margelle disloquée d'un ancien puits, les pierres vétustes encore chaudes de vie, toutes gorgées de soleil, roulent, sautent et butent avant que de s'amonceler en une immobilité stupéfaite.

Terre privilégiée de la rencontre artistique, refuge de mille déracinés ou apatrides de talent, creuset de tant de rêves, berceau de tant de gloires, linceul aussi parfois de tant d'illusions, Montparnasse, ce haut lieu de l'esprit parisien que balayèrent tous les souffles de la création, Montparnasse perd ainsi chaque jour un peu plus de son âme et se meurt d'un si scandaleux renouveau.

L'homme en est là de ses pensées lorsqu'il s'arrête, interdit, à la recherche de son environnement de la veille : fini le boulanger, disparu le coiffeur, volatilisée l'extra-lucide aux yeux de chouette qui empuantait l'air de ses cigares tandis qu'elle distribuait l'espoir à crédit. Ne reste qu'une étendue de sable rouge coupée d'excavations. Il se retourne et ne retrouve même plus son quotidien refuge, ce bistrot sang-de-bœuf aux vitres 1900 résolument opaques. A quelques pas un monstre mécanique aux allures de diplodocus semble hoqueter de joie, savourant par avance la promesse de destructions sans fin. Notre piéton qui se sent de plus en plus minuscule et impuissant lève alors la tête à la recherche de sa ration de ciel et par saccades gravit du regard tous les étages d'un colossal paravent à alvéoles. Finalement là-haut, tout là-haut, il aperçoit les nuages de Paris dont le blanc porcelanique chante et de temps à autre scintille sur l'immensité d'un bleu d'azur soutenu.

Il les voit qui, balayés par les vents supérieurs, se détachent de leurs floconnements montagneux pour aller se déformant sans cesse, s'effilochant en longues fumées laiteuses, en mille traînées vaporeuses. Et les voici qui, surgissant de la voûte, survolent le quartier et s'y faisant griffer au passage par les impersonnelles géométries de l'acier et du béton, vers l'horizon soudain disparaissent, comme pour fuir au plus vite la capitale

ingrate qui rejette l'incomparable parure dont ils lui apportaient l'hommage.

L'ATELIER DES RÊVES

Pour l'instant son atelier survit. Pisano se hâte. Il s'engouffre bientôt dans un immeuble et parcourt un maigre couloir dont les boîtes aux lettres inégales et éventrées lui font comme une parade d'invalides. Il traverse une courette, admoneste avec bonté ce jeune enfant qui poursuit un chat, se signe car noir est le chat qui s'enfuit, puis dans la dignité d'un immuable cérémonial quotidien, ouvre et pousse lentement la porte sur laquelle est inscrit son nom. L'atelier !.. Il faut être de la noble et pure race de Don Quichotte pour appeler ainsi cet étroit réduit.

Près de la porte, un poêle à charbon tout rond qui gentiment vous garde toujours quelque braise sous la cendre. A côté, ce lavabo sale que surmonte une étagère où trône une obsessionnelle bouteille de rhum. A gauche, trouant le crépi du mur, une glace à main d'épicerie sertie dans un filet d'acier bleu pâle. Au-dessous, un lit de camp. A droite, en face de la glace, un chevalet sans prétention et un peu partout le fatras d'innombrables esquisses, dessins et huiles sur papier. Avec l'ampoule à mouches qui, sous le courant d'air, balance au bout de son fil, c'est tout ; mais il faut croire que cela suffit et peut-être même qu'un tel dépouillement est nécessaire.

Ce rapide coup d'œil l'ayant mis en possession de son antre, le peintre se dirige en se frottant les mains vers son chevalet, y assujettit une sorte de carton noir sur lequel il fixe une large feuille de papier. Il enlève sa veste, va quérir le rhum, bascule le chef loin en arrière, et boit goulûment. Il se sent à présent différent, hors des contingences du temps et de l'espace, prêt pour le plus merveilleux des voyages, la plus mirifique des évasions, une réelle projection vers l'infini.

Un pinceau remué dans le fond coloré d'un godet et le voici qui tend le bras à l'horizontale en direction de la

feuille. Dans la semi-clarté de la pièce, ce bras prend un étrange relief avec la manche de chemise toute blanche et chiffonnée qui ballonne par endroits. Cette attitude silencieuse et hiératique se prolonge quelques peu car elle précède l'attaque triomphale d'une symphonie sans précédent.

PEINTRE, RIEN QUE PEINTRE

Soudain, c'est l'oubli complet de ce monde... le ravissement !. Pisano, méconnaissable, le dos miraculeusement redressé, sec comme un conquistador, campé comme un torero devant ses rites, couvre la page immaculée de coups de pinceaux rapides, larges, francs, parfois croisés, et qui sont apparemment, mais apparemment seulement, sans orientation particulière ni contrainte aucune.

Comme en transes, l'œil brillant de fièvre, l'artiste annonce, prépare, puis jette les notes les plus somptueuses, s'en éblouit, les exalte encore par de savants voisinages, équilibrant constamment les surfaces qu'il colore, sauvegardant au gré de sa fantaisie un peu de ce papier vierge dont la surface plane et la blancheur spécifique trancheront agréablement sur la matière généreuse, irrégulièrement travaillée, des couleurs à l'huile.

Partant de tons purs, puis de rouges moirés, de bleus jaspés, de bruns mordorés, il les délaye soudain jusqu'à leur donner la transparence et la délicatesse de l'aquarelle, et par avance en bâtit des lointains sur le premier plan desquels pourront se profiler ; s'il est nécessaire, ces étranges formes qu'il pressent ou porte en l'imagination.

De temps à autre il replie d'un mouvement sec du poignet la brosse qui progressivement s'attardait, faisant naître alors d'étranges fulgurations, d'inattendues cristallisations, puis le pinceau repart, caresse, s'étire en horizons infinis pour terminer, dans l'égrènement d'une pluie d'or, la plus fantasque des courses. Depuis les glacis jusqu'à la pleine pâte, à l'exception des réserves, la page est à présent complètement tachée et déjà l'on admire cette

lumière, rarement directe, le plus souvent sourde, qui, du bas de l'œuvre, saille en quelque endroit, et progressivement monte, puis toujours s'élève, et finalement, dans les sommets, en mille feux s'épanouit. Mais voici que sans se dépendre pour autant de son inspiration l'artiste devenu soucieux semble vouloir passer une première et attentive revue des données de sa spontanéité.

Étrange est alors sa besogne. Tantôt il se courbe, et parfois s'agenouille, pour mieux voiler une note de couleur, la cerner ensuite délicatement de noir irisé, afin que ; parée de son mystère, elle vienne à chanter d'incomparable façon. Tantôt, au contraire, il se redresse, semble en vouloir à sa création dernière-née, prend du champ et pour mieux lui transmettre sa vitalité toute brute, la bat, la gifle et la pique du pinceau, la zèbre de traits lumineux, la couvre de flaques ou d'innombrables gouttelettes de peinture, quand parfois il ne la pétrit pas, à même la peau, à même la pâte, de coups de pouce rageurs et vengeurs, comme pour la provoquer et, de nouveau, avec elle se colleter.

Voici l'homme de Torrelavega à présent satisfait. N'était-il pas sur le point de s'assoupir en le « maçonant » par trop ce tableau, n'allait-il pas s'ankyloser en cette besogne de trop bon ouvrier. Grâce au ciel, il s'est réveillé, et l'œuvre avec lui, comme en son temps le sera l'amateur, cet inconnu que, par l'amusement de quelque anomalie délibérée, dûment préméditée, on juge parfois bon de heurter au passage afin de le mieux garder en alerte.

Toute cette dépense et toute cette escrime n'ont jamais abouti cependant qu'à la plus informelle des féeries colorées et rien ne semblerait devoir ni même pouvoir être ajouté à ce qui vient d'être dit par le pinceau, s'il ne fallait à la réflexion, que toute œuvre, aussi équilibrée, fut-elle, ait un haut et un bas, un côté et un autre, et surtout un sujet. Les gens veulent une anecdote parce qu'ils éprouvent toujours un besoin mécanique de comprendre, alors que l'artiste souhaite les entraîner dans le domaine distinct et en l'occurrence supérieur des sensations pures. La peinture n'est-elle

pas art plastique avant tout ? Ainsi monologue notre peintre qui allume un cigarillo et, perplexe, laisse sécher ses fonds, presque guetté par les tentations de l'abstrait et ses promesses d'absolue libération.

UN MONDE S'ANIME

C'est en cet instant que, pour son salut, d'étranges mutations interviennent et que se produit un véritable miracle profane de quotidien renouvellement. Tandis que l'Espagnol s'approche à nouveau de son œuvre pour l'interroger il semble qu'après avoir été amenée à vie propre par le pouvoir créateur de l'artiste la peinture déifiée s'anime, s'empare de l'initiative et commande à son tour au cerveau et à la main qui l'ont suscitée.

Quand le peintre se prend, en effet, à scruter et solliciter les plages colorées et mouvementées qu'il a mises en place, il y voit poindre à son appel, puis venir à lui des sous-jacentes, l'esquisse d'étonnantes apparitions comme il devait s'en produire pour les sorcières médiévales lorsque, de leurs yeux jaunes de louves ardentes, elles fixaient intensément les flammes rougeoyantes et dansantes des feux de bois.

Apparemment parmi nous mais superbement étranger à notre temps, les yeux mi-clos sur ses rêves, somnambule inspiré, comme nimbé d'un nuage polychrome et poudroyant à relents perceptibles de soufre ou d'encens selon l'heure, ce rescapé de temps révolus nous promène dès lors inlassablement par les arcanes étranges de quelque vie antérieure.

Il s'émerveille ingénument du cadeau magique que les fées certain jour glissèrent sous les voiles d'un berceau de Torrelavega car son pouvoir est immense—« Sera-t-il dieu, table ou cuvette.. ?—Peu lui chaut, oublieux de toutes les réalités terrestres, servant fanatique d'une extraordinaire et ténébreuse religion, c'est à peine s'il se baisse pour cueillir délicatement de l'extrémité du pinceau, sans jamais la moindre idée préconçue, l'une ou l'autre, des mille ombres impalpables, étrangement immobiles et silencieuses dont est fait ce monde

préexistant que sa voyance découvre, inscrit en filigrane, épars dans toute sa création.

Ce lui est alors une indicible nostalgie lorsque de grands oiseaux noirs inconnus fuient sa brosse pour gagner les lointains d'ardoise ou de feu qu'il leur a ménagés. Ce lui est une joie particulière, lorsqu'il a souligné d'une irisation le contour nuageux d'une tache ocre et rose, d'y voir éclore soudain la plus somptueuse et la plus onirique fleur de son secret à moins qu'il n'en dégage la courbe d'un sein, parfois rassurant de maternelle douceur, le plus souvent lourd de volupté contenue.

Ce lui est enfin la plus douce consolation que d'entrevoir, par certains soirs d'abandon, l'esquisse de quelque Vierge de tendresse et d'humilité. Ne lui semble-t-il pas qu'elle se penche silencieusement sur l'ancien disciple des moines, oublie les fautes que les vicissitudes de la vie firent commettre et, pour tant de souffrances qu'il a subies, l'emporte un instant de raison vers les sommets radieux de la pureté.

Lui que tout sujet imposé, prédéterminé, voire simplement suggéré, contraint et persécute, s'enivre d'une vision qui s'envole et de l'absolue liberté qu'il accorde à son pinceau. Ne cessant d'appeler à l'apparence puis d'animer cette multitude de clowns blafards, de fous du roi, de voyeurs impassibles, de duègnes édentées, d'Eves lourdes et sensuelles, il en compose, avec l'interlude de quelques thèmes religieux, le plus personnel et le plus étrange folklore pictural. Travaillant d'imagination il en diversifiera certes spontanément et à l'infini les représentations et situations comme il a été dit ; mais ce sera dans le constat soucieux de ne jamais détruire pour autant, de détériorer si peu que ce soit, la vigueur et la spontanéité des coups de pinceau primitifs, non plus que la fraîcheur, le naturel et l'harmonie des touches, coloris, tons et qualités en place. C'est merveille alors de voir l'artiste fougueux et désordonné céder le pas au plus consciencieux des artisans, peindre délicatement le long des lignes de force, respecter scrupuleusement les beautés et qualités d'un canevas dont l'aboutissement avait marqué le terme même de sa création colorée.

PAR LA GRACE DES LUMIERES

Dans l'ardeur presque religieuse qu'il met au service du mystère, le peintre a de la sorte donné préséance aux jeux de la couleur sur ceux de la figuration.

Il bannira par la suite, pour le même motif, tout recours au dessin, constamment en la crainte qu'un trait, par sa précision, ne fasse s'enfuir rêve et poésie. Et, sans la moindre ligne, par le seul jeu de la couleur, l'artiste de découper ses surfaces, de différencier, hiérarchiser ses plans. « C'est dans la lumière et par la lumière que je taillerai mes ouvrages » se prend-il à murmurer.

Menant simultanément de la pleine clarté jusqu'à l'ombre la plus épaisse la gradation de sa palette, il en appelle à l'imagination, à l'incomparable force de suggestion contenue dans le rêve, pour construire, sans le secours de cette enveloppe linéaire, que jamais ciseau de sculpteur ne rencontra, des volumes mieux ressentis peut-être, sur les supports plans de sa peinture, qu'ils ne le seraient en leur articulation palpable sur trois dimensions. Si d'aventure toutefois il se surprenait à tracer, dans l'application, l'esquisse de quelque contour, ce ne serait vraisemblablement que sur la profusion colorée d'un monotype trop hermétique pour qu'un œil moins sensible puisse se passer d'une discrète indication, toute de finesse et de minutie.

En observant à présent dans leur matérialité ces touches qui ont façonné, comme les représentations par elles engendrées, on ne peut manquer d'être frappé chez les unes et les autres par une circularité générale qui porte au premier chef témoignage de la générosité de cœur et de caractère du peintre, leur auteur. Les œuvres s'en voient indéniablement conférer plus de vie, plus d'intensité si possible, et sous le pinceau tournent et tournent les frondaisons, les tertres et les monts, les fleurs et leurs corolles, les taureaux, les chevaux et les oiseaux, les coques marines à l'abandon et les galets qui les portent.

Et surtout partout, absolument partout, lui aussi tourne et tourne sous les lumières comme dans l'ombre et la pénombre, l'admirable modèle du corps féminin.

Il n'est pas sans fin jusqu'aux « bodegones » dont les pictets impulsés paraissent se mouvoir en rond sur place. Quand aux monotypes, ces délicats contre-épreuves qui de temps à autre ont la faveur de l'artiste, ne vont-ils pas jusqu'à tirer partie d'une obligatoire inversion du sens giratoire traditionnel, pour ajouter effrontément à leur charme propre, et de façon souvent insoupçonnée, l'illusion de cette certain recherche, de ce très léger risque aussi, qui font la qualité rare et la séduction de la valse à gauche.

La savante modulation des lumières par laquelle ce singulier artiste, décidément venu d'une autre rive et d'un autre temps, silhouette ses formes et façonne ses volumes, se devait de ressortir à quelque résurgence de l'alchimie et de ses sortilèges, plutôt qu'à un banal recours aux couleurs toutes préparées. De fait il œuvre par lui-même et délaye rapidement du noir ou du blanc dans du jaune, du rouge ou du bleu, selon des formules qui relèvent de sa magie la plus instinctive. Des trois primaires, sans ralentissement aucun, il tire cent nuances délicates, marquant cette prédilection pour les tons chauds que ressentent les enfants du soleil, déployant notamment l'éventail des ocres jusqu'à ce lumineux jaune-citron dont il obtient d'étonnants effets.

De toutes les techniques que maîtrise l'Espagnol, résulte finalement une peinture extraordinaire de présence et d'atmosphère, en laquelle il n'est rien de statique, dont toutes les touches, et les couleurs elles-mêmes, gardent d'indélébile façon, principalement sur le papier qui jamais n'accroche ou retient, la marque immédiate, matérielle et directe de l'émotion qui les a suscitées.

Par la grâce du jeu subtil et nuancé de tons que de savantes oppositions, de délicats passages, exaltent et font chanter, par l'effet de la brillance, du flamboiement ou de l'étincellement des clairs, celui surtout de la chaleur, de la sourde harmonie et de la puissance des sombres, un étrange et intense frémissement de vie parcourt toute l'œuvre. Il n'est pas jusqu'à l'air ambiant qui ne s'en ressente comme gagné par les dernières

sonorités de cette symphonie de la lumière et l'on ne peut s'empêcher parfois d'évoquer également ces brumes translucides et impalpables qui, par les petits matins, recouvrent la surface émeraude des grands lacs.

Aussi la moindre des surprises n'est-elle pas que ce soit un gestuel passionné qui fasse preuve d'un tel raffinement et d'un sens aussi délicat des nuances. Il y a là, de la façon la plus inattendue, convergence et coexistence de deux contraires, généralement inconciliables : la violence et la subtilité.

L'INVITATION AU VOYAGE

Si le castillan préfère le mystère poétique qui naît des atmosphères vaporeuses aux évidences de la constatation et de sa représentation, s'il craint les détails et fuit les contours c'est aussi pour cette secrète et suprême ambition qu'il nourrit de doter d'un incoercible pouvoir de suggestion l'œuvre issue de ses mains. La suggestion pour que le futur possesseur de cette œuvre trouve sans cesse à découvrir dans sa peinture et par là jamais ne s'en lasse.

La suggestion surtout pour que, s'évadant par-delà cette découverte, le regard de cet amateur atteigne à son tour l'invention et donne libre cours à son propre pouvoir créateur. L'artiste veut fortement que d'autres yeux quelque jour soupçonnent, cherchent et découvrent des horizons plus lointains que les siens, qu'une imagination s'enfiévrant, prenne le relai de ses rêves et, s'inspirant des visions suggérées, les interprète, les modifie et à l'infini les prolonge.

Gageure réservée à ce peintre en la pleine possession de ses moyens, à cet humble aussi qui dans la passion de son art et le feu de son prosélytisme consent à s'effacer pour que chacun, de son regard intérieur, puisse, à partir de l'œuvre qui lui est présentée, construire en un incessant devenir le tableau de sa conception. « Avez-vous fait l'image ? » s'inquiète Pisano lorsque se prolonge la perplexité de certains habitués de ces productions qui ne laissent aucun problème à l'imagination.

« Je ne me permets jamais d'aller jusqu'à l'explication » commente parfois le peintre dans un entêtement inattendu, presque révolté, comme si l'on paraissait douter de la délicatesse de ses sentiments. Et d'ajouter : « N'est-ce pas dans la plus grande liberté qu'il convient de vous laisser effectuer ces multiples accommodations de la vue, du cœur et de l'esprit dont résultera par interférence une vision qui n'appartiendra qu'à vous ? Je suis loin de me fâcher lorsque je ne recueille sur une œuvre que des commentaires différents, des explications sans lien. Tout au contraire j'atteins mon but. Il est légitime que tout à la fois, dans cette tache rouge-orangée qui meuble les hauteurs du tableau, l'un devine un cheval au galop et l'autre une fleur en éclosion, tandis qu'un troisième y interprétera quelque nu de ses obsessions. Quant à moi si l'on m'interroge, sans pudeur presque, sur ce sujet réservé de mes interprétations, il me faut la plupart du temps confesser mon incapacité à retrouver mes intentions primitives, à supposer que j'en aie jamais eues de bien arrêtées. »

N'est-il pas remarquable qu'un littéraire ait pu déclarer de son côté qu'il n'était pas de chef-d'œuvre sans une part d'ambiguïté, qu'il fallait laisser quelque chose à penser au lecteur ?

En l'ignorance d'une assertion dont la parenté des arts lui eut permis de transposer le contenu, notre Espagnol, n'avait fait qu'exprimer, sous une forme moins lapidaire, une observation et une préoccupation du même ordre.

Et c'est de la sorte que mille remous d'une âme sensible, heurtée, brisée, traduits par mille nuances que l'imagination déforme ou amplifie, qu'un étrange pouvoir de suggestion prolonge, nous donnent en fin de compte l'une des plus pathétiques formes de l'expression picturale contemporaine.

LA DERNIER TOUCHE

Tandis que nous nous livrons à ces digressions et commentaires l'artiste que nous retrouvons en son atelier semble avoir terminé le tableau qu'il avait

entrepris puis élaboré sous nos yeux et cependant se surprend à tenter de l'améliorer ici ou là par quelque nouvelle ombre ou lumière. Il s'émerveille de cette possibilité qu'il a de pouvoir ajouter sans fin des « qualités » mais, dans le même temps s'en inquiète car il sait que le difficile, en peinture comme en musique ou en littérature, est de savoir s'arrêter. En deux touches spontanées vous saviez dès l'abord réussi ce qu'avec cinquante coups de pinceaux de votre application vous allez saccager sans rémission.

Vélasquez était heureux qui se faisait assister de ce modeste personnage caché dans le coin de certains de ses tableaux. On l'appelait le « mirón ». C'était un ami sensible et expérimenté que l'on voyait surgir vers la fin de l'ouvrage et dont la seule tâche était d'intimer soudain à l'artiste l'ordre sans réplique de tout cesser sur le champ à peine de passer l'instant de grâce de la perfection. Au même stade, toute modestie gardée, Pisano n'a d'autre ressource, mais combien précieuse, qu'un léger recul oblique suivi d'un coup d'œil au petit miroir qui, face à l'œuvre, incline toujours sur le mur la géométrie verticale de son bleuté. Il réfléchit toute la peinture et forme comme un trou sans fond sur ce monde lointain dans lequel l'artiste, toujours en état second, s'est trouvé projeté.

Le peintre consulte cet humble et fidèle témoin de toutes ses entreprises et voilà qu'à la façon d'un écho visuel et magique, l'image de sa création lui revient tamisée, fondue, plus belle peut-être que dans sa réalité et qu'elle lui paraît enfin justifiée lorsqu'il la contemple longuement, amoureux, les paupières presque closes. Il lui faut cependant une dernière épreuve. Il va au chevalet sur lequel il place délibérément l'œuvre la tête en bas. « C'est peut-être plus magnifique encore », s'extasie-t-il, sans orgueil aucun du reste, et comme s'il s'agissait du fait d'un autre : « tout est dit, les tons sont justes, les surfaces colorées bien équilibrées ».

Il remet la peinture dans son sens primitif car il lui faut quitter à regret le champ de ses évasions et revenir sur terre puis, comme au passage, signe son œuvre

dans les hauteurs, à droite ou à gauche, souvent dans quelque nuage de sang, d'ardoise ou de boue, laissant toujours descendre, choir, anarchiquement dégringoler, les six lettres qui se liront Pisano, un petit nom pour les uns, une valeur indéniable pour beaucoup, un signe prestigieux pour quelques fanatiques.

La main s'abaisse ensuite lentement tout au long de l'œuvre et par un incontrôlable instinct, appose encore dans quelque coin de mystérieuses hachures parallèles que l'on pressent nécessaires à certain équilibre final du peintre, plus que du tableau, mais en tout état de cause, d'une valeur sémantique à jamais indéchiffrable. Pisano se trouve à présent submergé par cette ombre qui depuis quelques temps envahissait l'exiguïté de l'atelier et cette ombre achève de briser, d'émietter, de délayer, de noyer les derniers songes d'or et de grenat de l'artiste qui les voit partir à la dérive, se diluant, se déformant, jusqu'à ne plus être.

Il est comme au sortir d'une incommunicable aventure, d'une indicible révélation, au revenir de visions réellement privilégiées par leur force, leur fantasque et leur étrangeté. Avec cette peinture décrochée qu'il tient de ses deux mains crispées, il semble encore chargé des merveilles de ce monde inconnu qu'il lui a été donné de prospecter en état d'hypnose. Un instant de plus et l'acrobate prestigieux des hauteurs illuminées du cirque se sent désormais rapetissé, ridiculisé par son retour au tapis. Le voilà qui reprend une longue goulée de rhum pour affronter le quotidien et sort de la piste. Dehors il tombe un soir triste et froid, tandis que graduellement s'allument les premiers éclairages du Paris nocturne.

AU FIL DE LA VIE (LES THÈMES) ANGOISSE

Douze années de souffrances et de frustration n'avaient fait qu'accroître l'anxiété native du peintre. Les premières œuvres du retour à la vie artistique respirent et inspirent l'effroi. Aux abords d'une eau glauque que la tempête s'apprête à soulever, sur une étroite bande de sable jaune,

trois étranges et fantomatiques silhouettes drapées d'un violet presque noir sont tournées vers la lagune en une immobilité à faire hurler les chiens. Sous le démantèlement du ciel, face au risque des voiles anormalement blanches qui ne sont pas encore entrées dans le danger, c'est l'inquiétude féminine qui se fige. Ainsi devait être la veuve Joaquina, craignant pour les siens, glacée par la panique, lorsqu'avait retenti le premier des tocsins qui allaient succéder aux doux appels du gong familial.

D'autres visions hallucinatoires vont, se précipitant. Une ville inhabitée qui rythme ses étages en direction d'un ciel sans pitié. Une terre aride, sèche et rocailleuse, avec une rangée de pieux qui vont s'amenuisant selon la perspective. Dans un angle, à la lisière, un homme sans face dont le sombrero jaune citron a des bords anormalement larges qui captent et reflètent étrangement les tonalités orangées venues des lointains tristes.

Fascinante est cette lumière blafarde qui se plaque sur le pan solitaire d'une vieille tour à flanc de coteau qui ressemble à un souvenir tandis que là-bas, dans le soir qui tombe des chevaux rouges et bleus devenus fous de terreur galopent en silence vers cet horizon qui recule sans cesse à leur approche. Issus des forces telluriques les plus vives, ronds et fermes, massifs, puissants, des taureaux noirs gravissent rapidement des pentes abruptes et parvenus au sommet du tertre d'ocre le plus élevé, viennent à l'heure où le ciel rougeoit, buter leur front lourd et incompréhensif au gigantesque du cosmos, et leur interrogation sans espoir de réponse, par sa stupidité même, confine au grandiose.

Nous nous tournons et retournons dans notre délire, l'amitié des animaux ne peut-elle donc nous apporter quelque apaisement ? Quelles que soient les œuvres de cette époque, l'angoisse, décidément, ne cesse de poursuivre l'artiste éperdu qui, de toute son âme, adjure le ciel de lui apporter la paix. A cet appel, bleues, mauves grises, accourent puis d'un battement puissant de leurs ailes poudreuses, s'envolent en un faisceau de joie qui bientôt éclate, les colombes qui porteront loin promesses et messages de vie.

Palpitantes, chaudes et confiantes, elles planent inlassablement, répandant la bonne nouvelle sur tous les foyers, lorsque sur le soyeux et moelleux bombé de leur gorge offerte éclate soudain le sacrilège d'une minuscule tache sombre qui, très vite, gagne et s'élargit. Cette blessure qui leur rougit la diaprure du duvet fait que dans une innocente incompréhension tombent bientôt comme des pierres les colombes douces aux yeux clos.

Puisqu'il en est ainsi et que rien n'est respecté, tous les oiseaux sortis du pinceau de Pisano crieront vengeance et répandront l'inquiétude. A peine esquissés, rapidement silhouettés, d'aucune espèce, ils seront de flou, de rêve et de fièvre, à l'exception de ce bec acéré et cruel qui semble viser les yeux et le foie de l'artiste. Le peintre persécuté lève sa palette et bat l'air de son bras libre pour se protéger des mille vols pressés et obsessionnels qui obscurcissent son ciel. Un seul volatile toutefois fait exception, véritable hymne au soleil. C'est un Phénix fabuleux qui apparaît de temps à autre dans l'œuvre.

Après avoir défié mort et déchéance pendant cinq cents ans et plus selon la légende, juché au sommet du palmier le plus haut, cet oiseau de lumière y déploie tout l'orgueil de sa polychromie nonpareille. Dressé sur le bûcher de choix qu'il s'est composé, le Phénix assure ses prises et son équilibre sur cent baguettes de bois odoriférants entrecroisées puis promène un ultime et long regard sur les plaines du Nil.

Il s'interrompt et s'ébroue soudain violement, car les temps sont venus. Cueillant alors, d'une aile qu'il étend, la dernière flamme du soleil, il met le feu à son étrange litière et dans un embrassement féérique de cinnamome, de casse, de cannelle, de nard et de myrrhe, dans le sourd déchaînement de tous les parfums d'Arabie, parmi les crépitements et les craquements, il se laisse consumer dans les flammes, merveilleusement assuré de renaître aussitôt de ses propres cendres.

Lorsque l'artiste, après quelque temps, se sentit repris par la vie, son enfance marine lui revint en l'esprit. Il se

souvint des pêcheurs et des sardineras et les peignit à satiété, leur donnant ce caractère silencieux, immobile et fantomatique dont il ne parvenait pas à dépouiller la plus grande partie de son œuvre. Il revit également la table de marbre du mareyeur de Santander, mais les poissons multicolores et somptueux qu'il dégagait tout d'abord des fonds colorés pour les faire monter à sa rencontre lui parurent remuer incessamment les lèvres, à la façon d'emmurés séculaires. Ils étaient incapables de lui communiquer leurs secrets et il prit peur.

Il fit alors des lacs et des océans, avec des voiles qui se suivaient et faisaient rêver de voyages merveilleux, mais il lui fallait impitoyablement amasser dans quelque coin de l'œuvre le tourbillon des ouragans de la destruction. Pourrait-il jamais trouver cette quiétude que l'immortalité du Phénix lui laissait parfois entrevoir ?

Le peintre se prit alors à rêver et se remémora le verger blanc de sa jeuneuse. Son père s'y était perdu toute la journée et en revenait harassé, précédé d'une gerbe gigantesque de fleurs de toutes couleurs, Joaquina en prenait une brassée qu'elle commuait en cette grande couronne carminée qu'une dame dans les pleurs emportait aussitôt. Et par dizaines, par centaines, il se mit à peindre et inventer des fleurs de somptuosité mais dont toujours quelque pétale finissait par s'irradier sur quelque abîme, quelque gouffre, sur le tourment du plus inquiétant des infinis.

VERS TOI MON DIEU LES ANNÉES SE SUCCÈDÈRENT

Que se passe-t-il à présent dans les hauteurs de cette composition qui n'est encore que palette ? Du ciel tamisé sourd une lumière rouge et or qui va se diffusant, se fait de plus en plus éclatante pour se plaquer glorieusement en fin de course sur la jambe du crucifié. Crucifié sans tête ni buste en effet, réduit, en l'occurrence, à cette jambe qui pend, symbole sublime de sa divine solitude peint avec amour et respect, à hauteur de ses rêves d'enfant, par l'ancien disciple des moines.

Serait-ce donc l'apaisement tant désiré ? Était-il indispensable de boire l'amertume jusqu'à la lie ? Et toute l'iconographie chrétienne de défiler, reprise, avec espoir, d'un pinceau violent : les Christs s'envolent dans l'azur, les calvaires allongent leurs théories de saintes femmes, les Vierges à l'Enfant irradiant de tendresse. Las !, malgré cette gerbe de joies spirituelles et la qualité de son émotion religieuse, le calme ne vient pas. Dans le souvenir de tant de souffrances reçus, comment persister à croire ? J'ai perdu la foi clamait-il douloureusement à tous les vents, en alignant autant de sujets pieux qu'un artiste du moyen Age, la plus belle partie de son œuvre peut-être.

Par certaine après-midi de vache enragée il se surprit à boire longuement au goulot tandis qu'il contemplait rêveusement, les yeux plissés, un christ de sa façon et il nota que tout naturellement il l'avait fait costaud, puissant, encore débordant de santé et cependant irrémédiablement cassé sur ses bois. C'était là ; en bref, un homme fort, non pas égrotingant ou squelettique, qui délibérément avait choisi de ne pas lutter, de renoncer à tout règne sur cette terre où par la volonté de son Père il se trouvait exilé. Au fond, ce Christ de sa façon n'était-il pas un Christ à sa façon ?

Lui, Pisano, n'avait-il pas été, de même, un homme fort décidant seul de son sacrifice. Il eut certes pu réussir par les moyens éprouvés : courber l'échine jusqu'au sol, suivre la mode, multiplier les concessions. Pour avoir choisi cette voie là, qui n'était au fond que la ligne de plus grande pente, certains de ses anciens amis roulaient carrosse. Perdre son âme pour sauver sa peau, il ne pouvait ni le concevoir, ni l'accepter, et de toute sa sincérité plaignait les inconscients qui s'étaient abaissés à prostituer de la sorte leurs talents et leurs dons. En quelle infortune n'étaient-ils pas tombés !

DERISION (*ALLEGRO MA NON TROPPO*)

De sa prime jeunesse lui revinrent alors en l'esprit d'autres images. Il est sous la tente d'un petit cirque

ambulant, blotti dans l'ombre près de Joaquina, sévèrement tendu vers le spectacle. Beaux comme des dieux grecs, deux athlètes font pirouetter dans l'air une ballerine insolente de jeunesse et de souplesse.

Dans le même temps, sur la piste de sable, pailleté d'argent, scintillant de mille lumières, un clown traîne ses longues savates, titube, trébuche et de tout son long, sous les applaudissements, s'étale, sombrant dans le ridicule comme une pierre choit dans le précipice.

Finalement le paillasse prend place sur les gradins juste à côté d'Eduardo. Le regard grave de l'enfant fixe l'homme et sous le masque décèle le visage usé, ridé, fatigué qu'il pressentait. Il remarque aussi deux mains noueuses de travailleur et qu'elles se crispent chaque fois que la saltimbanque, sanglée dans son maillot rapiécé, retombe dans les bras des jeunes acrobates.

Et Pisano sur ce souvenir de peindre cent versions d'un grand clown douloureux qui cache son âge et ses passions sous l'épaisseur blanche et rouge des fards. Paillasse fixe toujours intensément l'un des angles du tableau où, sur le fond nuageux d'un vert ou d'un bleu qui s'estompe et annonce l'inaccessible, resplendit le modelé de quelque nu plantureux. L'œuvre s'achève immanquablement par une main singulière qui semble se casser sur l'à-plat de longs doigts effilés, fuselés, sans fin ; doigts de derviche et dont l'intellectualité sensible tranche sur les cartoux du masque facial.

Pointée vers la poitrine de l'homme cette main pathétique semble inviter à plus d'amitié, plus de jugement : « Négligez la surface, faites sauter les apparences. On m'a fait l'œil comme on fait une fleur, mais j'existe. Dégagez mon âme et, pour un instant, par respect pour ma solitude, ma souffrance et ma dignité, baissez vos rires d'un ton, je vous prie, mes enfants ».

Parfois aussi il n'y a sur la toile que la tête de l'amuseur mais elle est énorme, on dirait d'un passe-boules de foire. Certains jours d'âcre désespérance, ceux des plus belles réussites, le peintre, rendu furieux par l'alcool se prenait à bombarder de tubes de peinture qui allaient s'y écraser, cette face disproportionnée.

« Vas-tu disparaître... je veux te tuer... me tuer » hurlait-il tandis que ses oreilles s'emplissaient d'un grand rire sonore de paillasse dont la cascade s'achevait dans l'étranglement d'un sanglot douloureux.

LA COMPAGNE

Et l'autre, la jeune saltimbanque aux fortes cuisses, au large bassin, avec tout l'éclat de sa jeunesse, où l'avait-il donc déjà vue ?

Il se souvient alors d'un jour de fugue : un enfant perdu dans le labyrinthe des grottes d'Altamira et qui est au bord des larmes. L'éclairage balbutiant d'une lanterne suspendue lui révèle graduellement le monde étrange des inscriptions pariétales. Il s'en trouvera marqué pour la vie. Animé par la lueur dansante de la bougie un être de bonté et de protection paraît soudain se détacher de la paroi et se porter vers l'enfant. Dans toute sa douceur, sa force et son assistance, c'est l'image même de la féminité. Eduardo rassuré regarde intensément la roche et ne voit ni corps ni tête ; mais seulement par l'art instinctif et génial d'un primitif qui était peut être le lointain ancêtre du jeune égaré un large cercle rassérénant que domine la douce courbe d'un sein et qu'exhausse le sombre d'une forme triangulaire.

Le peintre n'oublia jamais cette aventure non plus que le secours reçu. Au fond peu important que la déesse-mère, l'Eve éternelle, fût en la circonstance acéphale. Il devait en admirer d'autres par la suite avec un simple ovale pour tête et pour seul trait l'obliquité d'un œil en amande. A « los Frailes » le catéchisme s'était terminé sur ce conseil : « mes enfants, vous qui allez nous quitter pour affronter la vie, si quelque jour vous éprouvez la tentation de manquer de respect à une femme rappelez-vous la dignité dont votre mère a toujours fait preuve et la pensée du mal vous abandonnera ». Ce rapprochement parut intolérable à Eduardo qui décida sur le champ d'une division bipartite du monde féminin : il y aurait désormais dans

son imagination, son cœur et sa peinture, d'un côté la seule Joaquina, et de l'autre, unifiées, confondues, les femmes, toutes les femmes... la Femme.

Sa mère se pouvait résumer tout entière en la douceur de ce pur visage dont il chérissait et connaissait chacun des traits, en la tendresse ineffable de ce regard qui, depuis les premiers pas et d'indéfectible façon le rassurait et le soutenait. De cet objet animé, de cette entité proche de l'impersonnalité, qu'était en revanche la femme générique, il s'apprêtait, de tout le feu de sa jeune imagination, à célébrer, sinon tout a fait exclusivement, du moins par absolue priorité, cette somptuosité corporelle qui occupait les rêves et nourrissait les conversations des adolescents en fièvre.

Il portait toujours en lui cependant, à la manière d'une plaie mal fermée, cette déception profonde que le sort lui avait infligée certain jour qu'il avait imprudemment et prématurément franchi les barrières sacrées de la prime enfance. N'avait-il pas procédé, de la plus déloyale et sacrilège façon, à l'analyse de ce masque enfariné qui, n'étant plus en représentation, de son symbole, légitimement, pouvait se défaire. Il arrêta donc que jamais il ne décrypterait le visage, innombrable et successif de cette féminité du désir dont l'inconnu tout à la fois l'attirait et l'effrayait.

Plus exactement, pour la différencier catégoriquement de Joaquina, la femme-objet n'aurait pas droit à visage mais seulement, pour suggestion de figure, à quelque ovale incliné rapidement esquissé. La griffe ascendante d'une amande oblique lui ferait parfois un œil clos sur d'inférieures machinations. Peut-être lui rendrait-il en deux coups de pinceau l'hommage d'une épaisse chevelure noire en retombée latérale, sur laquelle, goutte de sang brillant au soleil, perlerait le scintillement de quelque fleur du rouge le plus vif.

De cette schématisation l'obsessionnelle créature ne sortirait aucunement diminuée mais au contraire plus lourdement chargée d'attrayant mystère et de trouble séduction, aussi décida-t-il qu'à de rares exceptions près il n'irait guère plus loin dans ses interprétations

de la gent féminine. Il est vrai que le jeune Pisano se réservait en revanche d'animer et d'exalter par les déformations les plus hardies cette forme qu'il allait chanter de toute sa passion corporelle.

Les prostituées qu'il allait fréquenter assez rapidement à l'instar de beaucoup de jeunes espagnols de son époque allaient au reste lui fournir l'archétype de la femme anonyme. Lorsque, insensibles au brouillard, elles passent et repassent dans le poudroisement doré des réverbères à Londres comme à Paris ou à Barcelone proposent-elles, en effet, autre chose qu'un instant de leur corps avant de s'aller perdre dans une ombre dissolvante ? N'étaient-elles pas plus pures, somme toute, que ces peintres ou ces écrivains qui, dans la passion de se dire cèdent au vertige absolu et à tout venant se confient jusqu'au plus secret et plus profond repli de leur conscience, jusqu'au dernier remous de leur âme ?

C'est de la sorte que devint le dénominateur commun de toutes les peintures de Pisano cette femme, l'éternelle compagne des hommes, celle par qui ces derniers connaissent les plus grandes joies comme aussi les peines les plus profondes. Il en a composé la magnificence d'une seconde floralie. Il en est d'ocres, de roses et de jaunes. Il en est de végétales faites du vert le plus tendre. Il en est d'anadyomènes venues de « matins du monde » et qui sont d'impalpable éther bleuté. Il en est de rouges, de mauves, et de polychromes aussi qui sont toute une palette. Il en est enfin de noires comme les veuves d'Espagne et qui s'anéantissent au pied de la Croix tandis que bordés d'argent, denses et pressés, courent à leur destin les lourds nuages de la nostalgie.

UNE PAGE EST TOURNEE

COMMENT AVEC « MONTPARNO » RIMA PISANO

Ainsi va, ainsi vient, ainsi vit, et de temps à autre par la magie de son art vers les infinis s'évade, Eduardo Lopez Pisano, dit Pisano, natif de Torrelavega près Santander, et depuis plusieurs lustres très espagnol peintre en Paris la grand'ville. Il vous souviendra qu'en 1945, par l'effet d'un

armistice sur lequel il ne comptait plus, notre homme se trouvait errer, quelque peu désarmé, par les rues de Bordeaux, aussi pour vous permettre de renouer les fils de sa destinée nous faut-il projeter quelques rapides lumières sur ce qu'il advint par la suite.

Tout d'abord, selon sa nature, le Castillan reprit courage et se trouva quelque atelier dans lequel il fit sans hésiter cette peinture solide, sans compromission, ni coquetterie, à laquelle il lui fallait exclusivement se consacrer ainsi qu'il s'en était solennellement fait le serment. Bien qu'il lui fût donné de présenter ses toiles avec une certaine réussite dans toute l'Aquitaine, il comprit au terme d'une expérience de deux ans, que malgré l'amabilité naturelle des aborigènes, et peut-être par là-même, il demeurerait un étranger en cette région où chacun semblait se connaître, et primordialement, dans tout voisin souhaitait pouvoir se reconnaître. La banale alternance de ses succès et déboires provinciaux ne put donc empêcher qu'il tombât soudain dans une profonde dépression.

Dans le même temps, tel un papillon fasciné par la lampe du soir et à l'instar de tant d'artistes qui l'avaient précédé, il perçut intensément l'attraction étrange, l'impérieux et mystérieux appel de la Ville-Lumière. L'anonymat par surcroît devait y être et s'y trouver protégé. Cela plaisait à son tempérament modeste et il décida de reprendre au plus vite le cours de ses mille errances et aventures. Ramassant ses maigres économies, il choisit de mettre très exactement le cap sur Montparnasse.

C'était là, de réputation, véritable paradis terrestre pour peintres en détresse, il était certainement attendu et se réjouissait par avance de l'accueil fraternel et souriant qu'il y trouverait. Sur place, le Castillan dut rapidement déchanter, réalisant que la monnaie laissée par le voyage ne pouvait lui ouvrir hôtel ou garni. Il ne lui resta dès lors d'autre solution que d'abandonner dans la soirée son nouveau quartier d'élection pour descendre mélancoliquement vers la Seine et tenter d'abriter ses nuits sous les célèbres ponts de Paris.

Il y réussit assez souvent mais il lui advint aussi de dormir à la belle étoile sur les berges ensablées du

fleuve lorsqu'il se trouvait chassé des arches séculaires par la méchanceté des clochards. Solidement établis dans les lieux, reconnus dans leurs emplacements par leurs pairs, il leur arrivait de ne vouloir céder aucun pouce de terrain à l'intrus de passage et de l'expulser à coups de pierres et de bouteilles s'il tardait à se laisser convaincre par leurs insultes avinées.

BOHEME, ALCOOL ET PHILOSOPHIE

Il est heureux qu'à proposer des petits nus de qualité à la terrasse des cafés de Montparnasse on finisse par éveiller l'intérêt d'amateurs de peinture bienveillants et même celui de marchands patentés et éclairés. On se sort alors petit à petit de difficulté, on remonte la pente. Il arrive même que l'on expose avec succès et l'on gagne soudain beaucoup d'argent que l'on dilapide aussitôt en quelques jours, histoire de bien traiter les camarades et de leur montrer en quel mépris il convient de tenir denrée corruptrice.

Et le dernier soir d'aisance pour se débarrasser du dernier billet, on pénètre dans le dernier café ouvert et dans un viril face à face avec une rencontre on vide sentencieusement toute une grande bouteille de whisky. C'est pourquoi le rideau de fer s'étant baissé dans un énorme bruit de ferraille, on se retrouve à présent là, au bord du trottoir, complètement démuné, oscillant au vent de la nuit. C'est dans un des tableaux. On y voit un vieux clown désabusé, un peu voûté, et que deux amis soutiennent avec patience et solidarité. Ses cheveux plats lui tombent le long des joues comme après une pluie. Etrange, hors d'époque, est sa coiffe et ses vêtements informes lui tombent en une indicible fatigue jusqu'à l'équerre grotesque de deux pieds trop longs.

Las de n'avoir pu réunir son public, il s'est dessaisi de la guitare dont il a trop joué. Tel un emmuré de la dérision il semble préférer d'inaudibles et pathétiques appels au secours, s'obstiner au-delà de toutes les limites dans la recherche et la proclamation de sa

vérité que nous commençons à connaître : « Retrouvez le goût précieux du temps perdu, passez l'apparence mouvante et fugitive des êtres et des choses, gagnez les certitudes foncières et permanentes de l'immensité sous-jacente, soyez sincères et sans ostentation. Ne trichez plus, et surtout, je vous en prie mes amis, soyez bons et indulgents. »

Mais le clown-philosophe soudain s'est évanoui, dissipé dans l'atmosphère. Il n'y a plus dans Montparnasse, bohème entre les bohèmes, étranger parmi les étrangers, qu'un artiste en rupture de pinceaux.

LE POURQUOI DES CHOSES

Du Luxembourg à Montrouge, de Vaugirard à l'Observatoire, il est chez lui, colle presque au bitume. Non seulement il appartient à l'endroit mais pour partie fait ce quartier dont la France s'enorgueillit encore et qui va disparaître.

Pour l'heure, sur le boulevard Montparnasse qu'il arpeute, le peintre est comme noyé, fondu dans la foule disparate et bariolé. A son épaisse moustache il reconnaît soudain ce confrère catalan dont les amateurs de tous pays apprécient les illustrations charmantes ou somptueuses et qui est également peintre du plus grand mérite. Il lui donne joyeusement l'accolade. Quel artiste extraordinaire réfléchit Pisano en s'éloignant, comment peut-on réussir avec un talent pareil, et par surcroît en s'amusant. On s'arrache ses œuvres et moi-même si je le pouvais j'en achèterais. Dire que pour moi c'est exactement le contraire, que les gens paieraient, j'en suis sûr, pour ne pas avoir à accrocher de mes toiles dans leurs intérieurs.

Il s'égare de la sorte dans la plus injustifiée des mélancolies lorsqu'un très vieux monsieur vient à lui qui l'apostrophe avec véhémence : « Mon ami, je vous reconnais, ne vous cachez pas, c'est vous qui m'avez vendu, voici plus de vingt ans le petit nu le plus « mal foutu » que j'aie jamais vu, n'avez-vous jamais entendu dire que sur terre la femme était la plus belle forme après celle du cheval ? ».

Sur quoi Pisano de balbutier... qu'il se souvient effectivement, que sachant peindre sucré il eût certainement pu, tout aussi bien, proposer quelque nu parfaitement académique... que cependant ces nus là lui paraissent tellement désincarnés ou insignifiants qu'il en prend peur et préfère les refaire « à sa façon », accentuant les contrastes, les particularités, les défauts, hypertrophiant notamment les poitrines, qu'il n'entend pas copier mais plutôt donner la correspondance des choses, leur interprétation, en sorte que, bien évidemment, si l'on veut à tout prix du ressemblant, il vaut mieux s'adresser... au photographe, encore qu'une radiographie ait ses préférences.

« Qu'allez-vous chercher là ? » crie le vieux monsieur en colère... mais pour un empire je ne voudrais me séparer de ce petit nu... il est merveilleux... pensez que je n'ai jamais pu le regarder sans que certaines velléités.... Enfin bref, vous me comprenez. Convenez qu'à mon âge c'est devenu plus que flatteur !

« Je comprends » acquiesce doucement l'artiste rasséréiné, qui, pour achever de restaurer le climat ressasse ses conceptions artistiques. Il n'est rien, à ses yeux de peintre qui vaille un petit nu. Par leur spontanéité, les œuvres de faible format sont souvent les meilleures. Dans les grandes compositions on peut avoir la tentation de se prendre au sérieux, ce qui est catastrophique. Un petit nu, ce peut-être quelques taches de couleur et on les laisse telles quelles, dans leur fraîcheur première. Ou alors, mais « avec dégagement », pour que cela sorte mieux, on ajoute quelque chose. Par exemple on peut cerner la tête d'une petite lumière ou voiler un peu l'une des taches. Cela donne du mystère.

Leurs pas ont mené les deux hommes devant une embouchure de métro 1900. Le vieux monsieur souhaite s'y engloutir. Ils se serrent longuement la main tandis que Pisano renouvelle la fierté qu'il éprouve de son côté devant les propriétés prolongées de son petit nu. Il espère que le vieux monsieur le gardera longtemps dans les mêmes conditions. Il lui souhaite bonne, très bonne santé et longue, longue vie.

Le Castillan reprend son cheminement. L'entretien l'a mis en appétit de conversation. Il ira donc voir l'Encadreur, homme désintéressé s'il en fut, le soutien connu de tous les artistes espagnols en détresse, son ami de toujours. De sa grosse voix, l'Encadreur criera : « Alors Pisano, fainéant, bon-à-rien, qu'as-tu, idiot, à nous raconter ? » et on lui racontera précisément cette rencontre avec le vieux monsieur vivace et puis on attendra deux minutes, pas plus, et c'est l'autre qui, devant ses clients et ses employés, reprendra l'anecdote à son compte. Et lui, Pisano, bête comme il est, il écoutera tout cela transformé, vivifié par l'un de plus extraordinaires conteurs de la place. C'est tout juste s'il reconnaîtra son histoire, et sa figure désespérément incontrôlable, une fois de plus le trahira, disant son intérêt soutenu pour le récit infidèle et son injustifiable curiosité pour l'étonnante conclusion que déjà se ménage, élabore et soigneusement polit le plus machiavélique des narrateurs.

Pour l'instant notre peintre est encore sur son boulevard et tente de circuler dans la circulation. Par une certaine association d'idées la rencontre imprévue qu'il vient de faire lui remet en l'esprit ces deux vieilles filles qui lui avaient autrefois demandé des leçons de peinture. « Nous ne sommes pas des débutantes, avaient-elles minaudé, nous avons suivi des cours par correspondance... vous n'aurez pas grand mal avec nous ! »

En l'occurrence, un désastre ! Raides comme des soldats, elles s'étaient dirigées de pair vers un guéridon sur lequel trônait le bouquet qu'elles avaient spécialement composé, puis toujours ensemble et à voix haute, avaient entrepris d'en dénombrer les fleurs et jusqu'aux pétales.

Il avait été fort surpris : « Mesdemoiselles, ce n'est pas de la sorte que vous réaliserez jamais une œuvre d'art. Si pour peindre une pomme, vous reproduisez exactement une pomme, il ne vous restera qu'à la manger et si vous entendez, à un crin près, représenter un cheval, vous n'aurez plus qu'à le monter et disparaître ».

Il s'était calmé rapidement, honteux d'une violence si contraire à son tempérament et, comme pour

s'excuser, pour l'exemple, en ses rêves retrouvés, avait en quelques instants peint des ectoplasmes de fleurs fléchissant sous le mouvement du vent, des fruits qui sous leur halo étaient gorgés de vie à en éclater. Pour leur complaire, il leur avait même offert en prime deux grands étalons cabrés, hennissant de désir au vu de la petite jument à crinière dont il avait juché l'estompe en quelque angle supérieur de la toile.

Ce faisant au reste, il venait de perdre deux élèves et un peu d'argent.

CE N'EST QU'UN AU REVOIR, PARIS

De temps à autre l'artiste s'interroge sur ses sentiments. D'où vient qu'il nourrit au fond du cœur le plus sincère amour pour le pays qui l'a généreusement recueilli, mais s'est préoccupé si peu de son sort qu'il commence seulement à reconnaître l'importance et l'originalité de sa création picturale ?

A-t-il donc, comme tant d'autres, subi l'influence de la culture française ? Un conservateur de musée qui a contemplé son œuvre s'est montré interdit : « Cet artiste n'a rien pris de ce pays-ci, rien ».

Et certes Espagnol il était, Espagnol il est resté. Venu la tête pleine de ses rêves étranges, il s'est enfermé pendant des années avec eux et, sans un regard sur le monde extérieur, peignant pour lui-même, les a projetés comme un somnambule eut pu le faire. Pourquoi, dans ces conditions, persister à Paris lorsque la vie serait plus facile sur la côte cantabrique, pourquoi s'obstiner en ce village urbain de Montparnasse que l'on démolit méthodiquement et vouloir figurer parmi les derniers défenseurs d'une place assiégée ?

Oui pourquoi cette fidélité à toute épreuve envers le pays d'adoption, si ce n'est par reconnaissance pour cet impalpable et incomparable climat intellectuel, à la fois artistique, littéraire et culturel, dans lequel baigne et rayonne Paris tout entier et qui, sans jamais les brider, permet le plein épanouissement des talents étrangers le plus divers et le plus originaux, de quelques points

du globe qu'ils proviennent et se ressentent. Tout ceci n'empêche que l'appel du pays vous prend aux tripes et puisque l'on peut user de facilités nouvelles on s'y rendra de temps à autre. L'artiste ne tarde donc pas à fouler le sol d'un Torrelavega qu'il reconnaît à peine tant a été prodigieux le développement de la petite ville au cours des dernières décennies. Très ému, il finit par dénicher ce petit magasin de fleurs dont la polychromie semblera bientôt fêter somptueusement la plus douce des retrouvailles familiales.

Deux expositions à Santander sont couronnées de succès et sa sœur, dont le doux visage et les cheveux grisonnants rappellent un peu Joaquina, lui dit sa joie et sa fierté. Elle lui confie que Torrelavega veut également admirer les œuvres de son enfant prodigue et s'apprête à le fêter.

L'artiste s'exécute de bon gré et prépare ses œuvres avec un soin particulier. Par l'un de ces paradoxes dont la vie s'amuse c'est la Caisse d'Épargne locale qui offre à celui qui n'a jamais eu le moindre sens de l'économie, les cimaises de ses magnifiques salons afin que tous les concitoyens et tous les gens de Santander et tous ceux de la Province et tous ceux des régions avoisinantes puissent contempler quarante-cinq toiles dont l'étrangeté heurte et attire tout à la fois.

Et c'est de la sorte que par un soir de mai 1973, les gens de la montagne défilent en masse, silencieux, respectueux, devant les grandes fleurs sans nom, les nus charpentés, les clowns blafards, les masques hermétiques. Ils passent et ils achètent. Mais pour les siens, les hommes et les femmes de sa race et de son clan, l'artiste a voulu faire chanter tout son répertoire, offrir une débauche de signes et de formes imaginaires. Les gens poursuivent leur ronde. Ils admirent les chênes cassés par l'orage, les lacs en révolte, les oiseaux au bec acéré, les colombes douces en perdition. Ils se signent subrepticement devant les Christs translucides à l'agonie, les apôtres nimbés dont les yeux levés suivent l'ascension du Sauveur, ils se signent aussi furtivement

devant le diable et les sorcières grimaçantes qui lui font cortège dans une aura de débauche.

Et ils achètent encore, ils achètent tout : les quarante-cinq tableaux sont pris. De tout leur incontestable tempérament artistique, les gens de la montagne ont ressenti la force vitale incoercible qui anime ces œuvres. Dans le même temps ils ont cru reconnaître cette violence qui partout éclate. Elle est sainte. C'est celle de la générosité, d'une générosité aux mille manifestations, qui déborde, celle de coloris si audacieux qu'ils osent tout, celle d'une pâte à l'épaisseur sans calcul, travaillée en force, celle de la franchise des touches et de la large ordonnance des compositions, celle enfin des vides eux-mêmes, dispensés, traités, sans crainte ni restriction.

Non, il ne peut faire de doute, il n'est en tout cela rien d'étriqué. Il s'agit d'un artiste transcendant, d'une personnalité peu commune. Et ils admirent aussi que, par la grâce d'une technique apte à suivre sans effort les songes le plus hallucinatoires, la suggestion puisse ainsi l'emporter sur la représentation. C'est tout juste si l'on ose avancer un titre pour des peintures que chacun peut interpréter à sa guise. Oui, vraiment l'on se trouve devant un seigneur de la pensée, du cœur et du talent, et dont le sens du pathétique, le mysticisme et le romantisme se situent bien dans la plus pure tradition espagnole.

On se dirige ensuite vers les buffets en devisant et l'on rappelle que l'artiste revient de Paris, ce qui tout de même vous marque son homme. Puis, petit à petit, les visiteurs sont partis, le silence s'est établi. Dans un coin de la salle, un verre de vin couleur sang dans une main qui tremble un peu, ému, éberlué par un tel succès, sensible à l'hommage important que vient de lui rendre ainsi sa propre ville, il n'y a plus qu'un homme vieillissant, plus pensif peut-être qu'à l'accoutumée : se pourrait-il qu'en ce monde impitoyable, tendresse, désintéressement et sincérité, reçoivent à la longue quelque part de considération ?

Le Castillan, par modestie, referme un instant les paupières sur un regard qu'il pressent trop brillant et, se reportant quarante ans en arrière, ne peut

s'empêcher de revoir cette autre grande salle voisine de la Bibliothèque Populaire : un jeune peintre triste et déçu y fixe à longueur de journée cette porte d'entrée qu'aucun amateur ne se décide à franchir.

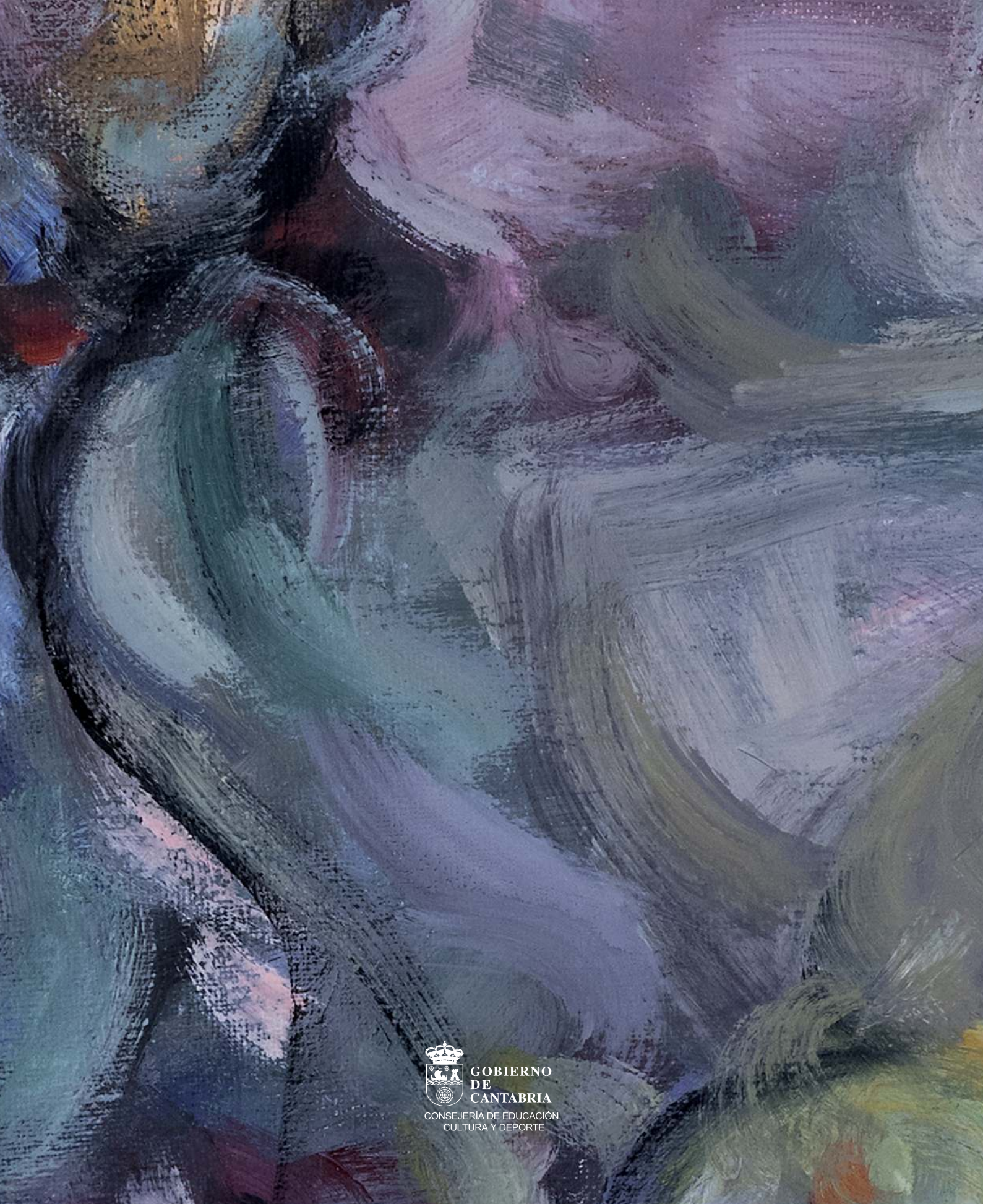
UN HOMME SE PENCHE...

Pisano sort ensuite de son rêve et titubant quelque peu délaisse les dernières lumières qui tombent des lustres pour se diriger comme un automate vers une grande fenêtre impersonnelle. Il l'ouvre brutalement, aspire l'air frais et se penche au balcon comme s'il voulait percer de son regard de visionnaire la nuit qui recouvre Torrelavega de sa cape noire. C'est en vain toutefois qu'il cherche l'emplacement du couvent des « Sagrados Corazones ». Le temps a fait son oeuvre, les Frères sont partis et les bâtiments détruits ont été remplacés par du béton. Il se tourne alors en direction du cimetière municipal : balayée par le vent froid qui vient de l'Océan et sous un éclairage lunaire intermittent, il est par là une dalle grise toute simple mais fraîchement recouverte d'une gerbe de fleurs qui allie la somptuosité des rouges à l'apaisement des mauves.

C'est en cet endroit que, pieusement endormis côte à côte dans la Paix du Seigneur, reposent à tout jamais ce parfait honnête homme que fut Eduardo Lopez, son père, et Joaquina, cette mère tant aimée près laquelle il eut fait si bon vivre toute sa vie.

Il voit alors défiler en un instant cette existence picaresque qui tout au contraire fut son lot, dont il n'avait pas prémédité le désordre, et pour s'en excuser, par la pensée, offre aux disparus, ce succès qui les eût comblés. Puis, tandis qu'une larme inattendue, qui avait l'âge du monde et qu'il ressent comme une brûlure, descend par saccades, irrégulières, le long de son visage raviné, doucement, comme sur son passé, le peintre-soldat referme la grande fenêtre.

Pour un ami espagnol
Saint-Cloud, Novembre 1973



GOBIERNO
DE
CANTABRIA

CONSEJERÍA DE EDUCACIÓN,
CULTURA Y DEPORTE